GUILLERMO ESTIBALLES

LA ÚLTIMA FIESTA



DESPUÉS DE LA FIESTA
LLEGA SIEMPRE LA TEMIBLE LUZ DEL DÍA

GUILLERMO ESTIBALLES

LA ÚLTIMA FIESTA

Rocaeditorial

A mi querida madre,
por disfrutona

1
Día de playa

Domingo, 23 de marzo de 2025

A pesar de que la brisa era fresca, los niños retozaban en la arena como si nunca la hubieran pisado antes. Qué gonicos los gormitis. Qué felices e inocentes eran en esos días.

Nos costó Dios y ayuda traerlos, más a la segunda, pues su madre tuvo que sufrir calamidades para quedarse en estado. Y luego el embarazo, que no fue fácil, porque el riesgo de pérdida estuvo latente desde la octava semana, y no le quedó más remedio que recluirse en casa, casi siempre en cama, con algunas visitas furtivas a la diminuta terraza del apartamento que teníamos hipotecado en Cánovas. Mientras, yo jugaba a ser héroe callejero, siempre ausente por el día, taciturno de noche.

Creo que ahí empezó a ser evidente que como pareja teníamos poco futuro, y no por las peleas, que más bien eran pocas, sino todo lo contrario. No discutíamos, no peleábamos porque ello significaba tener que comunicarnos, y el mero hecho de hablar, pienso yo, nos resultaba una losa demasiado pesada, demasiado trabajo intentar acordar lo que fuera, discutir en el sentido franco del término, que no disputar —como suele decir la abuela—. Simplemente accedíamos a cualquier propuesta que hiciera el otro por el simple hecho de que era lo más sencillo.

Y así nos ha ido.

La abuela achaca la ruptura a los meses de encierro a causa del bicho, pero ambos sabemos, o al menos yo sé, que no tiene nada que ver… Quizá el virus fuera la famosa gota que colmó el vaso, la taza o el jarrón que poco a poco estábamos llenando, pero ni por asomo fue el detonante de nada. No teníamos futuro porque no teníamos amor ni proyecto en común, creo yo. Pero qué puede saber un guardia civil sobre estas cosas tan del alma, tan emocionales. Puede afrontar lo que viene con el mejor talante y procurar pasar el mayor tiempo posible con los chavales, con lo único que es suyo, con lo único que es nuestro.

Aunque eso tampoco es sencillo.

Empar sostenía su refresco mientras sonreía con los ojos cerrados y el mentón afilado apuntando a la orilla. «Qué bien se está», decía de vez en cuando, y daba otro sorbito apoyando solo un poco los labios en el borde del vaso.

El paseo adoquinado de la playa se iba calentando con el sol de la mañana, que ascendía lentamente hacia el cénit, y a esas horas ya eran bastantes las personas que lo recorrían. Todavía no estábamos en temporada, y eso se sabía porque la gran mayoría de los transeúntes o los clientes que ocupábamos las pocas terrazas que había en funcionamiento éramos autóctonos. Aquí y allá se podía escuchar conversaciones en valenciano entre pescadores y *llauros*, jubilados casi todos, y algún que otro despistado como servidor.

Era mi día libre y, como tantos otros, lo estaba pasando con mis hijos y su abuela de la mejor manera posible para ellos: en la calle. En El Perelló, para ser exactos, donde la abuela tenía un pequeño apartamento y donde todo era siempre más luminoso, más fresco, más alegre.

Habíamos planeado comer en su casa y después, por la tarde, tras la siesta de los chicos, acercarnos a La Beata para merendar juntos uno de esos enormes cruasanes rellenos que allí preparan. Nos sentaríamos en las mesas que hay al otro lado de la carretera para ver pasar los coches. A los chicos les encanta, se embelesan con alguno antiguo o muy deportivo, y con las motos es una fiesta.

Teníamos el arreglo para el arroz ya comprado, una botella de blanco refrescándose, y nos dedicábamos a ver las diminutas olas del Mediterráneo romper contra la orilla mientras ellos corrían, se enterraban y daban volteretas. Qué gonicos, ya lo he dicho, ¿verdad?

No sería ni la una cuando el teléfono del curro empezó a sonar. Era Peñalver, así que no me quedó otra que responder a la llamada del jefe. No tenía ganas de una de sus conversaciones cuando, otro día, nos encontrásemos en un pasillo del cuartel.

Lo saludé con el mejor humor y enseguida noté que estaba un tanto inquieto. Había aparecido el cuerpo de una mujer en una cementera abandonada y quería que fuera yo quien se presentase allí para tomar las riendas del caso. «Hay un muerto y es tu pueblo —informó—, así que ve para allí cuanto antes e intenta poner calma. Los del equipo territorial están en camino y el juez de guardia ha sido informado hace una hora. Te lo compensaré».

Colgué y revisé el WhatsApp para comprobar la dirección que ya me había enviado. No era necesario, conocía perfectamente el lugar.

—Lo siento, abuela.

Empar me miraba de reojo desde el momento en que había atendido la inoportuna llamada. No dijo nada.

—Es un caso urgente y Arturo quiere que me encargue yo.

Silencio sepulcral.

—¿Te supone mucho trastorno quedarte con…?

—Anda, vete —me cortó—. Ya haré yo el arroz, no te preocupes.

—Gracias.

Me terminé el refresco de un trago y eché unos cacahuetes al bolsillo de la sudadera. Preferí no decirles nada a los chicos; se habrían puesto pesados, y con razón. Le di un beso a la abuela y salí del paseo marítimo a paso ligero, directo al coche. Tomaría la V-30 para llegar antes a la A-3. Ya vería cómo hacía para saciar el hambre que empezaba a dar avisos.

Entré en el pueblo por Las Ventas antes de dirigirme a las ruinas donde debía acudir; pensaba coger algo rápido que llevar al estómago, y eso hice. Hacía años que no pasaba por allí y me sorprendí al ver abierta una carnicería que ya existía cuando éramos jóvenes. Un puñado de longanizas de Pascua curadas haría el papel mientras subía al coche y conducía hasta la cementera abandonada.

Al cruzar el puente sobre las vías y avanzar doscientos metros, una pareja de compañeros esperaba para cerrarme el paso.

—Oficial Masmano —me presenté para ahorrar tiempo.

El cabo examinó por encima la identificación y me saludó, dándome acceso de inmediato. Conduje hasta donde era prudencial para una cafetera como la mía y continué el ascenso a pie. Me identifiqué de nuevo a la entrada del camino que giraba hasta la vieja fábrica amarilla. Dos autocaravanas estaban aparcadas en la explanada que recibía al complejo industrial y otra pareja tomaba declaración a los habitantes. Uno de los guardias se acercó al verme.

—¿Sargento Mateo Masmano? —dijo tras saludar—. Sígame, por favor. El médico acaba de firmar el acta y el juez ha llegado hace

diez minutos.

Caminé un paso por detrás del cabo y aproveché para engullir dos longanizas. Se me quitan las ganas de todo delante de un cadáver, en especial, las ganas de comer. Si el jefe me había llamado, estaba claro que aquel iba a ser un día de jornada completa, y los siguientes seguro que también.

Ya había estado antes en aquel lugar, de joven. Aún vivíamos en el pueblo mis padres y yo. Después, cuando mi padre falleció, me mudé a la ciudad con mi madre, y las visitas a la casa familiar se redujeron a algunos fines de semana largos, aquellos con festivos en los viernes o lunes aledaños, y a las vacaciones de verano. No recuerdo si entonces llegamos a pisar esos terrenos mis amigos y yo, pero la monumentalidad del entorno seguía siendo imponente, por muy familiar que me resultase.

—Tres parejas de Requena están registrando la fábrica, mi sargento —me informó el compañero—. Aquí hay miles de sitios en los que esconderse y hacer cualquier cosa.

Me limité a sonreír y a mirar a mi alrededor mientras caminábamos por lo que parecía una calle principal.

El complejo albergaba varias decenas de edificios aglomerados o apiñados en grupos y repartidos por toda la propiedad: enormes silos cilíndricos de hormigón, construcciones ciclópeas con más de cuarenta años de abandono se elevaban impertérritas, sucias y desnudas hacia el azul intenso del cielo buñolense.

Las construcciones formaban, además, diversos estratos a distintas alturas, pues la vieja fábrica había sido levantada sobre un enorme cerro y las calles o carreteras internas dibujaban círculos concéntricos que iban ascendiendo. Muchos de aquellos inmuebles

conservaban aún parte de las enormes maquinarias necesarias para el desarrollo industrial, otros albergaban amasijos retorcidos de hierros oxidados cuyos usos resultaban imposibles de identificar. Algunas de las innumerables cristaleras contaban aún con sus vidrios cubiertos polvo solidificado y otras muchas estaban desnudas o sostenían fragmentos de los cristales que antaño sirvieron para detener el intenso viento de poniente que sopla en esa región.

—¿Y esos? —pregunté al compañero cuando conseguí volver a tierra.

—Les estamos tomando declaración. Están todos identificados, menos uno de ellos, creemos que es menor.

—¿Son sospechosos?

—No lo creo —se aventuró—. Por el momento vendrán a Comandancia. Esta mañana vino una patrulla de Protección Civil a hacer la ronda, por un chivatazo de que se pensaba montar una *rave* el fin de semana. Muchas veces los organizadores de estos eventos se instalan unos días antes y la intención era disuadirlos para que no se monte la que se preparó hace algo más de un mes.

—Y esos estaban allí, como si lo viera.

—Exactamente. Según el informe inicial estaban discutiendo entre ellos cuando se presentaron los de Protección. Enseguida alegaron que eran inocentes y que acababan de llegar, que no habían tocado nada.

—¿Qué orden tenéis?

—Vamos a esperar a lo que diga el juez, pero esta noche la van a pasar a la sombra casi seguro.

—Bueno saberlo —dije.

Nos estábamos acercando al lugar y hasta ahí alcanzaba el interés por lo que el joven agente tuviera que decirme. Demasiado entusiasmo. Me despedí de él sugiriéndole que continuase con la declaración de los punkis y bajé la pequeña cuesta de tierra que llevaba a una explanada rodeada de edificios.

Reconocí a dos de los tres que había de Protección Civil apoyados en un Patrol de los grandes, se veía bien gastado. Todos estaban repartidos junto a la gigantesca entrada del que antaño fuera un gran pabellón, seguramente un almacén de piedras o algo por el estilo. Aparté a un rincón los recuerdos que me iban llegando de mis veranos haciendo maldansaos y me presenté como es debido. En efecto, se estaba levantando el acta. Desde ese ángulo se podía ver el interior del almacén y a los de Criminalística haciendo su trabajo.

—¿Qué tenemos?

—Poco, de momento —me dijo el forense quitándose los guantes y guardándolos de vuelta en uno de sus bolsillos—. Se trata de una mujer, no más de cuarenta, menuda. A simple vista, la muerte se ha producido por un traumatismo severo en la cabeza; un objeto contundente, probablemente una piedra o un palo grande. El cuerpo no se ha movido todavía, así que todo está por ver.

—¿No ha podido ser un accidente?

Descarté la tontería según la formulaba, solo tenía que mirar alrededor de donde se encontraba el grupo del laboratorio trabajando. El techo del pabellón estaba altísimo y las paredes bastante lejos.

Un compañero pasó a nuestro lado con una carretilla de un amarillo tan deslucido como el de la fábrica y la tierra que pisábamos. No le había dado importancia hasta que vi el rojo

brillante y oscuro en uno de los laterales de su interior. Di el alto al compañero, quería verla bien.

—La trajeron hasta aquí —indicó—. Hemos perdido el rastro de la rueda a pocos metros.

La carretilla tendría unos veinte años, pero parecía cuidada. Había sido usada muchas veces porque el fondo estaba completamente pulido, poco oxidado.

—¿Huellas de pisada?

—Un 41, deportivas. Estamos tomando muestras aún.

Comprobé la rueda con el pie para ver que seguía hinchada; se utilizaba con frecuencia. Los tubos que hacían las veces de asidero estaban pulidos, desnudos y brillantes por el uso.

—Un tipo pequeño —pensé en voz alta—. ¿Puedo acercarme ya?

—Sí, claro. En cuanto se haga la ocular se levantará el cadáver. Va a ser complicado con tanta pisada y tanto monte ahí arriba.

—Ya —suspiré—. Luego nos vemos.

Me puse unos guantes que había cogido y me dirigí hacia las señales que se habían dejado para marcar la supuesta ruta de la carretilla. Se distinguía perfectamente en varios tramos, así como las pisadas que la seguían. Algo había, para empezar, aunque el lugar fuera en realidad una especie de cagadero para perros. Sabía bien que la cementera era escenario ilegal para fiestas ilegales. Todo el mundo en Buñol se acordaba de la primera que se hizo en la Nochevieja de 2008. Por lo visto, de poco habían servido los intentos para evitar que se repitiera.

Aunque la empresa dueña del terreno insistía en cerrar los accesos con montoneras de tierra, cada cuatro o cinco años los organizadores se las apañaban para liberar un acceso y montar su

acampada *hardcore* por tiempo indefinido, por lo general entre cuatro y siete días.

La última había sido hacía no mucho, al parecer.

Por todos lados se veían restos ligeramente degradados por el aire, el polvo y la luz del sol que entraba por la tarde. Sin embargo, la rodada del improvisado palanquín funerario destacaba allí donde había quedado impresa en el suelo. No trazaba un rumbo directo, otro indicativo que tener en cuenta: habría entrado por un lateral del enorme espacio y seguido junto a la pared sur para después torcer a la izquierda y casi llegar hasta el fondo. Luego, un giro de casi ciento ochenta grados dirigía el rastro de nuevo hacia la salida, desde el centro y en línea recta, para volver a girar noventa grados, dar de nuevo la vuelta y, por fin, soltar la carga en un boquete que el tiempo, el agua y el aire se habían encargado de hacer.

—¿Sabemos cuánto hace de la muerte? —pregunté sin mirar al suelo.

Un técnico dejó lo que estaba haciendo y se puso en pie para hablar conmigo. Se quitó los guantes manchados de reactivo y anotó algo en una tablet.

—Menos de doce horas. Diría que ocho o diez, no más —dijo echándose a un lado y abriendo el mono que llevaba por la zona del pecho—. Ahora hay que dejar que actúe —añadió mientras sacaba una cajetilla y se alejaba un poco. Me ofreció un cigarro—. Quien haya sido es una bestia de tres pares. Lleva un golpe tremendo en el hemisferio izquierdo, otro menor en la parte alta de la región frontal. Diría que fue el primero el que causó la muerte, tiene pinta de haber perdido mucha sangre. Ah, también un corte en un brazo.

Caminé junto a él para escuchar lo que decía, rechazando con un gesto el cigarro. Iba a preguntar si habían encontrado documentación de la víctima, pero el hombre siguió hablando.

—El cuerpo parece no haberse movido desde que fue arrojado al suelo, ahí mismo, así que poco más podemos saber hasta que se haga la ocular… Una vez que se le haya practicado la autopsia, veremos.

Le dio una calada larga al pitillo y me hizo un gesto hacia el escenario. Lo entendí como que quería fumar a su aire, de modo que me di la vuelta e hice lo que se esperaba de mí.

Me armé de valor, pues uno no siempre se acostumbra, y me acerqué de nuevo a la chica que había tirada en el suelo. «Maldito seas», mascullé al llegar y mirar por fin.

En ese momento entendí lo de «arrojado». La víctima estaba medio retorcida sobre sí misma, completamente vestida, con el pelo castaño y largo extendido sobre ella. Una zapatilla tipo tenis se le había escapado y se había separado de su pie no más de medio metro; la culera de los vaqueros estaba llena de polvo de la tierra en la que yacía. La habían arrojado de la carretilla como se arroja escombro en un contenedor de obra. Pude imaginar el acto en sí y sentí un halo de tristeza momentánea.

Iba a agacharme para observar más de cerca cuando vi que el juez, el secretario judicial y el forense se encaminaban hacia mí. Tuve la cortesía de esperar a que llegaran y, entonces sí, me agaché junto al cuerpo y lo miré de cerca, con detenimiento.

—¿Cree que le llevará mucho? —preguntó el secretario.

—No lo sé —le respondí.

A nadie le gusta que le saquen de lo que sea un domingo por la mañana, pero la pregunta me pareció de sobra. Un muerto es un muerto, y ellos no tienen prisa ni sobremesas de paella que atender. Lo supe porque el hombre no se había terminado de limpiar bien las manos y tenía una línea de tizón en la parte inferior de la muñeca derecha, la típica marca que dejan los calderos hechos a leña.

Saqué una linterna y alumbré mejor. El golpe había sido tan duro que se había llevado parte de cabello y de carne. Sin duda era un traumatismo letal por necesidad, por ahí habría salido muchísima sangre y, posiblemente, la mujer no se enteró demasiado o no se enteró de nada. Me alivió un poco pensar que podía haber sido así, sin alargar el sufrimiento.

—Tiene marcas en la muñeca. —Apunté con la linterna hablando para mí. Era obvio que ese detalle estaba ya anotado y fotografiado —. La pernera del pantalón está rasgada, voy a moverla, con permiso.

Nadie dijo nada, así que moví con cuidado a la chica, que parecía hecha un ovillo. Era menuda y vestía una blusa de flores azules con una camiseta interior blanca. Pantalones vaqueros holgados y zapatillas con calcetines cortos. Una cadenita de oro adornaba la muñeca derecha y otra de semillas lucía sucia en el tobillo izquierdo. Estaba rígida, pero no me costó mucho darle un poco la vuelta para inspeccionar y encontrar una carterita en el bolsillo trasero del pantalón. La abrí con cuidado. Me llevé una decepción al ver que era un monedero con uno de diez y dos o tres monedas. Ni un triste billete de metro.

Había algunos arañazos superficiales en la pierna que había quedado al descubierto, y una hoja de carrasco clavada en la tela

interior del jirón. Con las pinzas saqué de ahí la posible prueba y volví casi instintivamente a la herida de la cabeza. Alumbrando bien de cerca pude ver algo más. Extraje con cuidado un trocito de algo que asemejaba madera impregnada de sangre, muestra que también preservé, y entonces reparé en el rostro por primera vez. Su cara me era familiar, aunque, con la hinchazón que se había ido produciendo hasta el momento de la muerte, podría ser la cara de la misma reina. Todavía conservaba carmín en los labios, un carmín rojo intenso, casi marrón, desdibujado y difuminado por el paso de las horas, quizá de los días.

No dije nada, continué inspeccionando el cuerpo para cerciorarme de que no había más rastros o heridas a simple vista, una preautopsia. Me puse en pie y me quité los guantes, y entregué al secretario las dos bolsas de plástico.

—Lo que está claro es que esto no lo ha hecho ningún profesional —dije.

El señor juez me puso cara de pocos amigos, pero hice como que no me había enterado.

—Bien, anótelo —ordenó al secretario—. Lea el acta y firme, a ver si podemos marcharnos de aquí lo antes posible.

Esa orden iba para mí. Agarré el informe y lo revisé con detenimiento para no dejarme nada. Salí de aquel pabellón polvoriento mientras leía y vi que la pareja estaba metiendo a tres de los sospechosos en el Patrol.

—Está todo —dije mientras firmaba. Le devolví los papeles al secretario y el equipo técnico volvió a entrar para levantar el cadáver —. Voy a dar la orden de parar a todos los todoterrenos en veinte kilómetros a la redonda, también se hará una inspección de los

coches que vayan a los lavaderos en las próximas doce horas. Buscamos sangre en asientos traseros o maleteros.

—¿Tiene algún indicio, sargento? —quiso saber el juez.

—El tipo que ha hecho esto no ha venido por carretera, señoría. —Señalé hacia arriba, al monte pelado por la cantera que llevaba años horadando la tierra—. Si ha traído a la mujer hasta aquí en una carretilla, apuesto a que llegó desde arriba, y allí llegó con un coche, posiblemente uno preparado para esas pistas.

—Se está activando un equipo de rastreo para esta tarde, al menos hasta que quede luz —informó un compañero que se había unido a la conversación.

—Bien —respondí—. Solicitaré la matrícula de todos los 4x4 registrados en Buñol y en los pueblos de alrededor. También de los del otro lado de La Cabrera.

—¿Cuáles? —preguntó el guardia.

—Bugarra, Gestalgar, Pedralba… Cualquiera que tenga conexión por camino con el de Monedi Gallo.

El último grupo de detenidos estaba siendo subido a otro vehículo, y me apresuré a llamar la atención para que no se fueran.

—¿Se la llevan a Requena? —pregunté al forense.

—Pasará la noche en el tanatorio del pueblo. Los domingos son mal día para trasladar cadáveres.

No dije nada, pero me pareció un tanto banal que fuera domingo. Asentí sin inmutarme e informé de que pensaba quedarme investigando por la zona. Podría hacer el informe en el coche y me apetecía subir a lo alto para verlo todo de nuevo.

Nos despedimos y fui a hablar con los tres jóvenes que esperaban junto al coche patrulla. No habían sido esposados y el susto inicial se

les había pasado; estaban apoyados a lo largo del lateral y uno de ellos, que parecía el mayor, intentaba dar conversación al pimpollo que teníamos por compañero. El agente López estaba haciendo un buen papel, eso nadie lo niega.

—A ver, tú —disparé al llegar—, ¿de qué te estás riendo?

Se le cortó la actitud en el segundo y medio que le costó darse cuenta de que le hablaba a él. Dijo algo así como «eh, qué», pero no le dejé seguir.

—Aquí hay una tía muerta, por si no te has enterado, y por el momento todo apunta a que iba con vosotros y, por lo que sea, se os ha ido de las manos.

—¿Qué dices? No, no, no —dijo el más joven. Se había identificado al final con una llamada a su madre para corroborar los datos—. ¿Cómo vamos a haber sido nosotros? ¡Hay dos tías en el grupo!

—¿A qué hora habéis llegado?

Esta vez la pregunta fue para el hablador; lo miré directamente a los ojos y di un paso para acercarme a él.

—No sé, eso ya lo han respondido. ¿Qué hora era? —Los demás lo ignoraron—. Era temprano, las ocho serían.

—¿Y dónde habéis pasado la noche?

—En la cueva Turche —dijo el tercero en un arranque de protagonismo.

Me sorprendió un poco que llamara de ese modo al lugar, así lo dicen en Buñol, y no el Turche, como suele decir la gente.

—Lléveselos, anda —le pedí al compañero ofreciéndole la mano—. Y que hablen al menos con sus familias.

Nos encargaríamos de averiguar todo lo posible sobre ellos y, si hubiera alguna relación con la víctima, pasarían a ser sospechosos. Pero algo nos decía a todos que no habían sido ellos. ¿Para qué, entonces, habrían precisado de una carretilla? A no ser que fuera un juego…

Necesitaba recapitular.

Caminé hacia el coche intentando poner algunas ideas en orden. En el teléfono había un mensaje de la abuela, decidí atenderlo más tarde y saqué la libreta. Era nueva porque me la había comprado el día anterior en un paseo largo que di con los gormitis. Ellos se llevaron un dragón y un caballo blanco que parecía una vaca. Lo pasamos bien.

Anoté todo lo visto desde mi llegada a la cementera y, una vez sentado, con la puerta del coche abierta, me encendí un cigarro e hice un croquis en el que señalé los accesos visibles e invisibles; todo lo que sabía acerca del lugar del crimen. Tres coches estaban aparcados junto a la carretera y varios curiosos se habían bajado a mirar, mientras que otros llegaron caminando, solos o con un perro.

Llamé al equipo para informar y proporcionar las indicaciones que ya estaban dadas a nivel local, escribí al jefe para decirle lo que había y me llamó. Fue amable, no me tuvo más de diez minutos colgado, tiempo suficiente para explicarle todo lo que sabía. Se encargaría de poner en marcha la investigación sobre la víctima y su identificación. Me dio el día libre, aunque sí quería el informe por escrito por la mañana. Le aseguré que lo tendría.

Me despedí de los compañeros y arranqué en dirección a Siete Aguas por la vieja N-III con la idea de alcanzar el pico más cercano a la cementera. Subiría a La Cabrera y entraría por el camino de la

granja de conejos. No sabía cómo iba a estar aquella pista para pasar con el coche, pero me hice a la idea de ir con cuidado y en primera, si fuera necesario. No fue difícil, quitando un tramo en el que el asfalto estaba machacado en una mitad de la vía y en la otra no, y, tras algunos boquetes sorteables y un par de badenes en los que rasqué un poco el faldón delantero, llegué hasta más allá del primer molino, en la cordillera final de la meseta, antes de bajar al litoral valenciano si vienes desde Madrid.

Allí hay una caseta con dos torres de comunicación. La instalación está bien vallada y dispone de una puerta para el acceso de personas, cerrada con un candado de los medio buenos. Dejé el coche en el segundo molino para terminar de acercarme a pie y poder ver rodadas o algo similar, algo diferente, algo.

Pasé junto a una porción de tierra bastante grande con arenisca y distinguí al menos cuatro tipos de rueda, si no contábamos las de bicicleta y las herraduras. Ninguna era gordita y menuda como las de una carretilla de las viejas. Aun así, tomé fotografías de todas ellas con el teléfono.

Terminé de ascender pisando sobre todo las piedras hasta el montículo de la caseta de telecomunicaciones. Caminé pegado a la verja de malla y me quedé parado al alcanzar al extremo este, como cuando era un chiquillo y subíamos hasta allí con las bicis o las vespinos.

La vista es siempre impresionante y bonita. El día estaba muy claro y desde allí se veía el mar, el puerto, la albufera, los pueblos que afloraban esparcidos entre las lomas de tierra verde que salpican toda Valencia. La autopista atraviesa el paisaje como una serpiente oriental, y a mis pies se distinguían los cortes rectilíneos

que tenía hecha la montaña. Me busqué unas buenas piedras y me senté en ellas a fumar un cigarro y contemplar el paisaje, las canteras y el paso que bajaba dibujando las propias curvas de la tierra, a mi izquierda.

«No son más de tres kilómetros hasta la mina», recuerdo que pensé.

Terminé el pito y me puse en marcha, cuesta abajo, por la senda bien dibujada. Enseguida vi que cualquiera que pasara por allí difícilmente dejaría huellas o rastros evidentes. Aquello son piedras sueltas sobre piedras incrustadas en la tierra seca y compactada. Aunque hacía poco que había llovido, porque en el camino de arriba aún había charcos, ni queriendo me fue fácil marcar el talón de mis zapatillas en el suelo. No me importó, miré el teléfono para ver la hora y seguí bajando por el accidentado terreno.

Me tomé mi tiempo observando, mirando y viendo cada recodo del descenso, buscando algo que no tendría por qué estar allí: una piedra o una rama con una mancha oscura, un retal… Me llevó más de media hora salir a la planicie amarilla hecha por las máquinas, la parte más elevada de la cantera que había sobre el escenario del crimen.

Encontré dos bolas metálicas más grandes que mi puño, una aquí, la otra allá. Entendía que podían ser elementos de algún camión, tipo rodamientos, pero aun así las recogí sin dejarles huellas y las deposité apartadas detrás de un montículo de tierra suelta y cascotes. Iría a por ellas si fuera necesario, pero todavía tenía que volver al coche y había descendido un buen trecho. Cuando emprendí la que iba a ser una última inspección, más abajo, vi que

había una patrulla en la siguiente parte llana. Me vieron, saludé y me acerqué; eran compañeros de Requena.

—Buenas tardes, mi sargento —saludó Rodrigo Verdú, un chaval de Utiel más majo que las pesetas, que llevaba unos meses en el cuerpo y ya había aprobado el ascenso a cabo—. ¿Ha visto usted algo ahí arriba?

Apostaría el dedo meñique a que se sorprendió y mucho al verme salir de lo alto, pero creo que hizo sus deducciones —o fue sabiduría prudente— y reaccionó de lo más natural.

—Nada por ahora. ¿Ustedes?

—Un guante en mitad de la subida. —«Dirás bajada», pensé—. Podría ser de cualquiera, pero está manchado y se ha recogido como prueba. Todavía hay cuatro compañeros registrando los edificios, y nosotros hemos venido a echar un vistazo camino arriba, señor.

—¿Talla?

—La ocho o nueve, creo. No lo pone.

Lo dejé anotado en la libreta y me acerqué al compañero. Le ofrecí tabaco y lo rechazó.

—Un guante ocho no es muy grande, ¿qué talla usas tú, Verdú?

No pude evitar el leve tono que ya se usaba a veces en el trabajo.

—La once es la que mejor me encaja, mi sargento —dijo tan al natural como una oliva verde.

Mientras respondía jugueteó con algo que no llegué a ver, pero que parecía pequeño y redondo. Lo giró una o dos veces entre los dedos antes de volver a guardarlo. Un tic sin importancia, supuse. Le hice un gesto para acompañarlo al coche, me había dado cuenta de que estaban recogiendo nada más verlos. Miré el teléfono, no quedaba mucho para la hora de la cena y los gormitis me estarían

esperando. Con dos potentes caladas di por terminado aquel pitillo, la sombra de la montaña se estaba haciendo larga.

—¿Tiene pensado destino ya?

No hizo aspaviento alguno.

—Me gustaría estar en la Judicial, mi sargento —dijo encogiendo los hombros—. Y aquí estamos, que no es poco.

Sonreí. Nos reunimos los tres en el coche y me contaron que no habían encontrado nada más que fuera significativo. Había múltiples pisadas, sobre todo de vehículos pesados, pero también de otros tipos. Imposible identificar algo fidedigno. Me enseñaron el guante; era viejo, aunque se conservaba íntegro. Busqué la talla en un estampado o etiqueta, sin abrir la bolsa en la que se encontraba, pero había perdido cualquier letra o dibujo hacía mucho tiempo. Presentaba los dedos sucios, grisáceos tirando a blanquecino, y dos motas benditas y bien marcadas en el envés de la mano derecha. Teníamos algo.

—Tengan cuidado con esto —dije sin intención—. Quiero echarle un vistazo mañana.

Usé el comentario para encontrar una despedida, ellos tampoco habían pensado quedarse demasiado por allí. Nos saludamos y empecé la caminata hasta el coche. Estaba bastante oscuro cuando llegué, pero la luna brillaba como un queso, así que solamente di uno o dos resbalones en el ascenso y no fueron por no ver.

Me subí al coche, arranqué y, poco a poco, recorrí los más de cinco kilómetros de camino de descenso hasta el asfalto de la carretera nacional. Tuve el pensamiento de llamar a mi madre y bajar al pueblo a verla un rato, pero al día siguiente era lunes y mis hijos tenían que ir a la escuela. Recordar el hecho de que, además,

debía prepararles las cosas para que se fueran con su madre reforzó la idea de incorporarme directamente a la autovía por la salida de las colonias de Venta Mina. Pretendía regresar el lunes mismo, así que ya vería y hablaría con mi madre al día siguiente. Volví a El Perelló cuando ya eran casi las diez de la noche.

—¿Todo bien?

Empar me estaba esperando en el comedor; le había enviado un wasap al salir a la carretera. Asentí mientras me quitaba la chaqueta y sonreí todo lo ampliamente que supe.

—Va a dar que hablar en Buñol por un tiempo, eso seguro. —Me dio un beso en la mejilla y me señaló la mesa; estaba puesta y los chicos ya habían hecho su trabajo. Me senté, más relajado—. ¿Qué tal se han portado?

—Bien. Aura está enfadada contigo, pero mañana igual ya ni se acuerda.

Cenamos con calma y nos bebimos más de media botella del blanco que quedó esperando al mediodía. Nunca cuento pormenores de los casos, pero con la abuela sí me tomo algunas pequeñas licencias, de modo que empezamos hablando del caso y terminamos contando batallitas de chiquillos, cada cual en su pueblo, cada cual con su pandilla de amigos.

El tema derivó ligeramente hacia su hija, inevitable a esas alturas, y a su afán lector desde los primeros años. Me contó una ocasión en la que la obligó a salir un día de lluvia para ir a una librería del barrio; había leído en un cartel de la puerta que se presentaba un libro de piratas.

Nos reímos, brindamos, y ¡co! En ese preciso momento decidí no beber más; con ese sorbo reconocí quién era la mujer encontrada

aquella mañana en mi pueblo.

Recordé una tarde en Valencia, frente a la estación, todavía no éramos padres y todo era más sencillo. También recuerdo que llovía, quizá de ahí me vino el flash, y que nos metimos en una librería para fisgonear un poco y resguardarnos otro poco, que vio un cartel que decía que una escritora local firmaba uno de sus libros y, aunque yo no la conocía, Sofía sí, así que nos quedamos a escuchar la presentación. Recuerdo bien que esperamos para que le dedicara el libro y que estuvieron un rato hablando después del acto, cuando ya todo el mundo tenía sus ejemplares dedicados.

Se lo conté a Empar por encima y nos levantamos de la terraza. Fuimos al cuarto de los libros, ahí tenía todos los títulos que no eran suyos o que no le gustaban, y ambos sabíamos que, de estar en algún lado ese libro, tenía que ser en las estanterías que había apretadas en un cuartito sin ventanas entre el baño y la habitación principal. Yo lo encontré primero, no recordaba el título, pero sí el color de las tapas y el lomo. Pronto vi el nombre de la escritora en letras mayúsculas, bajo un tono ocre. Era ese, lo cogí y se lo di a Empar después de echarle un ojo a la portada.

—*El batir de sus alas* —leyó—, Rosa Grillaud.

Se ocupó también de pronunciar el nombre en francés, acentuando la «a» de Rosa y diciendo algo así como «Grilló».

—Está dedicado —dije abriendo con la punta de los dedos el libro —. La *chicona* fue bastante agradable.

—Un respeto, Matthew.

—Lo digo porque nosotros también éramos unos chiquillos, abuela.

Empar se detuvo como si se hubiera convertido en mármol y se giró hacia mí sin pestañear siquiera.

—La mujer. —Asentí ante su mirada—. La mujer fue bastante maja con nosotros, creo que nos dijo de ir con ella a tomar algo, pero habíamos hecho plan de cine, así que no nos quedamos.

La abuela caminaba despacio hacia la hamaca de la terraza, entreteniéndose con las páginas. Nos sentamos y me encendí un cigarro mientras ella consultaba internet en el teléfono. Sabía que algo había leído en esa dedicatoria que había llamado su atención.

—«Dedicado, de corazón —leyó en voz alta—, a Sofía y Mateo».

Se bajó las gafas un poco y volvió a consultar el teléfono, me miró y volvió a leer, esta vez la pantalla.

—*El batir de sus alas* es el segundo libro que publicó esta chica. Creo que llevaba cuatro por lo menos, a día de hoy.

—No lo sé, la verdad, nunca he leído algo de ella.

—«Sin vuestra ayuda jamás habría logrado un sueño —siguió leyendo del libro subiéndose las gafas—, mucho menos dos. Ambos son gracias a gente como vosotros, sois la fuerza para querer seguir».

—Un respeto, Empar —le dije intentando sacarla del rol.

—«No os olvidaré, palabra —sentenció—. Vuestra: Rosa Grillaud».

Y cerró el libro de sopetón.

2
Haciendo amigos

Lunes, 24 de marzo de 2025

Estuve adelantando los relojes de casa durante un tiempo, cada lunes alterno. Al menos lo hice mientras los gormitis no tuvieron móvil ni posibilidad de saber efectivamente qué hora era. Todo eso se acabó, como es lógico, cuando a Olmo le regalaron, por su décimo cumpleaños, su primer reloj de pulsera. Ahí se acabó lo bueno.

Pero, mientras llegaba ese momento, confieso que estuve engañando a los chiquillos una hora cada lunes que Sofía tenía que recogerlos. De este modo, aquel lunes, a las ocho y media de la mañana estaban los dos bien desayunados, ya vestidos y con todo listo para empezar las clases y volver por dos semanas con su querida madre. Normalmente ella y yo nos veíamos en la puerta del cole, porque así los chicos se enteraban mejor del cambio de rutina. Uno tiene la sensación de repetir según qué cosas millones de veces.

Aquel lunes Sofía no vino. Me escribió diciendo que tenía un desayuno con un productor catalán, pero que estaría a tiempo para recogerlos por la tarde, que no me preocupara. Le devolví un pulgar en alto y un escueto «OK».

—Bueno, hijos, portaos bien con la mamá —les dije dándoles un beso—. Vendrá a recogeros esta tarde, pero yo os llamaré todos los días, ¿vale?

Olmo pasaba de mí, había visto a dos amigos de clase entrar por la otra puerta del patio y salió corriendo a su encuentro. Aura no. Se enganchó a mi pierna con la intención de no soltarla. Le dejé un minuto de dramatismo a la chica.

—¿Qué pasa, Aura? —le dije tras agacharme delante de su carita —. ¿No tienes ganas de ver a tus amiguitas? Esta tarde viene mamá a buscaros…

Asintió, pero no dijo nada. Consolé como pude a mi hija pequeña, la acompañé a la puerta del colegio y dejé sus cosas y las de su hermano en la garita de Manuela, la bedela.

Antes de las nueve estaba conduciendo por la carretera de Madrid, rumbo a mi pueblo natal. Pasaría por Comandancia de Requena, pero quería volver antes al escenario donde se encontró a la escritora muerta. Esta vez entré con el coche hasta la parte de arriba. La pareja me detuvo un segundo hasta ver la placa, pero ni siquiera llegaron a preguntar. Un compañero hizo una señal al otro y este abrió la verja del complejo cementero abandonado. Esa mañana, con más calma, me volví a fijar en lo monumental de aquellos muros viejos e imponentes, y tuve la sensación de estar entrando en una ciudad extraña, postapocalíptica y misteriosa. Paré el coche junto a las caravanas y me quedé allí sentado con la puerta abierta, mirando un rato cómo se encontraba todo. Estaba en calma.

El vallado era prácticamente nuevo, como mucho tendría cinco años. Por todos lados se veían postes coronados con cámaras o restos de ellas. El problema era que los paneles solares que las alimentaban habían sido robados o víctimas de vandalismo, eso ponía en el informe, y eso parecía solamente con echar un vistazo alrededor. Aun así, abrí de nuevo el documento para asegurarme, y

sí, se había tomado declaración al encargado del recinto, que afirmó que las videocámaras estaban en desuso desde hacía bastante tiempo.

Bajé y me di una vuelta por los alrededores del gran silo donde había aparecido la escritora; no vi nada que mereciera la pena. Los dos accesos secundarios, los que dan al monte, estaban completamente abiertos. Encontré un trozo de cadena oxidado en el suelo, junto a una de las puertas; no había candados ni vallas atravesando el camino de entrada. No había nada, nada más que las señales dejadas por los de la Científica junto a lo que coincidía con la rueda de la carretilla.

Me aventuré y empecé a caminar de espaldas a la fábrica abandonada. Estuve un par de minutos mirando a ambos lados y llegué a la senda que tomaba el ascenso hacia la mina, que se veía unos cien metros más arriba. La subida era sencilla. No descarté la idea de que el asesino se hubiera acercado con un coche por la carretera de la propia mina, pero a mí me parecía que había demasiado riesgo de encontrarse con alguien si se llegaba por allí.

Volví al coche y busqué el tabaco en el asiento del copiloto, después me interesé por las caravanas. Me sorprendió lo limpias que las encontré por dentro. Había muchos objetos, pero no olía mal y no encontré cacharros, basura ni zapatillas apestosas o cosas por el estilo. Hojeé tres cuadernos que vi en una de ellas, eran cuadernos de bitácora o eso parecían pretender. Leí un par de minutos o tres y no vi el nombre de la mujer, pero, aun así, guardé los librillos para revisarlos más atentamente, por si acaso. Además de dos cajitas con chucherías de curso no legal, no hallé nada más, así que salí a fumar y a darme una vuelta por el pabellón.

Anduve haciendo el recorrido que estaba marcado, hacia delante y hacia atrás, intentando entender qué habría pensado quien fuera que llevó el cuerpo hasta allí. No lo entendía, había entrado hasta el fondo con una intención y, por lo que fuera, había emprendido el camino hacia el exterior otra vez, ¿como si se hubiera arrepentido de la idea?

Llegué al lugar donde estuvo la mujer y me agaché para ver la tierra hecha de piedrecillas de no más de un centímetro de gruesas. Había una muesca en el suelo, una marca que no habían señalado el día anterior, justo a un paso y medio del lugar donde se encontró el cadáver de Rosa Grillaud. No muy atrás reparé en un ladrillo carcomido que claramente había sido movido. Me separé de la escena y me detuve a observar. Saqué el teléfono y me envié a mí mismo la fotografía que tenía desde ese ángulo. Estaba claro: el asesino no dejó el cuerpo muerto a las bravas, no, fue a causa de un tropezón que la escritora cayó al suelo. ¿Estaba muerta en ese momento?

Me asaltaron muchas preguntas que aún no tenían respuesta, así que volví al coche tras recorrer el resto del interior del silo en busca de algo distinto y no encontrar más que polvo y basura.

Llegué a Comandancia de Requena más allá de las doce, y lo primero que hice fue ir a ver al sargento para saber qué noticias había. Me dijo que se había localizado la vivienda habitual de la mujer, pero hasta que el cuerpo no fuera reconocido por un familiar cercano no se podía emitir la orden de registro, lo habitual. La familia estaba avisada y alguien venía hacia el pueblo para reconocer el cadáver.

El teléfono personal de Rosa no daba tono. Estaba divorciada y constaba una denuncia previa por violencia de género, que ella misma había retirado. Se estaba intentando localizar al exmarido.

—Parece que se lo haya tragado la tierra —comentó el sargento Muñoz—. No tiene vehículos a su nombre ni está empadronado, al menos en España. Tampoco líneas de teléfono nacionales.

—¿Cómo se llama?

—Manuel Pérez. También es escritor, ha publicado al menos siete libros.

Lo miré pidiendo más.

—Pérez Gimeno.

Anoté también su DNI y la última dirección en la que había vivido. Coincidía con una de las de su difunta ex.

—Está en búsqueda —me dijo—, de todos modos.

Además de eso, el resto del informe era poco más que aire: direcciones antiguas, números inactivos y silencio administrativo. La mujer estaba inscrita en el SEPE y cobraba una pensión por desempleo, de modo que solo quedaba esperar a que llegase el supuesto familiar de la víctima. Pregunté por los de las caravanas.

—Había dos menores —informó el sargento—, están identificados correctamente. Son de Xátiva y alrededores.

Me dio una carpeta con el informe; todos excepto uno estaban limpios, y el díscolo había sido denunciado por tenencia de estupefacientes en un par de ocasiones. Nada escandaloso.

El sargento me había facilitado la supuesta dirección de la víctima y estaba casi convencido de que se trataba de la escritora. Debía asegurarme antes.

—¿Se sabe algo del cuerpo?

—Lo trajeron esta mañana, lo tenemos en el depósito para hacerle la autopsia.

Lo miré fijamente un par de segundos.

—Si va a ser usted quien lleve el caso, pensamos que quizá querría estar presente —reaccionó—; no se practican autopsias todos los días en Requena, mi sargento.

—¿Está disponible el forense?

—Seguramente sí. ¿Quiere que le diga que va a estar allí?

Asentí. El compañero descolgó el teléfono y llamó para indicar que se dispusiera la autopsia. Me despedí de él correctamente y salí del despacho un poco nervioso, lo reconozco. Hay ciertos momentos en las autopsias que son desagradables para mí; aunque sean parte de mi trabajo, no me termino de acostumbrar.

Presenté la solicitud formal de todo lo que quería, incluyendo la grabación de las veinticuatro horas anteriores de todas las cámaras del parque eólico de Buñol, las de la autopista y las posibles cámaras en los pueblos que comunicaban por camino con El Gallo —estaba convencido de que el asesino había llegado por arriba—, también las matrículas de los vehículos todoterreno registrados en la provincia. Todo aquello suponía un papeleo que podía llevar semanas, días en el mejor de los casos, por no hablar de las solicitudes a las compañías de los repetidores para que localizaran los teléfonos que se movieron por los alrededores de la cementera.

Decidí salir a dar una vuelta, fumar un cigarrillo y que me diera un poco el aire seco de la altiplanicie. Me senté en uno de los bancos y ahí estuve un rato, saludando a los que iban pasando.

No tardó mucho tiempo en aparecer un coche viejo, un Mercedes diésel con matrícula de Valencia conducido por un chaval de poco

más de veinte años. De copiloto iba una mujer mayor, con gafas de sol y el rostro apretado. El conductor llegó despacito y aparcó del mismo modo, serio como un palo, con prudencia parsimoniosa.

Ambos se bajaron del vehículo, casi al mismo tiempo, la mujer se acercó al conductor y lo agarró del brazo para cruzar la carretera, sin coches. Entraron con paso firme en la arboleda delantera del cuartel y con paso firme la cruzaron hasta la puerta. Ahí se detuvieron unos segundos, se miraron y entraron.

En el informe se indicaba que Rosa era huérfana de padre, lo que me removió un poco por dentro, debido a la coincidencia conmigo y con Sofía, de modo que supuse que, de ser ellos, se trataría de la madre de la víctima, Mercedes García Inarejos, de sesenta y tres años, y su hermano, Román Grillaud García, de veintitrés. Aproveché las últimas tres caladas y salí directo al coche. Arranqué hacia el hospital para ver a la chica muerta y cerciorarme de que la memoria no me fallaba.

El cuerpo presentaba marcas y rozaduras en las muñecas y tobillos, debido a ataduras hechas con cuerda, además de los arañazos en una pierna y el golpe que con seguridad causó la muerte. No había indicios de violación o abusos, tampoco moraduras o señales extrañas en el cuerpo, y, aparte de dos tatuajes en un brazo y en la cruz de la espalda, nada más se podía añadir en aquel momento.

—La sangre ya está siendo analizada —me dijo el forense—. Aún tardaremos unas horas, pero podría ser que estuviese drogada en el momento de la muerte.

—¿Drogada?

—Es por las pupilas. —Se acercó a la cabecera y destapó el rostro de la mujer—. ¿Lo ve? Muy dilatadas, demasiado hasta para un muerto.

Volvió a tapar el cuerpo y se quitó con cuidado los guantes.

—Ya… —Saqué mi teléfono y se lo mostré—. ¿Qué le parece? ¿Diría que es ella?

El hombre miró tres o cuatro fotos, de las primeras que san Google mostraba en una búsqueda. Asentía mientras yo las iba pasando con el pulgar.

—Yo diría que sí. ¿Qué edad tiene?

—Treinta y cinco —respondí.

Sujetó el brazo izquierdo de la chica con las dos manos, con delicadeza, y alzó la muñeca para que pudiera ver bien las marcas. Al acercarme pude notar el aroma fugaz de un perfume intenso, un residuo que permanecía impregnado en la piel de la víctima a pesar de las penurias, a pesar del muy probable sudor y dolor acontecido en aquellos esbeltos brazos.

—Es evidente que fue atada, pero no por unas horas o por una mañana. Algunas de las heridas han empezado a cicatrizar para después abrirse de nuevo.

—Eso escuece bastante.

—Y espabila —dijo en tono serio queriendo demostrar que tenía el trabajo bien hecho—. Creo que la mujer ha estado atada por lo menos una semana, al menos aquí.

Dio un paso hasta los pies de la camilla y descubrió un poco más los pies y las piernas.

—Hay restos de pegamento, rozaduras hechas con cuerda, probablemente de esparto, y algunos cortes producidos

seguramente por alambre fino o algo semejante.

—Ya veo. Curioso, ¿no cree?

—Lo que creo es que el asesino no tenía planeado nada de lo que iba haciendo, a excepción de la droga.

—¿Por qué lo dice?

Mala idea. El forense volvió a la cabecera para descubrir el cuerpo hasta el torso: tenía la cabeza girada, con la herida mirando al techo.

—La herida mortal presenta rasgos que nos indican que fue a la carrera. Quiero decir que alguien la perseguía en el momento del traumatismo. —Sujetó levemente el cuero cabelludo con el pulgar y el índice izquierdos—. Se observa que el golpe no solo es oblicuo, sino que arranca parte de la piel en este punto y la araña justo aquí, lo que indica que llega desde atrás, desde abajo, desplazándose mucho más allá del objetivo.

—El asesino es zurdo.

—O la golpeó con las dos manos o, aunque lo pongo bastante en duda, le arrojó el tronco que la mató.

—¿Es indudable que fue con un tronco, como acaba de decir?

—Con casi total seguridad. Mi teoría es que la droga que le estaba siendo suministrada empezó a perder potencia en el organismo de la chica, la tolerancia fue bajando, y en algún momento se vio con fuerzas y consiguió escapar. La persiguieron por el monte, de ahí los pantalones rasgados y las marcas de las piernas, y la golpearon a la carrera, desde atrás.

Un celador tocó a la puerta y asomó medio cuerpo.

—Disculpe, doctor, han llamado de comisaría. Vienen para hacer el reconocimiento.

—Gracias, Fabián —dijo el forense cubriendo con destreza el cuerpo—. Si le parece, sargento Masmano, empezaremos con la autopsia después de que pase la familia… Si es que se trata de ellos.

—Por supuesto.

Me quité los guantes y salimos del quirófano. Me sorprendió ver una pareja con la madre y el joven, supuse que sería un hermano o primo.

—¿No podemos entrar solo nosotros?

La mujer agarraba el brazo de su hijo como si quisiera llevárselo a casa, pero me miraba a mí, con cierto recelo.

—Me temo que no, señora García. Verá, se me ha asignado este caso, de modo que mi deber es estar implicado en todo lo referente. El reconocimiento del cuerpo forma parte del proceso.

Soltó un «está bien» muy por lo bajo y entramos. Hice una seña a Verdú para que accediera también. Fue rápido, también doloroso, y juraría que no hubo ni un gramo de sobreactuación. El cuerpo tendido en la camilla pertenecía a Rosa Grillaud García y eso supuso un golpe muy duro para ellos. Mercedes García, la madre de Rosa, tuvo que ser atendida debido a una fuerte subida de tensión y Román, el hermano, se metió a llorar en una sala de espera. Fue el propio forense quien atendió a la mujer, con lo que nos quedamos Verdú, el cabo Latorre y yo.

—¿Le han dicho algo del traslado, Verdú?

—Aún no, mi sargento. Confío en que esta semana será.

—Necesito a alguien conmigo en este caso, y he oído que ha sacado una nota excelente en el examen.

—¿Ha oído, señor?

—Sí, bueno. El caso es que hoy mismo voy a hablar con mi capitán para que vea si se puede agilizar ese traslado.

—Eso suena cojonudo, con perdón, mi sargento.

—¿Ha estado antes en una autopsia, cabo?

Usé aposta un rango que sabía que aún no le habían dado, aunque la prueba hubiese sido sobresaliente, según se comentaba. Me volví a sorprender, esta vez con su respuesta.

—En la facultad practicamos varias de ellas, mi sargento. Y le aseguro que no me perdí una.

—No se diga más. —Me tomé unos segundos para ordenar lo que quería y no quería decir—. Usted estará presente en la autopsia, tomará nota de todo lo que el forense vaya diciendo. ¿Tiene ahí el teléfono móvil? Pues hará vídeo si lo considera necesario.

La pareja adoptó por reflejo la postura de firmes.

—Después redactará usted el informe al completo, con pelos y señales, Verdú, y lo enviará a Jefatura de Valencia.

—Mi sargento, ¿usted no va a estar presente?

Me tomé unos segundos antes de responder. No era mi campo favorito el de las autopsias, pero no podía eludir mi responsabilidad.

—Cabo Latorre —desvié un poco más—, haga el favor de atender y acompañar a la señora cuando se encuentre mejor, y asegúrese de que el hermano está en condiciones de conducir hasta Valencia antes de dejarlos salir.

—A la orden, mi sargento.

Se cuadraron, afirmaron y no hicieron pregunta alguna. Les di las gracias y salimos de la sala; luego, el inminente cabo Rodrigo me acompañó hasta la puerta y me dirigí al coche. Llamé a Valencia. Informé a mi capitán de que la chica era la escritora, que vivía en

Massanassa, que tenía su dirección y que, por favor, fuera solicitando una orden al juez para hacer el registro de su piso.

No creo que hagan falta los pormenores. La intervención forense fue rápida y sencilla, se corroboró que la muerte había sido producida por el golpe, pues no se encontraron signos de asfixia, ahogamiento o envenenamiento. No había más signos de violencia física o sexual que no fueran los advertidos el día anterior en la inspección ocular.

—Los resultados de las muestras estarán esta semana —dijo el médico al terminar mientras volvía a cubrir el cuerpo—. El viernes por la mañana lo más tardar.

—Muchas gracias, doctor —respondí, un tanto ansioso por salir de allí.

Firmamos el acta y nos despedimos. Verdú salió conmigo hasta el aparcamiento, en silencio. Me alegró ver que el joven se desenvolvía tan bien con los muertos, no sabía que había estudiado anatomía forense, de modo que allí mismo decidí que sería mi ayudante. Llevaba casi tres años sin uno, y ya iba siendo hora de empezar a hacer mejor las cosas.

—Si quiere, puedo escribir el informe, mi sargento.

—¿Cómo?

—Me ha dado la sensación de que tiene algo de prisa, o que algo le apura.

—Sí, cierto —respondí haciéndome el aturdido—. Tengo un asunto importante en Valencia…

—Pues si quiere me encargo yo de la burocracia. No se me da mal redactar, se lo aseguro.

Le pasé mi correo electrónico para que me enviase a mí el informe antes de mandarlo al jefe, y también le di las gracias.

—Mañana por la mañana estaremos visionando las grabaciones que nos han llegado, si tiene permiso para venir a Valencia, pregunte por el equipo de Peñalver. —Sonreí—. Tenemos cafetera.

—A sus órdenes, sargento. —Se cuadró y saludó muy orgulloso.

—Y vaya bajando el tono. Si va a trabajar en la Judicial, merece la pena no llamar la atención demasiado.

Antes de marcharme vi cómo se aseguraba algo en el interior del uniforme. Me lo anoté mentalmente, como tantas otras cosas. Entré una vez más en el coche y me fui de Requena rumbo al pueblo de la escritora. Llegué al lugar una hora y media más tarde, decidido a saltarme un poco las normas y no dejar que se enfriase cualquier pista que pudiera haber en el domicilio. Tendría sumo cuidado y no dejaría rastro alguno porque sabía bien cómo se debía hacer.

Lo primero que comprobé fue la puerta del portal: de aluminio acristalado y con un sistema de apertura y cierre fácilmente manipulable para que se quedase siempre abierta. Con hacer clic en una pestaña ayudándose de un objeto rígido, un mechero, por ejemplo, el pestillo queda liberado y se abre con un simple empujón.

Entré detrás de una pareja de vecinos con la excusa de echar un vistazo a los buzones y, aunque me miraron un poco mal, no dijeron nada y subieron a su casa en el ascensor. Una costumbre muy mediterránea y, aunque duela decirlo, poco recomendable. Constaté que la dirección que yo tenía coincidía con el piso indicado en el buzón y subí al quinto por las escaleras. Tuve suerte al llegar, era la última planta y la única puerta que tenía como vecina en el rellano

parecía no haber sido abierta en meses o años. No había felpudo y dos macetas enormes casi entorpecían el acceso a aquella vivienda.

Me cercioré de que no había vecinos husmeando en el descansillo del cuarto, me puse unos guantes de lana fina y me dispuse con las ganzúas. Tras varios intentos fallidos —la cerradura era de las buenas—, probé suerte con una lámina que había cogido de la guantera, y ¡bingo! El pestillo cedió con un leve chasquido. No habían cerrado al salir, o quizá había alguien dentro. Toqué la puerta con un nudillo y pregunté en voz alta hacia el interior. No hubo respuesta, así que entré despacio, empujando la hoja blindada con el codo de la chaqueta. Olía a alcohol.

El apartamento era recogido, no muy amplio pero bien aprovechado. Disponía de un recibidor contiguo a una sala comedor y a la cocina. Un pasillo se adentraba más allá del cuarto de estar y, por la luz que entraba, supuse que aquella zona de la casa daba a patios interiores; no me equivoqué.

La cocina y la sala estaban un tanto patas arriba, pero no había signos de violencia. Estaba todo dejado como después de una cena con copas y música. En la pila había varios platos, vasos y cubiertos, al igual que en la encimera. Una tabla de cortar con dos limones casi acabados, una botella de ginebra, otra de ron y cinco de vino. El horno estaba abierto y la bandeja con los restos de un pastel plagado de moho había sido abandonada sobre una mesita auxiliar.

Los cojines del sofá estaban repartidos sobre la alfombra y había un par de zapatillas por ahí tiradas. Más copas, papel de regalo roto y un par de boles con ganchitos. Una fina película de polvo cubría todas las superficies planas, incluyendo la mesa baja donde estaba casi todo el zafarrancho. La ventana que daba a un pequeño balcón

estaba ligeramente abierta. Calculé que habría trascurrido algo más de una semana desde la última vez que hubo alguien allí.

El piso también contaba con un dormitorio, un estudio y un cuarto de baño. En esas estancias no encontré signos de violencia, tampoco algo que destacara a simple vista, pues me estuve asegurando de no entrar en contacto con nada más que el suelo al caminar. Mi móvil vibró al entrar yo en el cuarto donde estaban el escritorio y el ordenador, además de dos estanterías con una buena colección de libros.

—Diga.

—Está confirmado.

—Bien —respondí con un carraspeo sordo.

—La orden llegará en media hora, una como mucho. ¿Dónde estás?

—Tomando una caña, en el pueblo de la víctima. Tengo localizado el portal.

—Espera ahí, Mateo. Mandamos un equipo en breve, los de la Científica están también avisados, así como el cuartel de la zona.

—¿Vas a venir tú?

—No puedo. —Dejó pasar un par de segundos—. Que no se te escape nada.

—Descuida.

Me dio cuatro indicaciones más y cortamos la llamada. Decidí salir del piso y buscar una terraza en la que sentar el culo un rato mientras esperaba a que llegaran los compañeros. Aprovecharía para consultar en internet para saber algo más acerca de la víctima: redes sociales, blogs, publicaciones, etcétera. Cualquier cosa podría ser útil en un momento dado.

Antes de apagar la luz del estudio me llamó la atención una pequeña foto clavada en un rincón de un corcho en la pared. Me acerqué a mirarla mejor y me quedé de piedra con lo que vi.

Se trataba de la escritora rodeada de cuatro mujeres en lo que parecía ser una fiesta o un concierto; la foto tenía años. Agarré la chincheta con los dedos y observé bien de cerca la fotografía. No reconocí el sitio en ese momento, pero sí a dos de las protagonistas: una era la víctima jovencísima, la otra era la chica morena y pálida de pelo rizado de la que me enamoré hacía casi veinte años. Sofía, la madre de mis hijos, aparecía con el brazo echado sobre los hombros de otra mujer a su izquierda y, a la derecha, en el centro, Rosa Grillaud la agarraba por la cintura con cara de estar gritando «patata».

Escondí la foto en el interior de mi chaqueta y comprobé que no quedaba marca en el aglomerado. Eché un vistazo rápido al resto y, al no haber nada destacable, salí con cuidado del apartamento y bajé a la calle por las escaleras, convencido de que no me había visto nadie. Esperaría al equipo tomándome algo, pero, antes, pasé por el coche y dejé en el maletero la fotografía boca abajo. Aún no sé bien por qué hice aquello. Supongo que para proteger de algún modo a mi exmujer.

El móvil volvió a sonar; era Empar. Sostuve el aparato en la mano dejando que siguiera dando tono y, finalmente, descolgué.

—Dime, abuela, ¿está todo bien?

—Sí, hijo, está bien. ¿Cómo estás tú?

—Como siempre, ¿por? ¿Ha pasado algo, Empar?

—He hablado con Sofía esta mañana…

—No.

—Creo que quiere hablar contigo, rey. Cógela si te llama, ¿vale?

Clamé al cielo en silencio y me dejé caer en la silla de la terraza de una cafetería.

—¿Harás eso por mí? —suplicó.

—Empar, sabes que no puedo dejar que se implique personal externo en la investigación de un caso, mucho menos un familiar o allegado…

—No le he asegurado nada. Le he dicho que todo eran sospechas, pero se ha quedado preocupada. Me ha vuelto a llamar para pedirme que busque su número de teléfono en una agenda que tiene aquí, en su cuarto. ¿Qué hago?

Lo pensé medio minuto, sin decir palabra.

—Me hago cargo, abuela, descuida —respondí, tranquilizador.

—Vale, hijo, gracias. Y disculpa.

Me despedí de ella y jugueteé con el WhatsApp un rato, mientras me traían la limonada y los cacahuetes. No sabía muy bien cómo abordar el mensaje que pretendía escribir a Sofía, pero no hizo falta pensar demasiado. Su nombre apareció en grande en la pantalla, al tiempo que el aparato empezaba a vibrar.

—¿Es verdad?

Es lo primero que dijo. Ni «hola» ni «cómo estás». Por la respiración se la veía afectada y, por el ruido, a punto de empezar un ensayo.

—¿Es ella, Mateo? Dímelo.

—Lo es —respondí sin saber si decir más—. Al principio me costó reconocerla, pero…

—Joder, qué mierda. ¿Se sabe quién ha sido?

—Sofi, por favor.

—Bueno, va. Estoy trabajando.

—Y yo.

—Supongo que lo sabe la familia.

—Sí, todavía no hay nada.

Aun habiendo vivido juntos, Sofía es una de esas personas que se cree todo lo que lee en novelas o ve en películas y series. Para nada es así. Enviar una muestra a analizar y recibir los resultados lleva días de espera, obtener un permiso para según qué cosas también. No es tan sencillo.

Hablamos un poco más y terminamos quedando en hacernos un café esa misma semana. Me vendría bien que Sofía me contara su relación con la escritora y el motivo por el cual aparecía nuestro nombre, con tanto afán, en la dedicatoria de uno de sus libros.

«Hablando de libros», pensé.

Saqué de la chaqueta los cuadernillos que cogí en la caravana y empecé a investigarlos más a fondo. Me entretuve con un par de fragmentos bastante humorísticos, con dibujos y algunos mapas hechos a mano. No había nada que hiciera un mínimo de referencia a la víctima, pero pasó el tiempo hasta que vi llegar a los compañeros y dejar los vehículos en doble fila, frente al portal de Rosa Grillaud.

La casi totalidad de vecinos reaccionó como se espera, poniendo en pausa sus quehaceres para quedarse a ver qué pasa. Me levanté y entré en el local, pagué en la barra y aproveché para pedirle al camarero que activase la máquina de tabaco; me iba a quedar sin cigarrillos antes de la tarde y así no tendría que andar perdiendo el tiempo luego.

Saludé al equipo al cruzar la acera, se dieron las órdenes y se comprobó que la dirección era la correcta. Íbamos a acceder a la casa de una víctima de homicidio, y nunca se sabe qué se puede encontrar, así que me ajusté el chaleco debajo de la chaqueta, por si acaso.

Entramos, registramos el piso, recogimos muestras de cada vaso con líquido, cada botella. No se encontraron rastros de violencia, sangre o tejido que llevara a pensar que la vivienda había sido abandonada a la fuerza. Las llaves incluso estaban puestas por dentro en la cerradura de la puerta. Se tomaron fotografías de cada estancia y se requisaron el ordenador portátil y el de mesa.

Encontramos un teléfono móvil apagado entre los cojines del sofá, aparato que también pasó a disposición de la investigación. Se interrogó a los vecinos, y con ello supimos que la última vez que se la vio por el edificio había sido diez días atrás. Que, como era evidente, la escritora y unas «amistades» —así lo definió la vecina del cuarto piso— habían tenido una noche movida aquella vez. Luego no se volvió a saber de ella, aunque un joven vecino del segundo nos aseguró que Rosa tenía pensado marcharse unos días de vacaciones.

Sin embargo, como siempre ocurre, hubo dos hallazgos destacables. El primero fue una de las cinco botellas de vino en la encimera de la cocina; estaba abierta y le faltaban dos copas, el corcho de esa botella no se encontró y el que todavía estaba con el sacacorchos enroscado dentro pertenecía a otra de lambrusco. Lo más curioso era que todas las botellas tenían huellas, menos esa, que estaba visiblemente impoluta, cubierta de reactivo.

El segundo fue una copa con casi las mismas características: tenía vino en su interior, pero carecía de huellas, era como si nadie la hubiese cogido o se hubiera limpiado después. ¿Quizá unos guantes? Sin embargo, se encontró en el borde un leve rastro de carmín: alguien había bebido de ella o apoyado al menos los labios.

Se localizó su coche aparcado en el barrio, dos calles más allá de la principal que atraviesa Massanassa, y este tampoco presentó señales que indicasen algo extraño o nos dieran alguna pista.

Justo al final de la tarde, cuando el equipo lo había recogido todo y yo tomaba un descafeinado en la misma terraza del mediodía, el joven del segundo piso se acercó a mí para preguntarme si era cierto que andábamos buscando a Rosa Grillaud. Lo invité a sentarse y me contó que la conocía porque había leído alguno de sus libros, los tres primeros, que iban sobre dragones. También me dijo que la mujer impartía un taller de escritura en Catarroja, el pueblo vecino, en una asociación de mujeres o algo por el estilo. No supo ser más concreto, pero me aseguró que allí podría encontrarla o que alguien me dijera dónde podría estar.

—Mire —me insistió Miguel (así se llamaba el chico) enseñándome una fotografía de Instagram—, esta es su clase de este último año… La sigo desde hace tiempo.

Anoté el nombre y busqué la dirección en mi propio teléfono, pagué el refresco del chaval y volví a cruzar la calzada para despedirme del equipo.

Se había hecho tarde y yo no había comido nada decente en todo el día desde el desayuno con mis hijos, así que me subí a mi coche y conduje hasta Valencia. Aparqué como pude en el barrio y pasé por el supermercado antes de subir a casa para hacerme algo rápido que

cenar. Aproveché para llamar a los niños, pero solamente pude cruzar unas palabras con el chico. Aura se había quedado dormida. Sofía quiso preguntar, pero le dije que estaba cansado y que ya le contaría con el café. Supo respetarlo y se despidió.

Una vez arriba y en calma, con el estómago lleno y los pies descalzos, me senté en mi estudio a poner en orden todas las notas, pasar al portátil las fotografías y empezar con el informe que entregaría a mi superior a la mañana siguiente.

Reuniríamos al equipo y prepararíamos una línea de investigación sobre este caso en concreto. A mi entender había caso, teníamos suficientes indicios para empezar a tirar del hilo. Una vez terminado el examen de la autopsia, el cuerpo sería devuelto a su familia y, como es lógico, uno o dos días después se oficiaría un funeral. Siempre era una buena idea dejarse caer en los funerales de las víctimas de asesinato para que los futuros interrogados, acaso sospechosos, le fueran tomando a uno familiaridad.

Pero antes del entierro me pasaría por la asociación en la que colaboraba Rosa Grillaud. Si alguna socia estuvo con ella el último día que se supo de la escritora, quizá se podría sacar algo más de información. Esa botella, esa copa en el apartamento eran bastante sospechosas.

3
Que empiecen los juegos

Martes 25 y miércoles 26 de marzo de 2025

El martes estuvimos casi todo el tiempo revisando las grabaciones de las veintitrés cámaras que podrían interesar. Cuatro personas encerradas en un cuarto viendo pasar vehículos y gente, gente y vehículos. Nos centramos en las proximidades de la casa de la víctima y en la tarde, noche y horas siguientes a la de la fiesta, la última ocasión que se tenía conocimiento del paradero de la mujer. De ahí no se obtuvo nada en ningún momento, lamentablemente.

Pasó por comisaría la familia más directa, es decir, la madre y el hermano pequeño, tres tíos con sus respectivas esposas, un sobrino y el abuelo, el único que Rosa conservaba con vida. Fueron testimonios sencillos, coincidentes en lo esencial y poco portadores de datos nuevos. Confirmamos que la víctima pensaba irse de vacaciones, supuestamente fuera, y que tenía previsto un cambio inminente de trabajo y residencia, y solo la madre supo decirnos dónde pretendían ser esos cambios. Se mudaba a Barcelona para trabajar en una editorial, eso era todo. Mercedes García Inarejos sospechaba que ya tendría mirado el piso, pero, por lo que nos contó, la comunicación entre ellas no era del todo fluida.

La ventaja de dirigir un equipo está en que uno puede elegir qué hacer y cuándo hacerlo, y si hay algo útil que descubrir o resolver puedo delegarlo en otra persona o quedármelo yo. El inconveniente

es que debo realizar los interrogatorios o exploraciones en persona. En este caso, no hubo menores involucrados, así que interrogamos a los familiares más cercanos el martes, dejando el segundo círculo para el día siguiente.

El miércoles me hice el ánimo de salir después de comer, supuse que una asociación tendría más afluencia de gente por la tarde que por la mañana, así que cogí las llaves de un vehículo camuflado y conduje hasta Catarroja por la pista de Silla. A pesar de que casi todo había vuelto a la normalidad, aún se podían ver montoneras de tierra y desechos allí donde no deberían estar. Entré por el polígono y aparqué cerca de la zona del Centro de Cultura. El local estaba por las callejuelas y prefería ir andando hasta allá.

Llamé al timbre de una planta baja que, quizá antaño, podría haber sido un comercio porque, aunque no se veía el interior, la cristalera que daba a la calle era bastante grande. En todo caso, llamé y me abrió una mujer menuda de no más de cincuenta años.

—Buenas tardes, qué bien les ha quedado esto, ¿verdad?

—¿Puedo ayudarle en algo? Esto es una asociación de mujeres.

—Sí, disculpe. Preguntaba por la señora Grillaud —pronuncié su nombre con todas las letras, aunque a punto estuve de decir «Grilló»—. En el patio en el que vive me han dicho que viene por aquí por las tardes…

—¿Quién le ha dicho eso?

—Bueno, y la mujer sale en Instagram. —Le mostré el teléfono—. Verá, es que tenemos un paquete desde hace una semana y no sabemos dónde entregarlo.

La mujer se presentó y me hizo pasar. Se llamaba Marta y era la vicepresidenta de la asociación. Esperé en un pequeño recibidor que

tenían montado aprovechando el espacio que ocupaba el escaparate; no quise sentarme en ninguna de las butacas, más que nada porque tendría que haber movido una bicicleta de montaña que había aparcada entre los dos muebles.

Había un pasillo central que claramente se bifurcaba unos cinco metros más adelante; se escuchaban voces y ruidos al fondo. La risa de unos niños.

Marta no tardó en aparecer acompañada por una mujer bastante más alta que ella; se llamaba María. Me saludaron y me quisieron hacer pasar a una especie de despacho que había junto a la entrada. Lo rechacé con un gesto. No me pasó desapercibido el olor a perfume que desprendían, un perfume que se había grabado en mi pituitaria el día anterior, en el brazo del cadáver de la escritora. Me fijé en que ambas mujeres llevaban el mismo carmín rojo intenso. ¿Quizá fuera un símbolo de la asociación? Tomé nota mental, que, más tarde, pasaría al papel de mi libreta nueva.

—Solamente quiero saber si podemos traer el paquete a esta localización, señoras, mañana mismo viene uno de mis chicos.

—Rosa está de vacaciones —contestó María—. Pero supongo que sí…

—Sí, sí —confirmó la vicepresidenta a la mirada interrogativa de su compañera—, por supuesto que puede. Nosotras se lo guardamos para cuando vuelva.

—Si vuelve mañana o pasado, no hay problema, ¿eh? Nos esperamos y se lo llevamos otra vez a casa.

—Oiga —cortó Marta, un poco mosqueada—, pero ustedes, ¿de qué compañía son?

Tuve que improvisar. Me salió el nombre más absurdo, algo así como Transportes Gutiérrez, y me quedé tan ancho esperando la reacción. No la hubo, por fortuna o por tanta variedad actual en el bisnes de la paquetería a domicilio, o les pareció de lo más normal, o simplemente no le dieron importancia. El caso es que ambas se encogieron de hombros al oír de mi boca ese nombre falso como un billete de seis euros.

—Pues no sé cuándo vuelve la Rosa —dijo Marta.

La compañera negó con la cabeza.

—Yo creo que como mínimo esta semana, así que déjenlo aquí, no hay problema.

—Pero vengan por la tarde —apuntilló María.

No quise husmear más para no contaminar el árbol, así que me despedí dando las gracias y anoté todo lo que pude en mi libreta al llegar a la primera esquina. Por lo visto, no estaban enteradas todavía, era pronto aún. Compré tabaco en el estanco que hay junto al Ayuntamiento y aproveché para comer algo en el pueblo. Mientras me traían el pincho de tortilla y el refresco, estuve anotando nombres que se podían encontrar en internet. Hice una lista de todas las asociadas, presidenta, vicepresidenta, secretaria, tesorera y varias mujeres más. Por suerte, el taller de escritura que impartía Rosa Grillaud tenía su espacio propio, con multitud de relatos y fragmentos de escritos y fotografías, muchísimas fotografías comentadas y etiquetadas. Aquello era un filón; cruzaríamos los datos en el SIGO y el padrón para obtener sus direcciones y citarlas formalmente a declarar en calidad de testigo.

Se estaba haciendo el rastreo del teléfono móvil de Rosa. Posiblemente se podría encontrar la inmobiliaria o la persona a la

que pensaba alquilar, y de este modo trataríamos de averiguar algo más. ¿Se mudaba sola o compartiría piso?, ¿con quién? ¿Tenía pareja?, ¿se mudaba con ella? Hasta el momento el dato era que no, pero teníamos que estar seguros.

Todavía no había llegado nada acerca del paradero de su exmarido, Manuel Pérez, que seguía empadronado en un piso de Benimaclet, pero allí no había nadie. Se había solicitado ya la información de los movimientos de tarjeta, aunque esas cosas tardaban más o menos lo mismo que las compañías telefónicas con la entrega de datos, y no tenía un número de teléfono contratado a su nombre, algo extraño. Sabíamos que era natural de Albacete, por lo que se estaba buscando a algún familiar cercano al que se pudiera preguntar.

Aún no teníamos sospechosos flagrantes ni evidencias claras de las que ir tirando, lo habitual en el inicio de una investigación como aquella, de modo que decidí volver a mi apartamento e intentar descansar un poco, desconectar durante unas horas.

Eso hice. Conduje hasta mi casa, me di una ducha y hablé por videoconferencia con mis hijos mientras cenaba unas porciones de pizza recalentadas en el microondas. Luego me fui a dormir y no me molesté en intentar leer algo. Tenía demasiadas cosas en la cabeza como para añadir más pimienta.

4
El público y los actores

Jueves, 27 de marzo de 2025

El jueves por la mañana, el cuerpo de la escritora valenciana Rosa Grillaud estuvo presente en el Tanatorio Municipal de la ciudad hasta la una y media. Después fue llevada a la capilla de las instalaciones y allí hubo un breve responso por ella, antes de proceder con la incineración. No acudió demasiada gente, pero sí más de la habitual.

Saludé al llegar —fui de los primeros—, me presenté y di mis condolencias a la familia. Luego fueron apareciendo multitud de tíos, primos, un abuelo, compañeras de trabajos anteriores y amistades. Aquel día vi pasar a ochenta y siete personas ajenas al núcleo familiar cercano y uno de los grupos que acudió me llamó la atención. Se trataba de las alumnas del taller de escritura. A alguna la recordaba de las fotografías de Instagram y otras dos eran María Caña y Marta Cebrián, a quienes ya había visto dos días antes. Me miraron, pero no me saludaron.

Llegaron en grupo y en grupo entraron en el velatorio dispuesto para la familia, mientras que yo esperé en el pasillo circular. No estuvieron mucho tiempo más del necesario, pronto fueron saliendo una a una o en parejas. La última en hacerlo lo hizo a solas, poniéndose unas gafas de sol al pisar el corredor. Me miró y dejó ver una cajetilla, me hizo una seña y asentí para que se acercara a mí. Era la mujer más elegante que había visto nunca, y guapa. Solo diré

que el cuadro de su falda de lana hacía una combinación perfecta con el lazo de los zapatos rojos, la boina, el carmín y los pendientes.

—¿Es usted familiar de Rosa? —Esperó a que cogiera el cigarro antes de caminar—. Me llamo Valentina.

—Mateo —dije estrechándole una mano firme—. ¿Salimos?

—Por favor.

Una vez fuera me dio fuego y se presentó debidamente. Yo hice lo propio y no se sorprendió. Me contó que presidía una asociación de mujeres víctimas de violencia de género y me dio una tarjeta con su número personal: VALENTINA VEGA, V DE VALIENTES. La dirección ya la conocía.

—La última vez que vi a Rosa fue con las chicas —me informó sin yo pedirlo—. Preparó una cena en su casa el día antes de irse de vacaciones. Fue más una despedida, ¿sabe lo que quiero decir?

He de confesar que me pilló a destiempo y no, no supe qué quería decir realmente hasta más tarde.

—Sí, claro —creo que contesté por inercia—. ¿Estuvo usted en esa cena?

—No pude ir —respondió sin pensarlo—. Tenía trabajo que hacer en la asociación, así que me despedí de ella cuando se fue, tras su última clase.

—¿Qué le parece si les hago una visita?

—Cuando usted quiera, la dirección ya la conoce.

Quedamos en vernos esa misma tarde en su local. Me aseguró que las chicas también estarían, porque tenían en agenda el taller. Nos despedimos y volvió con el grupo, que la esperaba junto a las escaleras para ir a los coches. Doce pares de ojos femeninos me

atravesaron mientras Valentina Vega caminaba de espaldas a mí hacia sus dueñas.

Todas las versiones registradas en los diecisiete interrogatorios que se habían realizado encajaban dentro de una misma historia, y en ninguna de ellas parecía existir la más remota posibilidad de que Rosa Grillaud estuviese en peligro de ser secuestrada, atada, asesinada y arrojada al polvo de un pabellón abandonado a casi cincuenta kilómetros de su casa. Contemplé la posibilidad de que, en un entorno distinto, obtendría, quizá, una versión diferente.

Los familiares de Rosa comenzaron a salir por el pasillo izquierdo al vestíbulo y dos trabajadoras abrieron las puertas de la capilla aledaña. Decidí quedarme fuera y pronto empezaron a pasar junto a mí todos aquellos que tampoco pretendían estar en la misa, la mayoría hablando de la escritora, la mayoría bien. Vi salir en dos coches a las chicas del taller de escritura y, segundos después, reconocí el de Sofía entrando por la pequeña rotonda de acceso al tanatorio. Me vio enseguida, aparcó y vino hasta donde yo estaba sentado, observando a las personas que iban y venían.

—Hola. —Me dio dos besos—. ¿Se sabe algo?

—Estoy trabajando.

—Bueno, da igual. Vengo a presentar mis respetos. Espero haber llegado a tiempo —añadió tras mirar hacia la entrada y ver el gentío allí congregado.

—Ha venido mucha gente y la capilla es más bien pequeña, supongo, no sé. Están dando la misa y después la incinerarán, así que…

—Ahora salgo.

Me dio un ligero toque en un hombro y caminó escaleras arriba; se perdió entre las personas.

—¡Te veo en la cafetería! —grité—. Me debes un café y una explicación.

Pensé en llamar a Peñalver para informar de la visita, pero decidí comer en el cuartel y hacer los preparativos de la tarde *in situ*, así que escribí en el grupo para saber dónde se iba a ir ese día. Tardaron poco en responder que tenía hora y media por delante y que se comía en la propia cantina, por lo que apagué el cigarro y me colé escaleras arriba en busca de mi exmujer.

Le hice señas desde lejos en cuanto reparó en mí. Se había quedado de pie, dentro, pero cerca de la puerta de la capilla, y caminé hasta la cafetería. Apenas había gente, así que ocupé una silla con la chaqueta y le pedí un café al de la barra. Quince minutos más tarde apareció Sofía.

—Encontré esto el otro día, en la casa de la difunta.

Puse la fotografía en la mesa en cuanto estuvo sentada. Ella la miró y después fijó sus ojos en mí.

—Luego me vendrás contando con que si el trabajo esto y lo otro. ¿La cogiste de su casa y no te vio nadie?

—Esa no es la cuestión. La cuestión es que necesito que me cuentes todo lo que sepas de ella, de su entorno. Todo.

—No hay tanto.

—Y que me digas de cuándo es esta foto.

—Co, es la noche que nos conocimos. —Sonrió—. Fue una fiesta tremenda, seguro que te acuerdas.

De repente se calló, me miró, observó la fotografía y luego la puerta; ahí se quedó unos segundos antes de volver a mí con cara

de tristeza.

—Es el sitio donde la encontraron, ¿verdad?

No dije nada, Sofía bajó la cabeza un poco y se acercó el retrato para verlo mejor.

Me contó que se conocieron en la primera fiesta ilegal que se hizo en la cementera. Sus tiendas estaban muy juntas y allí hicieron amistad, bailaron y se lo pasaron en grande.

—Fueron tres días de desenfreno, ya sabes.

—Sí, ya sé.

Pronto supo que Rosa pretendía ser escritora, era su pasión, y de algún modo conectaron desde el principio por ahí, por el amor al arte. Sofía, con la música, y Rosa, con la literatura, compartían visiones de la vida similares, comprendían los procesos creativos y se admiraban en cierto modo la una a la otra.

—¿Recuerdas la maqueta que hicimos en el pueblo? Ella puso algo de pasta para que saliera.

—Lo mismo hiciste tú cuando empezó a sacar libros, ¿verdad?

Me enteré de que hubo unas vacaciones en que Sofía se marchó a Formentera con unas amigas. Estuvieron fuera casi dos semanas y yo pasé ese tiempo en el piso, trabajando y estudiando, hablando con ella casi todos los días por teléfono. Rosa Grillaud estaba allí y yo nunca reparé en ella.

—Luego el tiempo nos ha ido distanciando, lo normal. Hacía al menos dos años que no sabía nada de ella, a excepción de que estaba trabajando en algo nuevo, más tenebroso de lo habitual, según tengo entendido por lo que publicaba en redes. En cuanto saliera, pensaba comprarlo y llamarla para hacerle mil preguntas, como siempre hacíamos…

Volvió el silencio a la diminuta cafetería. Nos habíamos quedado solos y el hombre de la barra estaba dentro de la cocina, así que el mutismo fue de ultratumba.

—¿Quieres tomar algo más? —Intenté despejar la niebla.

—No, me tengo que ir. —Miró su teléfono—. Tengo que hacer compras antes de pasar a por los chicos.

—Yo también, he quedado para comer y a la tarde tengo trabajo.

Nos levantamos y fuimos a pagar.

—Noto a la chica rara —me dijo mientras sacaba el monedero.

—Sí, te lo iba a decir. El lunes en el cole… Algo le pasaba que no me quería soltar.

—¿Te han dicho algo en el colegio?

Levanté los hombros y negué en silencio. Ella pagó y se guardó el tíquet, como hacía siempre y jamás supe para qué. La ayudé a ponerse la chaqueta después de vestirme yo la mía. Quedé en llamar a las nueve, cuando estuvieran en la cama los dos. Normalmente llamaba antes, pero sabía que se me iba a hacer tarde ese día.

Nos despedimos y nos subimos en nuestros respectivos coches. Esperé sentado a que ella saliera primero y le di tiempo para alejarse del recinto; no me gustaba nada andar detrás de un coche conocido, aunque fuera en ocasiones como aquella.

Al llegar al cuartel me encontré con la sorpresa de que Verdú estaba allí. Yo sabía que se preparaba para cabo, y resultó que había aprobado las pruebas y solicitado el traslado a Valencia hacía un par de semanas. Lo saludé en cuanto lo vi, me contó que tenía posibles nuevas sobre el caso de la escritora, así que lo invité a comer con nosotros. Lo presenté a los chicos y a Arturo, su nuevo jefe, aunque él ya los conocía, pues llevaba en el cuartel desde las ocho en punto.

Nos unimos a la mesa y estuvimos charlando un poco de todo antes de ponernos en faena. Como era la novedad, casi todas las bromas y comentarios fueron dirigidos al utielano, y, mientras los chicos se divertían, Peñalver y yo nos pusimos al día. Todavía no estaban los resultados de la autopsia, mucho menos de las muestras tomadas en el piso. Los ordenadores se habían abierto sin problemas y, por ahora, no se había encontrado nada en ellos, ni legal ni ilegal ni sospechoso.

—Aun así, el chaval ha estado haciendo los deberes. —Señalaba a Rodrigo Verdú con el tenedor sin dejar de mirarme—. Ayer estuvo a última hora en el depósito, y ¿sabes qué? La afirmación del celador aquel del informe no estaba mal encaminada, se ha encontrado una gran cantidad de alcaloides en la sangre de la víctima.

—¿De qué tipo?

—Escopolamina. Al parecer consumió repetidas veces esa sustancia antes de su muerte, seguramente durante días.

—¿Hay informe sobre ello?

—Aún no, pero el lunes o el martes lo tendremos todo, espero.

—Estaría bien que se acelerasen las pruebas del piso… Por comparar, digo. Si se encuentra burundanga en alguna de las muestras, tenemos caso. Al fin.

—Eso, o que se nos aparezca la Virgen —se mofó Peñalver—. Esperemos que no termine siendo este otro carpetazo sin resolución, Masmano.

El jefe le hizo un gesto al nuevo, y este se levantó y se acercó sin demasiada prisa.

—¿Le han asignado algo para esta tarde, cabo Verdú?

—No, mi capitán. Estoy esperando a unirme a algún equipo, cuando se designe por parte de Comandancia, usted me entiende.

—¿Para dónde ha echado solicitud? —Ese era un dato que Arturo ya sabía, pero aun así lo preguntó.

—Para la Judicial, mi capitán.

Arturo tendió la mano al chaval y se puso de pie.

—Bienvenido otra vez —le dijo con el apretón—. ¿Conoce usted a Masmano?

—Sí, ya nos conocíamos, señor.

—Pues esta tarde se va con él y que le vaya enseñando cómo se hacen por aquí las cosas.

—¿Perdón? —creo que dije, o algo semejante.

El jefe sacudió una mano hacia mí y colocó bien las solapas del uniforme de Verdú, como lo haría una madre.

—¿Dónde tiene sus cosas?

—Me han dejado una taquilla… Mi capitán. Esta noche duermo en casa de un amigo de aquí, de Valencia.

—Cámbiese y póngase de calle, ahora está en la Judicial.

Rodrigo no ocultó su alegría y se le dibujó una sonrisa casi tan llamativa como la cara de tonto que iba con ella. Me miró como un cachorro y yo le devolví una sonrisa solamente con los labios, no con la mirada. Saqué mi teléfono para ver la hora.

—Son las tres y media —le dije—. Le espero en el coche a las cuatro en punto. Usted conduce.

—A la orden, mi sargento —me soltó de repente.

No le dije nada, le hice un gesto como para que se fuera, y no se lo pensó un segundo. Se despidió de los que quedaban en la mesa de al lado y se esfumó por la puerta de la cantina.

—Parece buen tipo —me dijo Peñalver.

—Lo es. Pregunté por él a un par de amigos que tengo en Requena y me dijeron que es de fiar.

—¿Vas a coger un coche?

—Sí, un coche patrulla que esté libre me va bien. Esperan que vayamos y lucir colores tampoco está mal, de vez en cuando.

—De acuerdo, coge el que veas. Yo esta tarde tengo lío en casa, así que cualquier cosa a centralita. Ya me contarás mañana en el informe, ¿sabes lo que quiero decir?

Afirmé, como de costumbre. Nos despedimos, pasé por garita para solicitar un vehículo y salí a fumar al aparcamiento. Antes de que hubiese terminado el cigarro, Verdú estaba en el patio. Lo saludé, le pasé las llaves y subimos al coche, rumbo a l'Horta Sud.

Encontramos el local cerrado a cal y canto. No había luz dentro, al menos ninguna que fuera visible desde la acera, ni tampoco se escuchó ruido alguno en el rato que estuvimos esperando. Pasado el tiempo, decidí aventurarme y saqué el teléfono de la chaqueta para buscar joyerías en el pueblo. No había muchas y solamente una de ellas tenía por nombre el apellido de la presidenta ausente: joyería Vega. No lo pensamos y nos dirigimos a aquella dirección, una calle perpendicular al Camí Real, la arteria principal que une todos los pueblos de la región con la ciudad, atravesándolos como un ariete. Un callejón estrecho en el que entraba un utilitario y poco más, en realidad.

Era jueves por la tarde y, aunque seguía colgado en la puerta el cartel de ABIERTO, no entraba nadie. La joyería de los Vega estaba tan

pulida que cualquier paso resonaba como si caminase uno dentro de una caja de música, las vitrinas brillaban con un cuidado maniático. Casi se podía oír el tintineo cristalino que se utiliza como efecto sonoro de fondo en las películas y series televisivas, al mostrar una gema o joya impresionante.

Valentina Vega, con el pelo recogido en una trenza baja y los labios teñidos de ese rojo granate que parecía obsesionar a medio pueblo, estaba detrás del mostrador, limpiando la superficie de cristal con un paño de gamuza.

—¿Tiene usted un momento? —pregunté sin alzar demasiado la voz.

Verdú se había quedado esperando en el coche patrulla, con la esperanza de encontrar un sitio mejor donde aparcar que no fuera en doble fila, en mitad de la avenida más concurrida del pueblo. Tenía la orden de dejarlo donde fuese y entrar en el negocio, si en cinco minutos no había dado con un hueco.

—Claro —respondió Valentina sin detenerse—. Pero tendrá que seguirme con la vista, hoy tengo todo por hacer.

Se disculpó por las chicas de la asociación. La noticia de la muerte de Rosa las había impactado y ninguna quiso quedarse a esperar el inminente interrogatorio de la Guardia Civil. Algo quizá comprensible, pero no por ello reprobable. Nos había hecho perder un tiempo muy valioso no hallar a nadie en el local.

Me apoyé en la esquina del mostrador; el brillo de los collares y la fragancia tenue del local me envolvieron. La tensión, sin embargo, seguía vibrando mientras ella revisaba con delicadeza una bandeja de pendientes diminutos.

—Estoy repasando los contactos que la señora Grillaud tuvo en las semanas previas a su muerte. Necesito saber si desde la asociación han notado algo raro.

Valentina negó suavemente con la cabeza mientras ordenaba unos relojes de pulsera.

—Rosa no dijo nada extraño… Al menos no en voz alta. Pero hace poco me confesó lo de su exmarido. A mí y a Marta, creo. Estaba asustada.

Incliné ligeramente la cabeza.

—Asustada ¿de qué?

—De su exmarido —repitió con una pausa seca—. Nunca lo denunció, ya sabe cómo es esto, pero hablaba de un tipo de miedo que no necesita parte médico.

Me erguí, ahora más atento.

—¿Y qué hizo?

—Contrató a un investigador privado —dijo Valentina sin rodeos—. Un tipo discreto. Local. Vive aquí, en Catarroja, se llama Ernesto Brizuela.

—¿Rosa lo contrató directamente?

—Sí —asintió ella—. Le pagaba para que le informara de si su ex se acercaba por Valencia, si hacía movimientos raros, si pasaba por la casa de sus padres o por donde ella estaba. Lo quería lejos… No confiaba en que se hubiera olvidado de ella, pero, en mi opinión, Rosa tenía algún otro motivo. No sé cuál, la verdad, pero nadie se deja una pasta al mes solo para tener localizado al hijo de puta que te lo ha hecho pasar tan mal durante tres eternos años.

Apreté los labios. Trabajé un tiempo en una brigada especializada en violencia de género, antes de pasar a Homicidios, y aquello me

trajo algunas emociones tristemente pasadas.

—Ese Brizuela, ¿sigue por aquí?

—Claro. Tiene su despacho no muy lejos, justo detrás del estanco que hay al lado del Ayuntamiento. Si espera a que termine, le llevo.

—Está bien —respondí después de pensarlo unos segundos—. Esperaré fuera.

La observé con atención. Parecía segura, natural, incluso generosa. Pero en mi interior seguía sin encajarme del todo. ¿Por qué sabía tanto? Aun así, no dije nada más. Ella asintió y volvió a su tarea, limpiando con esmero una estantería de cristal que no parecía necesitar ser limpiada. Mientras lo hacía, sus andares resonaban sobre las baldosas como si cada paso dijera más sobre ella de lo que ella aún no estaba dispuesta a revelar.

Al salir a la calle hice un gesto al cabo Verdú para que esperase sentado al volante. Aguardé fumando en la puerta de la tienda, dándole vueltas a todo lo que hasta ese momento tenía, a que la mujer terminara su tarea. Me vinieron a la cabeza los interrogatorios que hicimos, entre otros familiares, a la madre y el hermano de la víctima.

Doña Mercedes García Inarejos acudió con el mismo abrigo gris con el que la vi el día que reconocieron a Rosa. Llevaba un pañuelo doblado entre las manos, como si temiera que la emoción la desbordara en cualquier momento. No quiso sentarse. Me miró como si supiera ya lo que tenía que decirle y no paró de repetir lo buena hija que era Rosa, lo mucho que había sufrido tras la separación. También dijo que llevaba años escribiendo cosas oscuras, cosas que casi nadie quería leer. No lloró ni una sola vez. Me habló de la infancia de su hija, de cómo siempre fue diferente.

—No rara —me dijo—, sino fuera de sitio.

Al preguntarle por Manuel, el exmarido de su hija, su tono cambió.

—No era mal hombre, pero tampoco supo cuidar de ella.

Algo en su gesto me dio a entender que no quería abrir esa puerta, que quizá Rosa podría haber estado pidiendo ayuda, aunque fuese en silencio.

—¿Sabe dónde podemos encontrarlo?

—La verdad es que no —contestó—. Sé que tenía una casa en Castilla, en Albacete, pero no sé en qué pueblo era, la verdad.

Intentamos ayudarla a recordar con unas pocas preguntas más, pero en realidad parecía no saber realmente el nombre del pueblo donde su hija vivió durante tres años de su vida. Preferimos no seguir por esa línea, dado el bochorno que Mercedes empezaba a mostrar.

Una vez terminado, me preguntó si ya habíamos encontrado al culpable; le dije que no.

—Entonces no se hable más, joven —respondió ella, muy digna.

No volví a insistir y dejé que se marchara por donde había venido con su pena maquillada de orgullo.

Román Grillaud tenía las manos manchadas de grasa y el mono a medio subir cuando entró en comisaría. Lo acompañaba un ruido metálico en el caminar, debido a que llevaba varias herramientas repartidas por los bolsillos del atuendo. No quiso cerrar la puerta de la sala de interrogatorios al llegar, pero sí se sentó, sin que nadie le dijera que podía hacerlo.

Nos dijo que no había visto a su hermana en semanas, quizá meses, que hablaban poco entre ellos, que no le gustaba lo que escribía y que seguramente a nadie en sus cabales le podría llegar a

gustar. Contuve una sonrisa al pensar en Sofía y en su fanatismo hacia la escritora.

—Siempre escribía como si ya estuviera muerta.

Me soltó aquello mientras limpiaba con un trapo una llave fija, mirando al suelo de hule del despacho. Me habló mal del exmarido, de lo frío que era, de cómo se la había llevado a vivir a La Mancha, a un pueblo perdido, y de cómo terminó volviendo ella sola, cambiada, más ausente, «más gris». Esa fue la expresión que utilizó el chaval.

—A Rosa no la mató ningún desconocido, agente. A Rosa la mató alguien que la conocía, y de cerca.

Recordar todo aquello me dio en qué pensar mientras esperaba a que Valentina terminase, que no fueron más de diez minutos. La persiana metálica bajó con un chirrido seco, arrastrando la jornada pasada con él. La señora Vega echó el candado con naturalidad y se sacudió las manos, como si el polvo invisible del trabajo aún quedara pegado a sus dedos.

—¿Vamos? —dijo sin más.

Asentí. Verdú nos esperaba en el coche, apoyado en la puerta del piloto con los brazos cruzados. El cielo tenía ese azul sucio que anuncia las primeras luces de los escaparates y la noche que se desliza desde las aceras. Catarroja parecía un pueblo detenido a propósito: farolas de luz cálida, calles estrechas, silencio de persianas bajadas.

Subimos al coche patrulla y Valentina, desde el asiento trasero, fue dando indicaciones rápidas. Todo recto, a la izquierda, luego recto hasta la farmacia antigua. No tardamos ni cinco minutos en llegar.

El despacho de Ernesto Brizuela se escondía en un bajo modesto, con un cartel descolorido en el que se leía: INVESTIGACIONES DISCRETAS. Ningún apellido, solo una persiana medio subida y una puerta de cristal esmerilado con marco de aluminio. Noté algo extraño al acercarnos.

—¿Está entreabierta? —pensé en voz alta.

Rodrigo se adelantó y empujó la puerta con la punta del pie. El pestillo no estaba echado, levantó la persiana medio metro más para facilitar el acceso. Al abrirse la puerta, una campanilla sonó desde algún lugar del techo.

El interior olía a papel viejo, café requemado y algo más, algo metálico, en estado de putrefacción. El aire estaba quieto, demasiado.

—No es buena señal —murmuró Verdú.

La recepción era pequeña: una mesa con documentos revueltos, una planta muerta y una silla. Detrás, una puerta entornada dejaba ver una luz encendida en el interior. Rodrigo la empujó despacio y yo entré con pies de plomo, con la mano dentro de la chaqueta, sobre el arma.

El despacho principal era un caos contenido de carpetas abiertas, fotografías sobre la mesa y mucho polvo acumulado. Había un cenicero en el escritorio con algunas colillas aplastadas en él y, en el suelo, a un lado del archivador, el cuerpo de Ernesto Brizuela. Estaba boca abajo, inmóvil, sin respirar. Una mancha oscura se extendía por el piso desde su sien. Rodrigo se agachó, tocó la sangre seca, negó con la cabeza. Luego se irguió y, sin perder el control, sacó el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y se dispuso a hacer unas fotografías. Valentina se quedó en la puerta, pálida.

«Maldito seas», murmuré al suelo. Caminé hasta la testigo y la aparté del escenario. Encontré el interruptor en la pared de la entrada y di la luz, cerré del todo y respiré.

—No se mueva de aquí —le dije a la mujer—. Espere a que le digamos qué debe hacer. Voy a entrar, usted espere.

—Objeto contundente —dijo Verdú al volverme a ver—, parte trasera izquierda del cráneo. Fue con algo de aquí mismo, seguramente.

Encendí la luz de aquel despacho y me puse a buscar por el suelo, la mesa, el archivador, el rincón detrás de la puerta. El cabo ya estaba llamando a la central.

—Tenemos un varón, adulto, con signos de violencia en la cabeza. Despacho en la calle Llorens de Catarroja, puerta baja, número ocho. Pedimos equipo forense, patrulla de apoyo y precinto inmediato. —Hizo una pausa mientras escuchaba del otro lado de la línea—. Afirmativo. Sí, aquí estamos Masmano y yo.

—Perdón —le dije en un momento de silencio—. Vuelvo a entrar en cinco minutos.

Aproveché la llamada del cabo para salir a la calle. Apoyé la espalda en la pared y me encendí un cigarro, necesitaba sacar aquel olor de mi pituitaria. Un coche pasó despacio en ese momento, me quedé mirando al conductor; parecía estar buscando un sitio, sin saber que había un muerto a escasos metros de donde estaba él.

—¿Se encuentra bien, sargento? —Valentina Vega fumaba delante de mí, con cara de asustada, pero queriendo mantener el tipo.

—Es solo que no me lo esperaba. —Respiré—. Un par de caladas y vuelvo adentro. ¿Está usted bien?

Asintió y expulsó el humo hacia un lado.

—No se mueva de aquí, no tardaremos en salir. Después puede que tenga que acompañarnos a comisaría. —Hizo un gesto de enfado doblando los brazos sobre el pecho—. Es la testigo de un crimen y deberá prestar declaración allí. Es la norma.

—De acuerdo —dijo buscando el teléfono en su bolso—. Gracias por avisar.

Me hice a la idea con dos potentes caladas, lancé el cigarro a medio terminar y consulté la hora: las ocho y veinte. Volví a abrir y entré en la oficina, más calmado. Una vez que te haces a la idea, el cerebro funciona de otra forma, aunque creo haber dicho ya que uno no se acostumbra del todo.

Entré. Mi compañero escudriñaba con tiento lo que había sobre el escritorio. La pantalla del ordenador estaba encendida.

—A su derecha está lo que creo que seguramente será el arma del crimen —comentó sosteniendo una libreta de tapas negras—. En la agenda está anotado el nombre del exmarido de Rosa, Manuel Pérez Gimeno. Objetivo Grillaud. La nota es del 12 de enero. Hay un número de teléfono tachado y la palabra «Albacete» subrayada varias veces.

Miré a mi alrededor. Una figura de cristal rota, restos de sangre en la esquina. Entonces algo me desafinó todavía más. Los cajones estaban revueltos pero no vacíos. El ordenador portátil seguía allí, sobre la mesa con documentos.

En una esquina había un archivador metálico con cinco cajoneras, las llaves estaban colgando de la cerradura del primero de ellos. Más tarde comprobamos que habían rebuscado en el segundo cajón y, con casi total seguridad, se había extraído una ficha justo entre los

nombres González y Guerrero. Grillaud encajaba en el orden alfabético.

Por fin hice ánimo de atender la posible arma señalada por mi compañero, me ajusté bien los guantes, me agaché de cuclillas y recogí la escultura. Era una pesada pieza de cristal que representaba un caballo rampante. No era de mi estilo, pero sí que podía ser letal. Observé que se sujetaba fácilmente con ambas manos, si se agarraba de los cuartos traseros. La dejé otra vez en el suelo.

—No se han llevado nada —dijo el cabo Verdú.

—O no vinieron a llevarse nada. ¿Vinieron a callarlo?

Me acerqué al cuerpo tendido al otro lado de la habitación, la mitad del caballo había rodado con él. Recorrí con la mirada el despacho, nada parecía robado; todo revuelto pero no saqueado. Rodrigo volvió a atender su teléfono.

—Están de camino. No toquemos nada más —advirtió con tono automático pero firme.

—Es el portátil de Ernesto, ¿verdad? —dijo Valentina Vega desde la puerta.

—Sí —respondí, agazapado junto al cuerpo. Solamente presentaba un tremendo porrazo en la parte trasera izquierda del cráneo, un golpe soberano.

Ella se acercó con cautela, como si pisara un suelo que pudiera venirse abajo. Rodrigo fue a impedírselo, pero yo lo detuve con un gesto. Quería ver de qué pasta estaba hecha la joyera. Valentina pulsó el botón de encendido. Verdú fotografiaba el cuerpo, la herida, el caballo de cristal por la mitad, la sangre y los pedazos del arma homicida que se habían extendido por el suelo.

—Quizá no deberíamos… —empecé a dudar.

—Será solo un minuto —dijo ella—. Únicamente quiero comprobar si tiene lo que buscamos.

Me hizo gracia que usara la segunda persona del plural, como si ella perteneciera de algún modo a la investigación que llevábamos entre Verdú yo. No dije nada, pero anoté que teníamos que sacar a esa mujer de allí lo antes posible, o aquello se me iría de las manos.

No la detuve. Ella tecleó con decisión.

—¿Conoce la contraseña?

—No —dijo Valentina, pensativa—. Pero Ernesto es simple con estas cosas… Vieja escuela. Probaré con «Brizuela» o «Catarroja uno».

Lo intentó. Nada.

Se acomodó en la silla y volvió al teclado. Probó otra secuencia rápida y luego otra más. A la quinta intentona, el escritorio apareció.

—Le dije que era simple —dijo sin mirar atrás—. «Brizuela uno, uno, uno». No es muy original.

La señora Vega se puso en pie y dio paso a mi compañero. Verdú empezó a rebuscar en las carpetas del disco duro y abrió una que ponía «Objetivo Grillaud». Me incliné sobre la pantalla.

—Aquí está. Informe actualizado. Seguimiento a Manuel Pérez Gimeno, el exmarido de Rosa. Vive en una casa aislada en Pedriza de los Cuervos, Albacete.

Verdú se apresuró a teclear el nombre en la pantalla de su teléfono.

—Está a menos de dos horas de aquí, mi sargento —comunicó unos segundos después.

—Copiamos eso y se lo entregamos a la Científica —dijo ella mientras yo anotaba la dirección en mi libreta nueva. Ya tenía

ocupadas unas quince páginas de notas relativas a ese caso—. El equipo forense se encargará del resto, ¿verdad?

Asentí, pero mi mirada seguía fija en ella. Tenía respuestas para todo, al parecer, y eso, en mi experiencia, puede ser un problema.

Salimos del despacho de Brizuela a esperar al equipo. El juez de guardia y el secretario judicial tardarían en llegar, de modo que llamé a Peñalver para que nos cubriera de algún modo. Nos dio carta para desplazarnos tras la pista, enviaría a alguien del equipo y después llegaría él en persona.

—¿Qué hay de la testigo? ¿Podría ser sospechosa?

—Algo me dice que sí, es muy lista y no la termino de encajar.

—No la presiones. —Casi fue una orden—. Yo voy para allá, llegaré en menos de una hora. Si prefieres, que la retengan hasta mi llegada y la del juez, pero si tienes una pista fresca, Masmano, sal detrás de ella.

—Entendido, Arturo —dije en voz alta—. Te mantendremos informado.

Colgué y me acerqué a Verdú, que permanecía junto a la testigo. Ella fumaba, él bebía de un botellín de agua. Tres coches patrulla bloqueaban la calle a veinte metros y el cordón se estaba colocando. El aire del atardecer nos envolvió con esa calma tensa que sigue a un hallazgo brutal. Agentes locales empezaban a hacer fotografías y a cerrar el paso.

Diez minutos después, tras tomar declaración, Valentina Vega se acercó a nosotros cerrándose la chaqueta sobre la falda a cuadros carmesíes, como si un frío inexistente se le hubiera metido de golpe bajo la piel. Me giré hacia ella, queriendo decir algo, cualquier cosa

que justificara su permanencia, su cercanía, pero fue Verdú quien se adelantó con su tono de costumbre.

—Señora Vega, hasta aquí llega su colaboración —dijo sin mirarla apenas—. Tendremos que pedirle que no intervenga más, al menos por ahora. Hemos cruzado demasiadas líneas hoy, ¿no le parece?

Valentina lo miró con tranquilidad, casi con gratitud. Se ajustó el bolso al hombro y asintió con un gesto suave.

—Lo entiendo perfectamente. Tengo una tienda que abrir mañana y un catálogo nuevo que revisar. Gracias por dejarme ayudar.

La seguí con la vista mientras se alejaba por la calle, pisando la calzada en lugar de la acera estrecha. No había tráfico a esas horas, y, de haberlo habido, seguramente cualquier vehículo habría aminorado la marcha con tal de no molestar a una dama como ella. Había en esa mujer una seguridad elegante, sin afección, que no cuadraba con la sospecha. No podía evitarlo. La forma en que se recogía el cabello detrás de la oreja, los tacones rojos marcando el ritmo sobre el pavimento… Todo en ella me dejaba un eco incómodo, no solo por la investigación.

—No se encariñe, mi sargento —murmuró Verdú entre dientes—. Aún no está fuera de la lista.

No respondí. Solamente tragué saliva y volví los ojos al cordón policial.

—¿Le gusta el ajoarriero, mi cabo?

Mi ayudante se encogió de hombros.

—¿A quién no?

—Pues conozco un sito a mitad de camino que le va a encantar. Si salimos ahora llegaremos a tiempo para la cena en carretera.

Mientras nos subíamos al coche y Verdú lo ponía en marcha, rumbo a la meseta, dejando otro muerto atrás, algo no paraba de dar vueltas en mi cabeza. No sobre Ernesto, no sobre el exmarido ni sobre la escritora asesinada, sino sobre Valentina, que tenía demasiadas respuestas y una forma demasiado precisa de moverse en medio de un crimen.

5
La oscuridad

La noche había cerrado filas sobre el campo. El coche patrulla se metió por un camino sin asfaltar que, supuestamente, nos llevaría a la casa de Manuel Pérez Gimeno, el exmarido de la difunta Rosa Grillaud. A esa hora todo parecía más remoto, distante, arcaico. Como si hubiésemos abandonado el mundo cotidiano al que estábamos habituados. A nuestro paso, los árboles proyectaban sombras informes sobre el terreno, sombras que bailaban siniestras con la brisa.

—Apague las luces antes de llegar —dije, atento al horizonte.

Rodrigo Verdú obedeció. Aparcamos a unos treinta metros de la verja y continuamos a pie. Se trataba de una edificación de unos veinte metros de fachada, con una planta baja, una superior y quizá una buhardilla bajo un tejado a dos aguas. Tenía un recibidor exterior hecho con madera, claramente de construcción posterior a la de la casa. Un enrejado de malla circundaba la parcela y había un vehículo estacionado dentro, a un lado de la fachada lateral. Verdú lo iluminó desde lejos con la linterna y anotó marca, modelo y matrícula.

La puerta metálica estaba entreabierta, sin signos de haber sido forzada, pero su oscilación lenta gruñía como una advertencia.

—Esto no me gusta —murmuró Verdú con la mano cerca del arma.

Atravesamos un jardín invadido por la maleza. El sonido de la gravilla bajo las suelas se sumaba al lamento apagado de las ramas al viento, que chocaban y chasqueaban a cada ráfaga. Una regadera volcada, una bicicleta infantil oxidada y una muñeca sin cabeza completaban el decorado. La casa, de paredes de piedra, se alzaba silenciosa.

Probé con el pomo de la puerta principal, no estaba cerrada. Empujé con lentitud y la puerta se abrió con un silencio seco. Dentro, la oscuridad era espesa. Encendimos las linternas y pasamos sin mediar palabra, conteniendo por momentos la respiración para agudizar los sentidos. El salón nos recibió con un olor a cerrado, a vino viejo y a algo más, algo ácido.

—Rodrigo, cocina. Yo cubriré el pasillo.

Verdú asintió y giró a la derecha. Yo avancé en línea recta, rozando con la luz los marcos polvorientos de la pared, los cientos de libros mal apilados, el abrigo colgado con descuido en el perchero.

—Sargento, venga —llamó el cabo en voz baja desde la cocina.

Me acerqué. Sobre la encimera había una botella de vino abierta, y a su lado, una copa medio vacía. Otra copa descansaba en el suelo, rota en tres pedazos bien distinguibles y un charco oscuro se había mezclado con el polvo del terrazo. Me llamó la atención un pequeño sobre de papel pardo junto a la botella. Estaba abierto, con residuos blanquecinos en su interior.

—¿Qué es esto? —comentó Verdú.

—No lo toque. Podría ser lo mismo que utilizaron con Rosa.

El cabo asintió y se agachó para revisar la zona. Fue entonces cuando la vio: una nota arrugada, casi pegada a la pata de una silla, como si alguien la hubiese intentado desechar con prisa. La desenrolló con cuidado.

—Está escrita a mano —dijo—. Es de Manuel, sin duda. Mire esto.

Leí en voz baja:

> No me encuentro bien. Esta mujer ha venido hasta aquí diciendo que Rosa le debía algo (había algo más que nos resultó ilegible). No sé si creerla, me siento extraño, mareado. La niña está arriba.

El resto estaba cortado, inacabado. Las últimas palabras eran un garabato que se deslizaba hacia el margen inferior de la hoja arrancada de un cuaderno que no lográbamos localizar.

En ese instante, un golpe fuerte nos sorprendió a ambos. Un golpe y algo que se arrastraba en el piso de arriba, como si alguien se hubiera dejado caer y vuelto a levantar. Nos miramos, ya teníamos las pistolas en mano.

—¿Lo ha oído?

—Sí —respondí—. Subamos a ver.

Alcanzamos las escaleras de madera y comenzamos el ascenso; lentamente, agudizando cada sentido como si nos fuera la vida en ello. Cada peldaño crujía bajo nuestros pies, no como un sonido típico del desgaste, sino como un timbre roto, siniestro, como si algo se moviese y esperase allá arriba y la casa quisiera advertirle de nuestra presencia.

—Paso a paso —susurré—. Despacio.

Al llegar al rellano, otro golpe: seco, metálico y, esta vez, mucho más fuerte que el anterior. Pareció que una pieza del mobiliario

hubiese caído.

—Mierda. Esto va en serio —dijo Verdú apuntando el cañón hacia el pasillo.

Nos acercamos con las linternas en alto y abrimos la puerta de la primera habitación. Se trataba claramente de un cuarto infantil. Una ráfaga de aire nos golpeó la cara. La ventana estaba abierta de par en par, azotando con violentas sacudidas el marco. La lámpara de sobremesa yacía en el suelo, rota. El viento agitaba las cortinas como brazos desesperados. En la cama, el edredón estaba hecho un ovillo, manchado con tierra y algo que parecía sangre seca. El escritorio había sido volcado y una mochila escolar había sido vaciada a patadas, desparramando todo su contenido por el suelo de tarima.

—Aquí ha habido lucha —dijo Verdú.

—¿Ha visto esto?

Levanté del suelo un zapato infantil, era rosa y tenía un unicornio bordado. A su lado, un muñeco de trapo estaba parcialmente descosido. Verdú tragó saliva, no era fácil mirar todo aquello sin pensar en lo que podría haberle ocurrido a una niña.

—¿Nombre?

—Ni idea —respondí—. Si tuvieron una hija, no la registraron en ninguna parte. Rosa nunca dijo que tuviera hijos… Tampoco su familia. Esto lo llevaban en secreto, sabrá Dios el porqué.

Salimos de la habitación. El pasillo seguía desierto, pero el aire se había cargado de algo indefinible, como si los muros susurraran a nuestro paso. La siguiente puerta era el dormitorio principal. Rodrigo la empujó despacio. Dentro todo era bastante más austero. Una cama sin hacer, una mesita con varias pastillas sin caja ni etiqueta,

sobres abiertos y un libro de autoayuda a medio leer. También había un marco, volcado bocabajo.

El único mueble de la habitación, aparte de la cama y su mesilla, era un escritorio dispuesto frente a la ventana, con un ordenador portátil y uno de torre, dos pantallas y multitud de libros, enciclopedias y cuadernos. Bolígrafos, subrayadores fosforitos, dos botellas de ron a medio terminar, un cenicero repleto de colillas, varios pendrives… Levanté la fotografía de la mesita y la linterna iluminó la imagen de Rosa Grillaud, con un vestido verde, sonriente. Junto a ella, un hombre y, entre ambos, una niña de dos o tres años, con cabello castaño claro, expresión seria pero viva. Tenía la misma barbilla que Rosa.

Giré el marco. Había una nota escrita en el reverso, en tinta negra y con letra un tanto ilegible:

Mi pequeña Sara, agosto de 2020. Para cuando volvamos a ser tres.

—Sara —musité.

Verdú lo leyó por encima de mi hombro. Se quedó inmóvil, tragando saliva. Estaba sacando el teléfono otra vez.

—Esto se complica —dijo al aire—. Voy a avisar al retén de aquí. Que vengan cuanto antes, esto pinta mal.

Salió al corredor, marcó el número del cuartel y se identificó debidamente en cuanto descolgaron del otro lado.

—Estamos en la casa de Manuel Pérez Gimeno. Tenemos una menor desaparecida, probablemente también a su padre. Signos de lucha, una nota de auxilio y un posible uso de sustancias tóxicas.

Necesitamos una patrulla y que avisen a los de la Científica. Urgente.

Hizo una pausa, escuchó, asintió, luego dio la dirección exacta y colgó.

—Vienen de camino. No conocen a ningún Manuel Pérez, pero saben dónde está esta casa. Será mejor que no toquemos nada más.

Asentí sin decir palabra. Seguía mirando la foto como si en ella estuviese escondida una verdad que todavía no entendía. Pasados unos segundos continué con la observación del cuarto y, no sabría decir por qué, me llamó la atención un libro que reposaba en la mesita de noche. Estaba marcado con un punto de libro casi al final del tomo y, por mera curiosidad, lo cogí y no puede evitar una sonrisa al leer el título: *Cómo ser un buen padre y no morir en el intento*.

—Mire esto, Verdú —le dije a mi compañero acercándome a él, que aún seguía en el pasillo—. ¿Qué le parece?

Rodrigo miró la carátula, después a mí y pasó de nuevo al libro. Pude intuir que se esforzaba en no sonreír.

—Disculpe, mi sargento —dijo en tono muy serio—. No creo que sea correcto…

—Lo de no morir lo lleva regulín, ¿no cree? —Le guiñé un ojo, pícaro.

Verdú se dio la vuelta, constreñido para no reírse, y desapareció de mi vista un rato. Imaginé que necesitaba calmarse. Acabé de revisarlo todo y, al no hallar algo que pudiera otorgarnos alguna pista más, fui al encuentro de mi cabo y salimos de la casa. Necesitaba un cigarrillo y respirar aire fresco.

Veinte minutos después, las luces rotativas de una patrulla rompieron la calma del camino rural. La finca quedó iluminada por los faros del coche, y Verdú y yo, que esperábamos sentados en el escalón del porche de la casa, nos pusimos de pie, dispuestos a saludar y dar las explicaciones pertinentes. Terminé el cigarro de dos potentes caladas y lo apagué en la grava del terreno. Los agentes Requena y Espulgues bajaron con gesto serio, las gorras echadas hacia delante.

—¿Quién ha dado el aviso? —preguntó Requena, tras saludar, mientras se ajustaba el cinturón.

—Yo —respondió Verdú—. Rodrigo Verdú, cabo de la Guardia Civil en la Policía Judicial de Valencia. Él es Mateo Masmano, mi sargento. También de la Judicial.

Los dos agentes intercambiaron una mirada antes de estrecharnos las manos.

—¿Qué tenemos? —preguntó Espulgues abriendo su libreta.

—Es la supuesta vivienda de un hombre relacionado con un caso reciente; asesinato —resumí—. Sospechamos que estamos ante un posible secuestro doble. Hay una nota escrita por el padre, una botella de vino abierta con lo que podría ser una sustancia disuelta y un sobre con polvo blanco sin identificar. Todo está documentado y fotografiado —Verdú y yo mostramos nuestros respectivos teléfonos —, sin alterar.

—¿Y el padre? —preguntó Requena.

—Desaparecido, igual que la niña —dijo Rodrigo—. Su nombre es Manuel Pérez Gimeno y la niña podría ser Sara Pérez Grillaud. —Tuvimos que deletrear el apellido de la madre—. Pero eso tendremos que investigarlo antes de dar confirmación.

—Vamos a acordonar y esperar a la Científica, el equipo está avisado —asintió Requena—. Pondremos el perímetro en alerta. Si han salido hace poco, podrían seguir por aquí cerca.

—Tenemos que encontrar al dueño de esta propiedad —indicó mi compañero.

—Cierto —respondí—. Ustedes podrán echarnos una mano con eso, ¿verdad, compañeros?

Espulgues entró en la casa para hacer el primer registro fotográfico y anotar las posiciones, tal y como se habían dejado. Tarea que ya teníamos más que realizada mi cabo y yo, pero preferimos no decir nada, estábamos fuera de nuestra jurisprudencia. Rodrigo y yo le pasamos al otro compañero toda la información, las fotografías y las indicaciones acerca del sobre, la copa rota… Le pedimos que se adjuntase todo a la referencia del caso que ya estaba en marcha.

—Esto es más grande de lo que parece —comentó Verdú mientras se apoyaba contra el coche, mirando hacia la oscuridad de los campos.

—Sí —respondí—. Y huele a que no va a acabar bien.

Cuando terminamos de coordinarnos con los compañeros de Pedriza de los Cuervos y la Científica fue notificada oficialmente, mi compañero y yo nos subimos al coche y cerramos las puertas al unísono, con un golpe seco, como si aquello sellara el momento vivido.

—¿A Valencia? —preguntó Verdú girando la llave de contacto.

—Sí, vayámonos a casa.

—Hay una cosa más, mi sargento. No me he atrevido a señalarlo porque podría parecer trivial, sin importancia…

—¿A qué se refiere, cabo?

—Con todo esto: la nota, la foto, las copas… y ese sobre, no me he dado cuenta de comentarle que había también un olor…, un olor que ya empieza a ser familiar. Un perfume.

—Sí —asentí—. Ahora que lo dice, yo también lo he percibido.

—Es el mismo perfume que llevaba la primera víctima. El mismo que había en el despacho del detective esta tarde.

—El mismo que llevaba puesto hoy Valentina Vega y también el que usaba una de las chicas de la asociación, cuando me acerqué con el pretexto del envío sin dirección de entrega.

—Quizá deberíamos volver a interrogar a la presidenta, mi sargento.

—Están convocadas oficialmente todas las chicas de V de Valientes para mañana por la mañana. Si alguna no se presenta, se ordenará la búsqueda y detención por sospecha de doble homicidio.

—Esperemos que acudan todas.

—Obtendremos ADN de todas ellas para cotejarlo con el que extrajimos del guante que encontraron ustedes en la cantera.

Rodrigo Verdú puso en marcha el vehículo y comenzó a conducir hacia el asfalto, con bastante precaución.

—Y ahora el exmarido y la niña han desaparecido. Con una mujer de por medio que, según la nota, vino a ajustar cuentas. Todo se conecta, mi sargento.

El coche enfiló por la carretera oscura. A su paso, los campos de Pedriza de los Cuervos parecían murmurar secretos que aún no querían ser revelados.

Llegamos a Valencia, aparcamos el coche patrulla en Comandancia y nos despedimos hasta el día siguiente. Recorrí las silenciosas calles

con mi vieja cafetera, rumbo a mi casa. Eran más de las cuatro, madrugada temprana. La ciudad, que a lo largo del día habría vibrado con el bullicio de la gente y el tráfico, ahora parecía dormida, tranquila. Y yo, sentado en el asiento del conductor, miraba al frente con los ojos agotados, pero con una tensión latente que no me permitía relajarme del todo.

Dejé el coche en el aparcamiento, apagué el motor y salí del automóvil sin apresurarme. Subí las escaleras del edificio donde vivo, sumido en mis pensamientos, intentando encajar las piezas que hasta el momento habíamos logrado recopilar. Estaba convencido de que alguna de esas piezas no serviría para demasiado, e incluso podrían suponer jarrones chinos que no hacían más que desviar la atención hacia puntos irrelevantes, pero debía tenerlo todo en cuenta en todo momento.

Cada paso era más pesado que el anterior, como si el día entero se hubiera acumulado sobre mis hombros. La escena en la casa del escritor no salía de mi cabeza. La niña desaparecida, el perfume en el aire, la copa rota, la fotografía bocabajo… Una imagen de algo que todavía no comprendía bien.

Llegué a la puerta, la abrí y entré en casa. El ambiente estaba oscuro, frío, pero ni encendí las luces ni me molesté en enchufar un radiador. Últimamente apenas si vivía allí. No cocinaba ni veía la tele, no invitaba a amigos ni celebraba cenas o comidas. Solamente se llenaba de vida aquel pisucho cada quince días, cuando los gormitis volvían a inundarlo todo con sus risas, sus peleas, su desorden. La luz de la calle se filtraba por las rendijas de las persianas a medio subir y con eso era suficiente para moverme por la casa.

En la mesa del salón, el teléfono parpadeaba. Sin mirarlo, dejé la chaqueta sobre el sofá y me senté en una de las sillas. Atendí por un momento al *display* del inalámbrico para comprobar que eran casi las cinco. Varias llamadas perdidas aparecían en la pantalla pixelada.

—A las nueve, no lo olvides. Los niños —musité.

Había quedado con Sofía en llamar a esa hora, recordaba perfectamente el acuerdo, la rutina, la necesidad de mantener algo que fuera normal en medio de todo el desbarajuste que había estado viviendo en las últimas semanas, más ahora con este nuevo caso de película de media tarde. Pero esta investigación parecía estar tomando el control de mi tiempo, una vez más, irremediablemente. Sin darme cuenta, las horas habían pasado volando, y ahora era ya tarde para hacer la llamada.

—Me he olvidado… —me dije a mí mismo frotándome la cara con las manos, agotado en cierto modo.

El brillo de las joyas, los zapatos de tacón rojos, la carretera oscura y deshabitada, la botella de vino, la foto en el cuarto de Manuel, la zapatilla en miniatura con el ser mitológico que tanto le gustaba a mi hija, mi hija pequeña, el mayor, que también era pequeño… Todo seguía ahí, delante de mí, mezclándose como plastilina de diferentes colores que se amasa en una sola bola. Pero nada parecía tener mucho sentido.

Dejé el teléfono sobre la mesa y me acerqué a la ventana, mirando desde lo alto la ciudad dormida. Una sensación incómoda me envolvía. Un caso que se complicaba a cada paso que dábamos y a mí me tocaba estar en el centro de todo, pero sin respuestas claras. El inalámbrico sonó con un timbre corto, un mensaje.

¿Los vas a llamar?
Los niños te esperan.

Suspiré y observé el mensaje por unos segundos. No eran horas de responder ni de llamar, no aún, al menos. Además, había algo más urgente que tenía que hacer: descansar, reponer energías. Puse el teléfono de nuevo sobre el soporte de la mesa, miré a la oscuridad del pasillo que conducía a las habitaciones y me adentré en él con los ojos casi completamente cerrados, directo a dejarme caer sobre la colcha, directo a los brazos de Morfeo.

La alarma vibró suavemente bajo la almohada. Abrí los ojos y tardé unos segundos en ubicar la realidad. La casa estaba en penumbra, el sabor de la noche se mantenía en mi boca, la punzada de una resaca emocional tras un jueves eterno me taladraba el pecho. Me incorporé despacio y apagué el móvil. Una llamada perdida de Sofía. Una y un mensaje:

Si hoy tienes un hueco, los niños
agradecerán verte. No pasa nada por ayer,
te queremos bien.

—Joder… —murmuré.

6
Interrogatorios y pistas

Viernes, 28 de marzo de 2025

Me levanté y me puse las pilas. Ducha, ropa, informe a Peñalver, llamada a Verdú para que tuviera presente que hoy llegaría un poco más tarde… A las siete y cuarto ya estaba en la puerta de la casa de Sofía, con una bolsa de pan recién hecho bajo el brazo y ojeras que delataban la falta de sueño. Me abrió con una sonrisa templada, vestida con una camiseta holgada y el pelo recogido sin mucha ceremonia.

—Buenos días —saludó ella—. Llegas justo a tiempo para el café, está caliente, y Olmo ha preparado su propia versión de tostadas inglesas.

Entré en el piso con una sonrisa torpe y agradecida.

—No sabía que los niños madrugaran tanto cuando están contigo.

—No lo hacen —respondió ella—. Hoy han hecho una excepción, querían verte.

Desde el salón se escuchó una carrera de pasos menudos. Olmo, veinticinco kilos de niño hiperexcitado, se abalanzó sobre mí con la energía inagotable de la infancia.

—Papá, ¿por qué no llamaste ayer? Dijiste que llamarías a las nueve.

—Lo sé, Olmo. —Me agaché para dejarlo sentado en el suelo—. Lo siento. El trabajo se complicó más de lo que me imaginaba. ¿Me

perdonas?

Aura apareció por detrás, arrastrando una mantita y con cara de recién despertada. No dijo nada, pero se aferró a mi pierna.

—¿También estás enfadada?

La niña negó con la cabeza, medio dormida.

—Le conté el cuento yo anoche —dijo Olmo, ufano—. Pero no lo hago tan bien como mamá o como tú, papá.

Sonreí como un idiota. Sofía me sirvió una taza de café y nos sentamos los cuatro a la mesa. Había tostadas, zumo, un bote de mermelada a medio terminar y ese aire doméstico que olía a vida que no era la mía, pero lo había sido. Durante el desayuno, Sofía y yo hablamos con naturalidad. El chico interrumpía con teorías sobre animales invisibles mientras su hermana hacía garabatos con mantequilla en la mesa.

—¿Y Rosa? —preguntó Sofía en un momento en que los niños se habían ido al baño—. No quiero meterme, pero no puedo dejar de pensar en ella.

Me tensé por un segundo.

—Está siendo una semana muy larga. Ayer estuvimos en la casa del exmarido. No estaba. La escena fue… inquietante.

Sofía bajó la voz.

—¿Crees que tiene algo que ver con la muerte de Rosa?

—No lo sé aún. Pero las cosas se complican.

Ella me miró un segundo, como tanteando el terreno.

—¿Sabes? Rosa y yo nos conocimos en aquella cementera.

—Eso ya me lo contaste ayer, Sofía.

—Ya, ya. Lo sé.

Bajó por un momento la mirada, para volverla a subir colmada de humedades saladas.

—Aquellas noches fueron extrañas, especiales. Como mágicas, ¿sabes? —Buscó una servilleta de papel y se enjugó la nariz con ella —. Había un chico haciendo esculturas con metal fundido, otro tatuando gratis. Música por todos sitios, luces, puestos de abalorios… Rosa y yo conectamos enseguida. Era magnética. Hablamos de libros, de música.

Me levanté para limpiar mi vaso, sin quitar la atención a lo que Sofía me contaba. Ella continuó con su historia.

—Después fuimos perdiendo el contacto. Cada una con su vida, ya sabes. Pero a veces nos veíamos, quedábamos, y cuando lo hacíamos era como si no hubiese pasado el tiempo. ¿Recuerdas cuando nos fuimos todas a Formentera?

Asentí en silencio y serví otro café a la madre de mis hijos. Me dio las gracias y se puso a llorar. Al fondo, los gormitis estaban empezando una discusión por algo que tanto Sofía como yo desconocíamos.

—Mi compañero y yo queremos pasar por allí para echar otro vistazo al lugar —improvisé—. Quizá podrías venir con nosotros.

—¿Podría?, ¿sí? —Detuvo su llanto—. Quizá, no sé, me venga algún recuerdo, algo que os pueda servir.

La miré. Dudé un instante, luego asentí.

—Sí, claro. Podemos ir esta tarde, cuando terminemos con los interrogatorios. ¿Te parece? Escribes a Empar y que vaya a recogerlos a la salida del cole.

Sofía retorcía la servilleta mojada entre los dedos, emocionada.

En ese momento sonó mi móvil. Era Verdú. Me disculpé y salí al pasillo.

—¿Dónde está usted, mi sargento? El capitán quiere verle, está repasando lo de Ernesto Brizuela. Quiere comentar los informes con nosotros cuanto antes.

—Estoy en casa de mi ex, pasando un rato con mis hijos. Llego en media hora. Por cierto, esta tarde nos acercaremos a la cementera, vaya solicitando un coche de paisano.

—A la orden, mi sargento.

Volví a la cocina. Aura se había puesto el abrigo y su hermano le daba vueltas a la mochila como si fuera una hélice.

—¿Nos llevas? —preguntó Olmo.

—Sí, claro —respondí con una sonrisa—. Hoy os llevo yo y ya es tarde, así que terminad de vestiros y vayámonos.

Sofía me miró en silencio mientras salíamos del apartamento. En su expresión no vi nostalgia ni reproche, solo complicidad pausada, como un eco del pasado que aún le sabía a presente. Llevé a los gormitis al cole, me despedí de ellos con un beso y me apresuré para llegar lo antes posible al trabajo. Tenía dos mensajes de Verdú en el teléfono y uno de Peñalver. Ese sí que me puso pólvora en el culo, las convocadas ya habían llegado, antes de los esperado.

A las nueve y cuarto las instalaciones olían a café recalentado y a desconfianza. Al entrar, saludé al elenco, que me atravesó con la mirada del mismo modo que lo hiciera el día anterior, en el sepelio de Rosa. Me sorprendió un poco no ver entre ellas a la presidenta y también eché en falta a otra de ellas, aunque en ese momento no caí en quién era.

Entré en la sala que nos habían asignado para los interrogatorios y saludé a Verdú, que esperaba envarado con nuestra parte de la mesa un tanto desbordada de cosas: tres carpetas de cartón, dos tazas para el café, el ordenador portátil del departamento, una grabadora digital, un tarro con bolígrafos de varios colores y subrayadores fosforitos. Junto a la mesa, un trípode de aluminio sostenía una cámara de fotos con función de videocámara y, cerca de ella, en la pared, había una fuente eléctrica con una pila de vasos.

—Por lo que veo ha hecho usted los deberes, mi cabo.

—No es nada, mi sargento —respondió él, visiblemente alterado—. Buenos días, quiero decir.

—¿Su primer interrogatorio?

—En un caso de homicidio sí, mi sargento. Es la primera vez. En Requena tuve dos anteriores, pero…

—Vale —respiré—, ¿quiénes han venido?

—Cinco de las siete convocadas están esperando ya, mi sargento. María Caña y Valentina Vega no han aparecido. La señora Vega sí ha telefoneado para informar de su ausencia, alegando obligaciones familiares.

—¿Obligaciones familiares?

—Ha dicho que tiene que sustituir a su padre en la tienda.

—Anótelo para después —le dije—, puede que le hagamos otra visita.

Rodrigo me miró por debajo de las cejas, pero no dijo nada.

—En este interrogatorio no vendrá mal un poco de familiaridad para quitar hierro, romper hielo, relajar el asunto… Me entiende, ¿verdad?

—Le entiendo, señor.

—Pues empecemos por tutearnos. Así será todo mucho más sencillo.

—De acuerdo, Mateo.

Sonreí al ver cómo los hombros de mi compañero se destensaban en gran medida.

—Pero que no sirva de precedente. —Tomé asiento y empecé a revisar las carpetas—. Hazlas pasar. De una en una, Rodrigo.

Supuse que, por el carácter de Verdú, él haría naturalmente de poli bueno y yo, como de costumbre, de poli que no ha dormido del todo bien, ni mucho, y que empieza a cansarse de dar vueltas y vueltas al mismo círculo. Nos esperaban cinco mujeres, todas sentadas en fila como alumnas aplicadas antes de un examen que no han preparado.

Empezamos con Marta Cebrián, la vicepresidenta de la asociación. Venía arreglada, aunque con un aire de batalla. Llevaba una blusa de lino blanca impecable y ese carmín rojo oscuro que empezaba a ser más ubicuo que los propios bulos del pueblo. Cuando entró, me miró con suficiencia, como si yo fuera un camarero al que está a punto de pedirle que le taiga una copa.

—Marta —dije señalando la silla—. Gracias por venir.

—No es que tuviera muchas opciones, ¿no? —respondió.

Puso la chaqueta sobre una de las sillas de plástico y se sentó sin esperar a que Verdú se acomodara. Bien, me gustan las personas que no fingen humildad. Dejó el bolso abierto y vencido hacia un lado, sobre la mesa; pude ver una cartera, unas gafas de sol y un pintalabios. Le expliqué que estábamos repasando los últimos días

de Rosa, en especial esa fiesta que organizó en su casa, nueve días antes de que apareciera muerta.

—¿Estuvo usted allí?

—Claro. Rosa era mi amiga. Bueno, a veces no tanto —añadió, y luego sonrió—. Pero vamos, sí. Estuve.

—¿Quién más estaba?

Esta vez fue Rodrigo quien intervino.

—Todas. Todas, menos Valentina. No pudo venir porque esa tarde llegó un caso urgente de alojamiento y se quedó a pernoctar con la usuaria.

Tomé nota sin pestañear. Ya sabíamos que Valentina tenía coartada, y bastante sólida.

—¿Y María Caña? —pegunté de soslayo—. Ni la presidenta ni ella han venido hoy, por lo que he podido comprobar… ¿Tampoco estuvo María en la fiesta?

—Sí, sí. —Rio un poco nerviosa—. María estuvo con nosotras hasta casi el final de la noche. Llegó tarde, como de costumbre. Dijo que había tenido que llevar la bici a arreglar. Estuvo un buen rato y, tras las primeras copas después de la cena, dijo que se le hacía tarde y se marchó.

Asentí. En realidad, no me hacía falta que me explicara que la señora Caña era un poco especial. Había leído algunas notas y relatos que se recogieron de la asociación y que habían sido escritos por ella. Me interesó seguir con ese hilo.

—¿Sabe dónde vive María?

Sabíamos que tenía un bajo habitable en Paiporta, una herencia familiar que, aun estando a nombre de su madre, utilizaba ella como vivienda. Al menos el registro del padrón así lo indicaba.

—En Paiporta, creo. Por lo visto su casa no se vio afectada por la dana, nos dijo que vive en un apartamento…, en un tercero, me parece. —Hizo una pausa y tuve la sensación de que se había ido a otro lugar por un momento—. En Catarroja las pasamos canutas, la verdad.

—¿Alguna vez estuvo en su casa?

Rodrigo me miraba como extrañado, sin abrir la boca. Tuve que explicarle después que, en los interrogatorios, en ocasiones, me gusta dejarme llevar por la improvisación. Sobre todo, si la persona interrogada muestra indicios de tener un pico de oro como el de nuestra primera compareciente.

—No. Ni yo ni ninguna de las chicas, que yo sepa. Es un poco reservada.

No mentía, pero tampoco decía la verdad. Anoté mentalmente el dato y volví a mi trabajo.

—¿Cree usted que Rosa estaba preocupada por algo, Marta?

Fue Rodrigo quien intervino esta vez. El joven quería reconducir el interrogatorio a lo fundamental, sin entender que, en ocasiones, los temas banales y sin importancia aparente son los que desvelan más verdades. Le dejé seguir.

—Mira —levanté las cejas ante semejante cambio de humor, pero tampoco dije palabra. A ver qué perla nos soltaba—, Rosa tenía carácter. No era de las que se andan quejando, ¿sabes lo que te quiero decir? Pero no sé. En la fiesta se la notaba rara, nerviosa, quizá. Bebió más de lo normal y apenas comió nada. Nos contó lo de Barcelona, claro. Que se iba un mes de vacaciones y que luego se mudaría allí para empezar a trabajar en una editorial. Sonaba feliz, pero algo le pasaba, estoy segura.

—¿Algo como qué? —continuó el compañero.

—No lo sé. La pillé un momento en el baño, echándose agua en la cara. Me dijo que estaba bien, pero tenía los ojos rojos. Y, bueno, dijo algo raro.

—¿Qué dijo?

—Dijo: «Hay cosas que es mejor no escribir nunca, ni siquiera en un diario». Luego se rio y salió a la sala a seguir con la fiesta, pero yo no lo encontré gracioso.

Silencio. Marta bajó la mirada y, por un momento, se desvaneció.

—¿Utiliza usted ese perfume que parecen usar todas? —intervino mi compañero.

—¿Perfume?

—Sí —respondí. Me sorprendió que Verdú saliera del patrón *motu proprio*, así que me envalentoné—. Es dulce, con fondo a jazmín y algo amargo. Hoy no lo lleva puesto, es evidente porque no ha apestado usted aún la sala.

Los ojos del cabo se abrieron como espuertas de un pantano tras una semana de intensas lluvias ante aquella mamarrachada mía, pero no hizo nada más. Simplemente calló y anotó la respuesta. Muy profesional.

—¿Nocturna Roja? —preguntó ella como si le hablara de un cóctel exclusivo—. Sí, lo hemos usado muchas de nosotras. Nos lo vende María. Lo compra en una tienda del Carmen… Ella dice que es secreta, que hay que saber a quién preguntar. Un rollo muy María.

—¿Y el carmín? —No pude ni quise evitar preguntar por ese pintalabios que tanto me llamaba la atención en el rostro de su presidenta.

—También —dijo Marta—. Crimson Noir. Lo mismo. Dice que solamente se vende allí, pero no sabemos el nombre del local en cuestión.

Tomé nota mental. Tienda secreta, cosméticos exclusivos, una socia como nexo. Sonaba a novela barata. Lástima que estuviera llena de cadáveres.

—¿Sabe usted si tenía hijos? —continué, como si nada.

—¿Rosa? —Frunció el ceño—. No, que yo sepa. Vamos, sería muy raro.

—¿Por qué tan raro?

—Pues porque era muy independiente, muy libre, y porque esa noche nos dijo que se iba lejos, ya se lo he dicho. —Tuve la sensación de que Marta empezaba a estar incómoda teniendo que repetir algunos detalles—. A trabajar en una editorial.

Comenzó a reordenar los objetos dentro de su bolso, descolocada, y cerró la cremallera con ímpetu antes de continuar.

—¿Quién se marcha de la ciudad dejando atrás a un hijo? No tendría sentido.

Tanto Verdú como yo guardamos silencio ante semejante afirmación. Las averiguaciones hechas acerca de la vida de la escritora no mencionaban, ni de lejos, que fuera madre. Ni siquiera en su historial médico aparecía nada relacionado con la maternidad, de modo que no seguimos preguntando por ahí, al menos no con la señora Cebrián.

Seguimos con el interrogatorio unos diez minutos más y, de él, sacamos que fueron cuatro y no cinco las botellas de vino que se descorcharon aquella noche. Eso me hizo pensar que la quinta de ellas, la que no tenía ni una miserable huella dactilar, habría sido

introducida en el piso posteriormente, con la dosis de burundanga ya preparada para la ingesta.

—Gracias, Marta —finalicé—. Puede volver a la sala de espera o a casa, donde a usted le venga mejor. Y recuerde —le extendí mi tarjeta—, si hubiera algo de lo que se acuerde de repente y piense que podría ser de utilidad, no dude en venir o llamar a este teléfono. Le atenderemos personalmente.

—Vendré corriendo —dijo levantándose sin sonreír esta vez.

—Una pregunta más —interrumpió Verdú—, si me lo permite usted, mi sargento.

Lo miré con cierta intriga, pero preferí no decir nada. Con un gesto de cabeza le di rienda al cabo.

—Señora Cebrián —preguntó con esa voz suya que parecía no querer molestar nunca—, ¿es usted gallega?

La interrogada tardó unos segundos en responder, tampoco se esperaba una pregunta semejante.

—Mis abuelos, sí. De Lugo los dos. ¿Cómo lo ha sabido?

—Lo imaginé cuando vi la suya en el bolso. —Se incorporó un poco para meter la mano en el bolsillo del pantalón—. Yo también. Mi bisabuela siempre dijo que traía suerte.

De repente me pareció distinguir un deje cantarín en la voz de Rodrigo, por no mencionar que el uso del pretérito perfecto simple para un suceso que acababa de ocurrir no es, ni por asomo, un localismo utielano. Sonrió apenas, sacó la mano del bolsillo y mostró otro fruto seco, redondo y marrón.

—*Protexe contra o mal de ollo*.

Marta se iluminó por primera vez desde que había entrado.

—La mía decía que es para que no olvidemos de dónde vinimos.

Rodrigo asintió. No añadieron nada más.

Nos despedimos. Rodrigo y Marta lo hicieron con un buen apretón de manos y yo me quedé un tanto fuera de lugar, como si entre ellos hubieran establecido una comunicación aparte, simbólica. Por lo que pude ver, mi joven y entusiasta ayudante guardaba más de una sorpresa en los bolsillos, nunca mejor dicho.

Cuando Marta dejó el despacho, el cabo Verdú quiso decirme algo acerca de lo acontecido, pero la siguiente testigo no tardó ni diez segundos en pasar a la sala, dejándonos a ambos con la boca abierta.

No voy a describir los cinco interrogatorios que se hicieron esa mañana, pero no quiero dejarme la de la cuarta mujer porque creo que también fue un tanto esclarecedora, por decirlo de algún modo.

La cuarta chica en comparecer fue Marina Blasco. Diecinueve años recién cumplidos. Una edad que, para mi entender, era demasiado tierna como para pertenecer a una asociación de mujeres víctimas de violencia de género.

Marina lucía el pelo liso, largo y castaño, como el de Rosa Grillaud. La mirada, inquieta, parecía querer reconocer e identificar cada elemento de la sala, pues viajaba de aquí allá deteniéndose en cada detalle un par de segundos. Aparentaba querer gustar, pero a la vez desconfiaba de nosotros. Llevaba puesto el carmín, pero no el perfume significativo de la asociación. Aquel día, la comisaría entera se impregnó con el olor de V de Valientes.

—Marina —dije—. ¿Cómo se encuentra?

—Un poco nerviosa.

—Tranquila. Esto no es un examen. Solo queremos que nos hable de Rosa, de la fiesta, de lo que vio aquella noche.

—Rosa era… Era como una madre para mí.

Aquel primer comentario hizo mella en mi interior, pues me vinieron las imágenes del cuarto de la hija secreta de la escritora y de toda la violencia que transmitía la noche pasada.

—A veces era dura conmigo —continuó, sin haberse sentado siquiera—, bueno, lo era con todas.

Asentimos en silencio. Verdú se levantó y ayudó a la joven a tomar asiento. Le sirvió un vaso de agua y lo dejó frente a ella, sin dirigirle la palabra. Una vez que estuvimos los tres más cómodos, continuamos.

—Ella me ayudaba mucho. Me daba consejos y me escuchaba siempre que yo iba a la soci con alguna movida con mi novio. La quería tanto.

—¿Cómo la vio en la fiesta de su casa? —Empujé.

—Estuvo rara, como si ya no estuviera allí del todo. Me dio un abrazo muy fuerte cuando me marché y me dijo: «Tú sigue escribiendo, pase lo que pase». Yo no la entendía, pero, claro, estábamos un poco borrachas, ¿sabe lo que quiero decir? Yo pensé que estaría así por lo de Barcelona.

—¿Tiene relación con María Caña?

Esta vez fue el compañero quien salió de su guion preestablecido. Anoté el tanto y le dejé hacer.

—Poca. No me gusta cómo me mira. A veces me pregunta si mis relatos son de verdad o inventados, pero con un tono…, no sé. Muy raro. Y siempre huele a esa colonia que todas usan a menudo. Hasta me empalaga ya.

—¿Sabe si vive en Paiporta? —pregunté.

—¿Por qué me preguntan por María? —Se puso notablemente a la defensiva—. ¿No deberían atrapar al exmarido de Rosa?, ¿preguntar por él, por ejemplo?

Touché. Mi cabeza empezó a elucubrar una salida digna que me dejase encaminar de nuevo la conversación, pero el cabo Verdú se me adelantó con maestría.

—No podemos descartar nada en esta investigación y, como ni ella ni la presidenta han comparecido esta mañana, necesitamos obtener toda la información posible, aunque parezca irrelevante, Marina, créame.

—Sí, pero… —empezó a decir la chica.

—No se preocupe por nada y limítese a responder a nuestras preguntas. Le aseguro que siempre hay un porqué, aunque *a priori* ustedes no puedan verlo. ¿Vive en Paiporta?

Marina dudó unos segundos. Tiempo que aprovechó para volver a fotografiar mentalmente cada rincón de la sala de interrogatorios, cada papel en la mesa, la cámara con su trípode, las tazas sobre la mesa, nuestra ropa, nuestras expresiones. Todo. Medio minuto de silencio tenso más tarde, se animó a seguir.

—Eso dice ella. Yo nunca la he visto fuera del centro. Siempre llega con su bicicleta, como si fuera una rutina impuesta.

—¿Y ese carmín y ese perfume? También se lo dio ella, ¿no?

Asintió.

—Nos lo vendió, en realidad. A precio de costo, como le gusta decir.

Anoté mentalmente el posible juego de palabras.

—Nos lo trajo en Navidad —prosiguió—. A todas. Dijo que eran para darles más aire literario a nuestros rostros. Se rio al decirlo,

pero a mí no me hizo gracia. Como todas lo compraron…, yo también lo hice.

—¿Y usted cree que Rosa tenía miedo de algo?

Marina dudó otra vez. Luego asintió lentamente.

—No de nosotras, creo. Pero sí estaba asustada últimamente. O precavida, no sabría decir. Una semana antes de la fiesta nos pidió que no contáramos nada de nuestros escritos fuera del taller. Que no subiéramos nada a redes. Dijo que había alguien copiando ideas.

Le lancé una mirada más atenta.

—¿Alguien como quién? —intervine esta vez.

—No lo dijo. Pero luego miró a María y María la miró de vuelta, ¿sabe lo que quiero decir? Me dio la sensación de que se entendieron sin palabras.

Me recliné sobre la silla. Marina Blasco no mentía, estaba asustada.

—¿Y la señora Vega? —Intenté romper el patrón cambiando el enfoque de persona—. ¿No solía estar con ustedes?

—Sí…, pero ella es la presi, ¿sabe? Ella no participa en los talleres, se encarga de otras cosas. Justo esa noche no pudo venir. Eso es lo que nos dijo, claro.

—¿Es lo que les dijo? —pregunté—. ¿Cree usted que podría haber otro motivo?

—A ver, no. Que era verdad que vino una pava con un chiquillo, toda desquiciada. Que yo sé lo que es eso, ¿sabe? Pero que no creo que tuviera ganas de una fiesta con la nueva chica de Álex.

—¿Quién es Álex? —intervino el compañero.

—Álex es el tío con el que se fugaba Rosa a Barcelona.

—Nadie nos había hablado de él.

—Es que era una especie de secreto. A mí me lo contó Rosa. Tomamos unas cervezas antes de ir a su casa, el viernes, y allí me contó que estaba ilusionada y asustada por volver a convivir con un hombre. Pero que este era distinto, cariñoso y tranquilo.

—¿Se enteró usted allí de la existencia de Álex? —concreté.

—No, eso ya lo sabía de antes, desde el principio, diría.

—El día de la fiesta, ¿estuvo con ella todo el tiempo?

—Sí, desde por la tarde. Ese día no hicimos taller, pero estuve con ella hasta que me fui de su casa, sería de las últimas en irme.

—¿A qué hora se marchó?

—Antes de la una y media, creo. Llegué a casa a menos cuarto, así que…, no sé, por ahí.

—¿Qué tiene que ver ese tal Álex en todo esto?

—Pues que era el chico de la presidenta, lo conoció por ella, porque eran muy amigas. Pero, claro, se lio la cosa y ahora es pareja de Rosa… Bueno, era pareja, lo siento.

Guardamos otro silencio, por ver si la joven se arrancaba con algo más, pero no fue el caso. Se palpaban las ganas de salir de allí que tenía. Quizá sería una buena testigo más adelante, dada la facilidad para contar chismes, pero de momento teníamos suficiente para seguir investigando.

—Gracias, Marina —dijo Rodrigo.

—¿Está en peligro alguien más? —preguntó de pronto.

Mi compañero me miró y yo tardé en responder. No me gusta mentir, pero tampoco decir verdades sin abrigo ni contaminar el árbol.

—No lo sabemos. Pero estamos en ello.

—¿Sabe si Rosa tenía una hija? —le lanzó esta vez el cabo.

Marina lo miró como si le hubiera hablado en otro idioma.

—¿Una hija?

—Una niña, sí. Se llama Sara.

La reacción fue honesta, arrugó el entrecejo, apretó los labios.

—N-no. Nunca nos dijo nada. Y créame que, si lo hubiera hecho, yo lo sabría. No era alguien que ocultara cosas así. —Bajó la mirada y luego se dirigió a mí—. Es más, si realmente tuviera una hija y no viviese con ella, me costaría imaginar esa fiesta, su traslado. No sé, no encaja.

Dimos por terminado el interrogatorio e invitamos a salir a la joven Marina. Abandonó la sala más pálida que cuando había entrado, la pobre.

A media mañana nos quedamos solos con las ausencias. Valentina Vega, con su coartada pulida y empaquetada —un compañero se encargó de llamar a la joyería para comprobar que, efectivamente, ella estaba allí—, y María Caña, que parecía haberse evaporado con la brisa del jueves por la tarde. Nadie la había vuelto a ver, su teléfono no daba señal y, según las chicas, su bicicleta no estaba en la asociación.

Rodrigo me miró en silencio. Yo iba conectando los hilos, aunque no terminaban de cerrar el círculo. Aún faltaban algunas piezas, pero lo que teníamos era suficiente para preocuparnos y, también, para sospechar. Un perfume exclusivo, un carmín oscuro, una mujer ausente y un par de cicatrices invisibles en la memoria de Rosa Grillaud.

Y el reloj avanzando.

—¿Tú qué piensas? —preguntó Rodrigo cerrando la puerta y no dándose cuenta de que los interrogatorios habían terminado y, por

ende, también el tuteo.

—No lo tengo claro del todo, mi cabo —incidí en el cargo—. Si la niña no es de Rosa, quizá el marido la tuviera con otra mujer, habrá que averiguarlo. De todos modos, estamos cerca, créame. Es algo que se siente.

Salimos del cuartel y nos quedamos junto a la puerta principal. No había ningún compañero a excepción de la guardia, así que me encendí un pitillo allí mismo.

—¿Le huele raro todo esto, mi sargento? —preguntó Rodrigo recuperando el formalismo.

—Me huele a mentira perfumada. María y Valentina no están, y si alguien se ausenta justo cuando empieza el temblor es porque ya oyó el trueno.

—Está usted muy metafísico hoy —se burló el compañero.

Me encogí de hombros y lancé lejos la colilla todavía encendida.

—¿Y si se planeó todo desde antes? Desde mucho mucho antes.

—¿Se refiere a la fiesta?

—Me refiero a todo, sí. A cada maldito gesto.

—Entonces no estamos ante una excéntrica, mi sargento, estamos ante un autor. Y eso, a mi entender, podría ser más peligroso.

—Elemental, querido Verdú —respondí con un guiño amable—. Solicite un vehículo, de paisano. Nos vamos a Paiporta. ¿Tiene ahí las direcciones de las chicas que han comparecido hoy?

—Al igual que las que no lo han hecho, mi sargento.

—A la vivienda de la señora Caña, entonces. Usted conduce.

Al subir al coche llamé a Sofía. Le dije que posponíamos nuestra visita al pueblo para el día siguiente.

—Si te parece, podemos llevar a los chicos a ver a la abuela María. Es sábado y seguro que les prepara algo rico.

—Mañana tengo ensayo a las ocho —me dijo.

—Nos da tiempo de sobra. ¿Sí?

—¿A qué hora pasarás?

—¿Qué te parece allá a las diez? Ten listos a los niños y así no perdemos tanto tiempo. Allí estaremos hasta después del postre, luego, sin entretenernos, cogemos el coche y nos vamos para allá —dije—. No hay casi nada que ver que no conozcas.

—Está bien, Mateo. Mira, mejor nos vemos allí, ¿vale? Yo no sé de qué morro van a estar mañana los críos, así que ve yendo tú y yo ya apareceré.

—¿A qué hora tienes el ensayo?

Lo repitió con un resoplido de resignación.

—Perfecto —dije—, así tenemos excusa para ir cuanto antes a ver el sitio.

Colgamos. Escribí un mensaje a Empar para decirle que no nos veríamos al día siguiente. Sabía de sobra que le apetecería hablar del caso y de la relación de su hija con la escritora. Conociendo a Sofía, no le habría dicho nada aún a su madre.

7
Cañas, barro y brillantes

Viernes, 28 de marzo de 2025

No tardamos mucho en llegar a Paiporta. El tráfico se comportó como si supiera que teníamos prisa, y eso me puso de buen humor. Rodrigo Verdú condujo con ese entusiasmo controlado de quien aún no ha tenido que rellenar informes por rozar un retrovisor. Yo, entretanto, repasaba mentalmente todo lo que sabíamos —o más bien lo que creíamos saber— sobre el caso mientras fumaba con la ventanilla de copiloto bajada. Realmente no era mucha la información de que disponíamos.

—¿Tiene usted claro qué buscamos exactamente, mi sargento? —preguntó Verdú al aparcar el coche.

—Una excusa —le dije sin girar la cabeza—, como la que nos vamos a encontrar en Catarroja, ya lo verá. Si nos descubren algo, será una justificación para meternos aún más en la madriguera. Si no, al menos habremos estirado las piernas.

Lo cierto es que ni yo sabía muy bien qué esperaba encontrar. María Caña llevaba desaparecida desde el martes y nadie en la asociación parecía saber nada de ella. Las chicas dijeron que vivía en Paiporta, que iba todos los días en bici a los talleres y que era un poco excéntrica. No me gustaba lo que no encajaba, y, por lo menos, el registro de empadronamiento confirmaba una dirección en aquel pueblo como residencia habitual de la, ahora sí, sospechosa.

La vivienda era una planta baja en una calle que todavía olía a tarquín y desinfectante, como si aquella fatídica riada hubiese pasado dos o tres días atrás, y no casi medio año. Cuando bajamos del coche, pisé un pequeño charco de barro seco que crujió como pan muy tostado. Los bajos de las viviendas todavía mostraban algunas cicatrices mal curadas: yeso levantado, madera podrida y desconchones que nadie se había molestado en disimular. La vida había vuelto a la normalidad hacía semanas, meses, en realidad, pero hay marcas que se conservan en el tiempo para recordarnos que todo puede repetirse.

—¿Estamos seguros de que esta es la dirección? —preguntó el cabo deteniéndose ante lo que parecía un local saqueado.

—Eso dice el padrón. Aunque, si la vivienda presenta el aparente estado mental de su inquilina, vamos por buen camino.

La puerta no estaba cerrada del todo. No porque la hubieran forzado, sino porque ya no había puerta como tal, apenas un marco y algo que gruñía si lo empujabas. Entramos.

El interior era un desastre. Fango reseco hasta las rodillas, paredes con manchas ennegrecidas, cañas entrelazadas con bolsas de plástico y sillas que una vez tuvieron dignidad. Un comedor destrozado, una cocina desfigurada por el agua y el barro. El suelo parecía un páramo de arcilla seca.

—Joder —dijo Verdú tapándose la nariz con la manga—. Aquí dentro ha vivido un ejército de bacterias.

—Y han muerto también, con honores y sin despedida —le respondí apartando una rama de higuera que colgaba de lo que antes fue una lámpara.

Avanzamos con cuidado. Lo único que rompía el abandono absoluto era una bicicleta de montaña reluciente, encadenada a una tubería oxidada que había quedado a la vista tras la catástrofe. El contraste era obsceno.

—¿Será la bici de María, mi sargento?

—Diría que sí. No es lo que uno esperaría encontrar aquí, y mucho menos en condiciones tan impecables.

Verdú sacó el móvil y empezó a tirar fotos, y yo no pude evitar preguntarme si venía cada día a por la bicicleta o si alguna vez había dormido allí arriba, en lo que quedaba de la casa al final de unas escaleras ruinosas que había solapadas a una de las paredes. Subimos los angostos peldaños de obra como funambulistas desentrenados para comprobar que el segundo piso no había sido tragado por el agua. Había quedado relativamente intacto, aunque no tenía condiciones mínimas para su habitabilidad.

Al llegar arriba lo vimos claro. En la habitación que daba a un escueto patio interior había un escritorio modesto, una estantería desvencijada y una silla plegable. Una buhardilla convertida en estudio. Mucho polvo, sí, pero también orden dentro del caos: carpetas, libros, cuadernos y papeles manuscritos. En una mesa auxiliar, más apartada, había un pequeño expositor de cristal con varias pipetas, frascos, una caja de guantes de látex sin abrir, un cuaderno con fórmulas y un par de viales etiquetados con letra muy pequeña. Rodrigo los miró con una ceja arqueada.

—¿Esto es…?

—Farmacología básica —respondí—. O un laboratorio doméstico montado con materiales reciclados y ambición de Victor Frankenstein.

Cogí uno de los frascos. Estaba vacío, pero tenía residuos en el fondo, de color grisáceo. Arrugué el morro y lo dejé donde estaba.

—No toque nada más —dije—. Esto ya es suficiente para pedir una orden de registro completa. También para considerar que nuestra amiga no es solo una excéntrica. Puede que sea brillante. O peligrosa. O ambas cosas a la vez.

—¿Piensa que aquí sintetizaba la droga?

Asentí sin hablar. No soy químico, pero sé reconocer la voluntad de alguien que se cree más listo que todos los demás. Y ese rincón tenía toda la pinta de haber sido usado para producir algo que no se compra en una farmacia.

—Notifique a Peñalver, mi cabo. Que avise a la Científica y que traigan a alguien que sepa leer estos frascos mejor que nosotros.

Rodrigo cumplió órdenes mientras yo me asomaba al ventanuco del palomar. Desde allí se veía media Paiporta, maltrecha pero viva. Pensé en Rosa. Pensé en su hija. Pensé en Manuel Pérez Gimeno, que en ese momento debía de estar encerrado en algún lugar no muy distinto, preguntándose cómo demonios había terminado así.

—¿Usted cree que María sigue yendo a la asociación desde aquí?

—Sí. La pregunta es desde dónde llega y en qué transporte, antes de ponerse a pedalear hasta Catarroja.

Salí de allí con el cuerpo sucio de polvo y ese tipo de ansiedad que solo te entra cuando sientes que estás cerca de algo importante, pero todavía no lo puedes nombrar. Rodrigo se quedó unos minutos más fotografiando los enseres del improvisado laboratorio, mientras yo me fumaba un cigarro con la excusa de buscar vecinos.

No hizo falta ir muy lejos.

A cuatro patios de allí, sentada en una silla de mimbre de las antiguas encajada en la sombra que proyectaba la fachada desconchada, había una mujer mayor, en bata y con un abanico en la mano. Me observaba desde hacía rato, como si yo fuera parte del decorado de una novela que ya había leído muchas veces.

—¿Qué? ¿Ha pasado algo? —dijo sin levantarse mientras yo me acercaba con la calma de quien no quiere asustar a un gato.

—Buenas tardes —respondí enseñando directamente la placa—. Soy de la Guardia Civil. Estamos haciendo unas preguntas sobre la vecina de esa casa de ahí. —Señalé con la barbilla.

—Ah, sí. —Hizo un gesto con la mano como espantando un mosquito, pero en realidad ahuyentaba el recuerdo—. Ahí vivía una *chicona*, ¿sabe? Una moza grande, de las que no pasan desapercibidas.

—¿Recuerda cómo se llama?

—María. Iba y venía con su bici, como si tuviera algo que hacer en la vida. Aunque a saber.

—¿La ha visto últimamente?

—Pues… Mire usted, hace unos días sí que venía. Bajaba de la bici, la dejaba ahí atada y se marchaba otra vez. Ya no vive ahí, desde el otoño, usted me entiende.

Asentí sonriente, dándole pie a que continuase.

—A veces salía después de estar un rato dentro, toda sudada. Se daba sus buenos paseos con la bicicleta, tres o cuatro horas, que yo sepa. Pero hará cosa de… cinco o seis días, ¿igual siete? No sé. Hace días que no la veo.

—¿Vive aquí sola?

—Se quedó sola, sí. Es hija de Carmelo, el funerario. ¿Le suena?

—No.

—Pues ya ha hecho bien. Era un hombre seco como la mojama, pero buena gente. ¿Sabe lo que le quiero decir? Murió hace unos cinco años, viudo desde hace un montón. *Pobret*. La *chicona* se quedó con la casa, claro, y, mire usted, cuando lo del covid, que nos quedamos encerrados todos, ella se fue con él a una caseta en el monte. Poco después nos enteramos de que el Carmelo había faltado.

—¿Una caseta en el monte? —pregunté como si nada—. ¿Por aquí cerca?

—No era suya, ¿eh? —dijo ella queriendo dejar claro aquel punto —. Creo que se la dejó algún pariente de la mujer de Carmelo, unos tíos o unos primos, no sé.

—¿Sabe usted dónde está esa caseta? —Me interesaba no perder ese hilo.

—No, eso no. Solo que está por el interior, por la carretera de Madrid, tirando hacia arriba. Eso decía el Carmelo, Las Cabras, Los Cabrales o algo así.

Tomé nota. Con esa precisión geográfica podríamos estar buscando semanas sin éxito. Sin embargo, yo sabía bien dónde está La Cabrera. La Cabrera de Buñol, un lugar idóneo para remontar por camino hasta el parque eólico que domina la hondonada en la que se encuentra mi pueblo natal.

—¿Cómo llegaba ella hasta aquí si venía de tan lejos?

—En el coche del padre, ¿cómo si no?

—¿Recuerda usted qué coche es?

—No sé la marca, pero se le oía venir desde la otra punta de la calle. De esos que roncan.

Anoté «coche viejo —"azul", dijo—, posiblemente diésel».

Rodrigo apareció entonces, limpiándose las manos con una toallita que olía a limón.

—¿Alguna novedad?

—Más de las que esperaba —le dije sin dejar de mirar a la mujer —. Gracias, señora. ¿Cómo se llama usted?

—Antonia.

—Gracias, doña Antonia. Si se acuerda de cualquier cosa, no dude en avisar. Aquí tiene mi tarjeta.

—A mandar —dijo con un deje entre altanero y resignado. La tarjeta la miró como si fuera un número de tómbola.

Nos alejamos calle abajo, bordeando lo que quedaba de las aceras, en dirección al coche.

—Entonces ¿tenemos nuevo destino? —preguntó Verdú.

—Tenemos nueva pista. Hay una caseta en el monte, probablemente en el término de Buñol. Una familia desaparecida, una bicicleta que no está llena de barro y una chica con conocimientos farmacológicos que ha dejado de dar señales desde la tarde en que visité de incógnito la asociación de la señora Vega.

Rodrigo asintió. Lo que más me fastidiaba no era no saber dónde estaba María Caña. Era no saber para qué la estábamos buscando y ser plenamente consciente de que aquel árbol se había contaminado desde el principio por mi torpeza la tarde del martes, cuando quise hacerme pasar por el gerente de una empresa de transportes.

—Esperaremos al equipo —dije abriendo el coche y sentándome con las piernas fuera. Me encendí otro pitillo—. Empezaremos a buscar todo lo que haya sobre propiedades familiares. La vida entera de esa mujer. Todo: su pasado, sus relaciones, trabajos, estudios. Si

dispone de redes sociales y cómo las utiliza, si tiene delitos anteriores, por mínimos que sean. Vamos a morder bien a la señora Caña y vamos a saber cómo respira antes de dar un paso más.

Cogí aire por unos segundos, le di tres caladas al pito y miré a mi compañero con cara de póquer.

—Necesitaremos otra orden.

—¿Para buscar a la sospechosa?

—Para encontrar a alguien que no quiere ser encontrado.

Esperamos al equipo, que esta vez tardó más que de costumbre, firmamos las actas y volvimos a informar al capitán de que estábamos detrás de algo y teníamos aún otra pieza por mover, otra con un posible móvil para el asesinato.

Subimos al coche y nos pusimos rumbo al pueblo vecino, de nuevo Catarroja. Me sentía un poco la montaña yendo a ver al profeta, ya que lo lógico hubiera sido que la señora Vega se hubiese personado aquella mañana en comisaría, pero los tiempos van cambiando a ritmo acelerado y uno se tiene que habituar de la manera más amable posible. ¿Que no vienen los sospechosos? Vamos nosotros a ellos.

Rodrigo condujo en silencio casi todo el camino desde Paiporta. Mantenía las manos firmes en el volante, la mirada fija en la línea discontinua, como si cada tramo blanco lo acercara un poco más a la verdad o a alguna forma de tregua. Aparcó sin invadir ni un centímetro de acera. Si algo tenía el joven cabo era eso: precisión hasta para detenerse.

Era tarde y la persiana estaba levantada a medias. El cristal, recién limpiado, dejaba ver un interior frío y bien iluminado. Dentro, Valentina se movía de un lado a otro detrás del mostrador, la espalda recta, la barbilla alta. Tenía un halo de señora de la fortaleza. A su lado una mujer mayor, pelo corto teñido de rubio, blusa oscura con ribetes bordados en hilo dorado, con total certeza María José, su madre, controlaba la caja mientras la hija envolvía una pulsera para una pareja de clientes que hablaba tan alto que desde fuera se les escuchaba.

Entramos sin llamar ni preguntar si aún estaba abierto. Rodrigo se quedó junto a la puerta y yo me acerqué al mostrador. Las dos mujeres me vieron, pero no hicieron gesto alguno. Simplemente, terminaron de cerrar la venta, se despidieron con la mayor de las amabilidades —«Que les vaya bien»—, y Valentina cerró la puerta tras los compradores, echando el pestillo al salir ellos dos.

María José nos miró de reojo, apenas un saludo silencioso, y siguió envolviendo unos pendientes para el último cliente, un tipo que parecía querer gastar más tiempo que dinero. Esperamos. En ese rato eché un vistazo a las fotos viejas de detrás del mostrador. Una de ellas era de Valentina de niña, un árbol de Navidad, un hombre grande, seguramente el padre, con cara de no haber dormido bien en años.

Cuando el último cliente salió de la joyería, fue la madre quien lo acompañó a la puerta y, como si entre ellas hubiesen establecido algún tipo de código secreto y silencioso, María José cerró la puerta desde dentro, atravesó la tienda susurrando un «hasta luego» y desapareció tras la cortina de cristales que daba a la trastienda.

Valentina se quitó los guantes de algodón blanco y los soltó sobre el cristal de uno de los mostradores, como dando por finalizada la jornada laboral y, también, como haciéndonos saber que, finalmente, teníamos su atención. Acompañó el gesto apoyando los codos y soltándose la coleta que sujetaba con una pinza nacarada.

—¿Y bien? —dijo con esa voz tan suya que nunca pedía permiso —. Si van a preguntarme lo mismo que ya hicieron por teléfono, espero que, al menos, traigan ustedes algo nuevo.

El cabo avanzó hasta ponerse a mi lado. Yo saqué la libreta, más por costumbre que por necesidad.

—No apareció usted esta mañana —empecé— alegando que debía atender la tienda.

—Aquí estoy —respondió sin bajar la mirada—. Mi padre lleva desde esta madrugada metido en el despacho de atrás. Si cierro, se le viene el mundo encima. ¿Queréis pasar a verlo? —Apartó por un momento el formalismo. Creo que fue intencionado por su parte—. Está tumbado en la butaca con un Lexatin en la lengua.

—¿Sabe por qué estamos aquí? —dije—. Tenemos que cerrar cabos: Rosa Grillaud, la asociación, las últimas veces que fue vista, la utilización de una droga disociativa, una fiesta de despedida y una niña.

Ella arqueó una ceja. Se apoyó en el mostrador, tan cerca que pude ver un leve rastro de sudor en su clavícula, se atusó la melena y se incorporó otra vez.

—¿Qué niña?

—Sara. —Rodrigo fue directo, como siempre—. ¿Le suena?

Valentina giró la sortija que llevaba en el dedo índice. Se tomó su tiempo antes de responder.

—Sara es hija de Manuel, hasta donde yo sé. Nada más. Rosa no hablaba mucho de la niña, no era su hija, al menos hasta donde yo sé —repitió—. Imagino que uno de los motivos de peso por los cuales Rosa le puso un detective a su ex era esa chiquilla. Cualquier mujer con un mínimo de humanidad se preocuparía por la seguridad de una niña tan pequeña. Aunque no fuera hija suya.

—¿Y Mercedes? —pregunté—. La madre de Rosa. ¿Cree que ella podría aclarar algo sobre la niña?

Valentina elevó tanto los hombros que casi pareció un gesto cómico, burlón.

—¿Qué tiene que ver ahora la chiquilla? ¿Acaso le ha pasado algo?

—Limítese a responder al sargento —intervino Verdú.

—Ella sabrá más que yo, imagino. Rosa era de guardarse cosas, pero, aunque no se llevaba del todo bien con su madre…, hablaba más de lo que dejaba ver. No lo sé, es algo que imagino, más que nada.

Rodrigo anotó también algo en una libreta, sin levantar la vista. Cambió el registro y volvió al filo del interrogatorio.

—¿Cuándo vio a Rosa por última vez?

Valentina se pasó un dedo por el labio inferior, como si comprobara que no llevaba carmín.

—Hace… —hizo memoria fingida, parecía tenerlo ensayado— dos semanas. Justo antes de la fiesta de despedida en su casa. Pero eso ya lo saben.

—¿Estuvo en aquella fiesta o durante el día, en la asociación, María Caña?

Observé con cautela su reacción a otra pregunta de la cual ella sabía que nosotros sabíamos la respuesta. Un destello le cruzó la

mirada. No se inmutó más.

—Sí. La vi un rato —respondió midiendo sus palabras—. Apareció por la tarde y estuvo en el taller hasta que las chicas se fueron juntas de allí. Yo no fui con ellas, porque tenía cosas que atender, de modo que ese fue el último momento en que vi, ese día, tanto a Rosa como a María, como también al resto de las chicas.

Rodrigo apoyó las manos en la vitrina.

—¿Algún problema con ellas? —continuó el cabo—. Discusiones, deudas, algo que tengamos que saber.

Valentina soltó una risa pequeña, sin rastro de diversión. Miró el reloj de la pared y después desvió la vista a la calle. Yo hice lo mismo y comprobé que las farolas se habían encendido, estaba anocheciendo.

—Problemas hay en todas partes —respondió al fin—. Rosa era muy suya, María igual. A mí que me registren. —Se inclinó hacia Verdú, segura, firme—. Si de verdad pensáis que tengo algo que ver, pedid la orden y revisad mi piso, mis cuentas, mi coche. No vais a encontrar nada que no esté a la vista.

Se oyó un golpe seco en la trastienda. La voz de María José llegó desde atrás como un susurro ahogado que decía «tranquilo, tranquilo». Nadie se movió. Valentina respiró hondo, recuperó su compostura como quien se ajusta una pulsera cara.

—¿Hemos terminado? —dijo. No era una pregunta.

Rodrigo me miró, cerró la libreta y se incorporó otra vez, colocándose un paso por detrás de mí.

—Por hoy sí —dije imitando a mi compañero—. Pero no se vaya muy lejos, señora Vega.

—No tengo adónde ir —respondió ella clavándonos la mirada como un alfiler—. Si encuentran a quien sí se fue, por favor, avísenme. Yo también tengo preguntas.

Noté que la mujer volvía al trato respetuoso del usted y, sinceramente, no tuve claro el motivo por el cual lo hizo. Salimos de la joyería acompañados por ella, sin decir una sola palabra ninguno de los tres. Me encendí un cigarro mientras Valentina cerraba, y ahí nos quedamos los dos, mirando cómo las luces de la tienda se iban apagando de una en una.

—Si no le importa —le dije desde unos metros—, ¿usted sabe si la señora Grillaud se iba a Barcelona sola o acompañada?

Le vino bien no haber terminado de cerrar la verja, consiguió tiempo para elaborar una respuesta y se lo noté; creo que ella también se dio cuenta.

—Con quién se vaya o, mejor dicho, quién se vaya con ella no es asunto mío desde hace algo más de tres semanas. Sinceramente, si está en Barcelona ya, ni siquiera estoy segura de si Álex sabrá lo que ha pasado. Por mi parte, les aseguro que absolutamente nada.

Buscaba algo en los bolsillos de la chaqueta, bastante afectada. Le ofrecí uno de los míos y aceptó de buena gana.

—¿Se me acusa de algo, sargento?

—No, pero entienda que nos deben interesar las personas que mantenían un contacto con la víctima del caso. Es curioso que, hasta hoy, nadie antes nos haya hablado de una figura tan relevante en ese aspecto como es el futuro compañero de piso, cuando menos.

Valentina no ocultó el golpe, me lo hizo saber con el lado derecho de la cara, nariz incluida.

—Les pido disculpas por callarme eso. Sabía que Álex se iba con ella, igual que sé que él ya estará instalado o casi, esperando a que su chica vuelva de sus vacaciones, de su desconexión en una isla. Dudo mucho que él tenga que ver algo en todo esto y pensé que no sería relevante.

—¿Tuvieron ustedes una discusión?, ¿Rosa y usted?

—No, no llegamos a discutirlo, tampoco a hablarlo. Álex no era mi pareja ni nada por el estilo, solo un amigo, en realidad.

—Entiendo.

—Tampoco me sorprendió cuando me lo dijo —me miró a los ojos —, porque me lo dijo él, directamente, que se iba.

Caminó al otro lado de la acera para dejar pasar a una pareja con un niño en patinete, y aprovechó para terminarse el cigarro. Cuando volvió a acercarse, su teléfono empezó a sonar y Valentina lo sacó del bolso.

—Estoy aquí, madre —dijo—. No, fuera de la tienda.

Nos miró, luego dirigió la vista para dentro y volvió a mirarnos.

—Sí, madre, ya se iban, sí. Entro enseguida. —Colgó—. Vamos a subir a mi padre, a ver si cena un poco y descansa. ¿Necesitan algo más?

—No, señora —respondió Verdú—. De todos modos, si necesitamos algo de usted, ya sabemos dónde encontrarla.

Se oyó la llave de la puerta aledaña a la persiana de la joyería, desde el interior.

—Pues gracias, y disculpen por no haberlo podido hacer de manera formal y todo eso. En comisaría, digo.

María José salió de la trastienda con cara de preocupación, Valentina se despidió, y madre e hija se metieron en el

establecimiento.

Consulté la hora, era tarde para más visitas, y comprobé que tenía varios mensajes de Sofía. Nos subimos al coche mientras los revisaba. Los planes para el día siguiente habían cambiado. Por lo visto, nos encontraríamos por la mañana en Buñol, en casa de mi madre, pero iríamos cada uno por nuestro lado porque ella tenía que hacer un recado antes de subir, así que pensaba llegar algo más tarde.

—Vámonos al cuartel, mi cabo —suspiré—. Creo que por hoy hemos tenido más que suficiente.

Rodrigo arrancó, bajó la ventanilla y dejó que el aire fresco barriera el humo de mi cigarro. Solté la carpeta sobre las piernas, abrí la libreta, saqué el teléfono de la chaqueta y lo dejé sobre el salpicadero, por si pudiera hacernos falta en el trayecto hasta comisaría.

—Valentina no suelta prenda —dijo el cabo mientras salíamos de la calle estrecha que moría en la joyería—. Lo que cuenta ya lo sabíamos.

Asentí sin mirarlo. El retrovisor me devolvía mi cara y un trozo de cielo sucio y anaranjado.

—Sí, pero confirma que la niña no es hija de Rosa, sino de su exmarido. Y que la víctima no hablaba mucho de ella.

Rodrigo giró a la izquierda y el coche encajó bien entre dos furgonetas de reparto. Pasó con poco más de tres centímetros a cada lado.

—Apuntamos que tenemos que citar a la madre mañana mismo —dijo—. Mercedes García Inarejos.

—Y hablar con el novio secreto de Rosa, ¿tenemos el piso? —Rodrigo hizo un sonido afirmativo, sin abrir la boca—. Pues que alguien vaya a darle la noticia y que le diga que nos llame.

—Afirmativo, mi sargento.

Quizá fueron imaginaciones mías, pero me pareció percibir un tono de enfado en Verdú. Saltaba con el coche de rotonda en rotonda hacia Valencia. Su conducción era impecable, diría que serena, pero algo casi robótico se apoderó de él en el trayecto y no lo dejó en paz hasta que llegamos al aparcamiento del cuartel.

Abrí la carpeta y busqué la ficha de Mercedes García, apagué el cigarro en el cenicero —benditos coches viejos con sus mecheros de botón, ceniceros y demás artilugios ahora olvidados—, y desbloqueé el teléfono. Tenía el número de Peñalver siempre arriba en la lista, y llamé. Le conté lo visto y oído en las últimas dos visitas, la imposibilidad de habitar la casa donde una de las sospechosas decía vivir y las pistas encontradas allí. Solicité escuchas a los números de teléfono que tuvieran a su nombre y una investigación exhaustiva de la vida de María Caña y Valentina Vega.

—Necesitamos morder bien a esas mujeres, Arturo, por favor. —Me giré hacia Rodrigo bajando el móvil, este puso otra vez la vista al frente y continuó conduciendo, a lo suyo—. Puede que estemos muy cerca, así que habla con el juez y consigue esas órdenes.

Le pedí que alguien del equipo se encargara de citar a la madre de Rosa para un interrogatorio, para el domingo. Hay que decir que Peñalver es un jefe de categoría y sabe cuándo uno de sus agentes ha olido algo jugoso, de modo que me quedé tranquilo en lo referente a la extracción de datos. Lo de las escuchas quizá sería más complicado. Estaba todo por ver.

—Los interrogatorios de la asociación tampoco han dado oro —siguió Verdú, hablando como si se hubiese congelado y apartado el tiempo de la llamada—. Todas se encubren entre sí, sin saberlo, yo creo. La versión de la última noche e incluso de los días anteriores concuerda casi al dedillo entre todas ellas. Nadie habla ni menciona esa botella extra —dijo levantando el dedo por un segundo—. Esa quinta botella no existe en su cuento. Y la copa limpia, escopolamina, sin huellas. Todo borrado.

Bufé una risa seca.

—Todo preparado. Excepto el cadáver.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que el cadáver no parece entrar en los planes del criminal. El informe forense apunta que la dirección del golpe, teniendo en cuenta que la víctima estaba en pie en el momento de este, fue oblicua, ascendente y posterior. Es decir, que le dieron el garrotazo mientras la víctima andaba o corría en el mismo sentido que el golpe. La estaban siguiendo y el golpe se propinó con la intención de detener a la mujer, no de matarla.

—¿Estaba corriendo en el momento de sufrir el golpe?

—Creo que sí —continué—. Ya sabe cómo es el monte allí, es el mismo que en su pueblo, y, aunque sí es normal que se te queden hojas de carrasca o aliagas en las perneras, muy fuerte tienes que ir para rasgarte los vaqueros, arañarte las piernas y demás signos que presentaba el cuerpo. Eso significa que estaba corriendo, atravesando el monte. ¿Quién atraviesa el monte sin miramiento y se hace daño de esa manera?

—Una presa.

—Alguien que huye —sentencié—. Alguien que corre delante de alguien o escapando de algún sitio.

Cruzamos el río y entramos en la ciudad, el tráfico nos tragó y la marcha pasó a modo piloto automático en tramos de cuatrocientos metros, distancia a la que parecía que nos esperaba siempre un semáforo cerrado.

Rodrigo asintió en un momento.

—Recapitule —me pidió—. Dígamelo como si tuviera que contárselo al juez.

Respiré hondo. Lo solté como iba llegando:

—Tenemos un guante con sangre de Rosa, tirado en el camino superior de la cementera. Tenemos una carretilla vieja, bien cuidada, que sirvió para mover el cuerpo. Tenemos un traumatismo craneal causante de la muerte, realizado por alguna suerte de palo o garrote, quizá un tronco largo. Mi teoría indica que la víctima fue secuestrada, atada de pies y manos durante días y que, en algún momento de la tarde o noche del sábado pasado, consiguió liberarse y huir de donde sea que estuviera. Quien la tenía secuestrada se dio cuenta y salió detrás de ella, agarrando lo primero que vio, un garrote o una rama, alcanzó a Rosa Grillaud y le dio un golpe que la mató.

Respiré. Estábamos a punto de llegar a la gasolinera de los anzuelos, un lugar en el que paramos a veces a tomar un café o un refresco, pero mi compañero parecía absorto en lo que estábamos, de modo que no dije nada y pasamos por debajo de la gran rotonda de la periferia valenciana.

—Lo que no tenemos es por qué movieron un cuerpo muerto hasta ese lugar, con el riesgo que conlleva.

—Eso es cierto —apunté, envalentonado con mi teoría—. Rosa llevaba carmín y perfume cuando fue encontrada; imposible después de nueve días de secuestro.

—Aunque los análisis de sangre indicaban un alto consumo de droga.

—No sé si sería posible mantener a alguien tanto tiempo drogado… Hay algo que nos falta.

—¿El móvil?

—Efectivamente. Por ahora tenemos una mujer normal, divorciada, sin hijos. Con una familia normal, padre muerto, madre y hermano, cada cual con su vida. ¿Qué enemigos puede tener alguien así?

—¿Quizá por su profesión?

—Está bien, ella es escritora. Pero no parece que lo sea a grandes niveles. En el momento de su muerte estaba cobrando el paro y anteriormente había trabajado en multitud de sitios, bastante dispares entre ellos.

Estábamos llegando, le dije a Verdú que podía aparcar fuera del edificio, si había hueco. Pretendía llevarme el coche para subir al pueblo al día siguiente.

—La madre de Rosa es la única que puede decirnos si la niña pintaba algo en todo esto, y si Rosa tenía miedo de verdad.

Rodrigo volvió a asentir, deteniendo el coche junto a otro estacionado y empezando la maniobra marcha atrás para aparcar. Estábamos a una calle, un poco lejos, pero me limité a sonreír y a anotar otro de los dejes de mi reciente compañero. En dos maniobras había aparcado y nos bajamos al mismo tiempo, me

encendí un cigarro y lo esperé en la acera, con la palma de la mano hacia arriba. Me dejó el llavero con una sonrisa.

—¿Va a redactar el informe?

—Eso pretendía, mi sargento.

—Pásemelo a mí antes, ¿vale? Quiero echarle un vistazo.

—A la orden. ¿Viene?

Dio medio paso en dirección al cuartel, cerré la mano bajo las llaves.

—No. Me fumo este y me voy a casa directo. Mañana tengo reunión familiar, y ya se sabe.

—Claro que sí.

—Le avisaré cuando tengamos la visita de la señora García. Hasta entonces, descanse un poco.

—Gracias, mi sargento —me dijo, contento—. No se preocupe, enseguida le mando el informe. Que tenga buena noche.

Se despidió y ahí me quedé un rato, fumando con calma, viendo coches y gente pasar por la calle Calamocha de Valencia. Miré el teléfono y vi que eran más de las nueve, lo desbloqueé, seleccioné el número de Sofía y llamé. Mientras sonaba me subí al coche y arranqué. El Bluetooth se conectó justo en el momento en que se descolgó la llamada.

Se puso Olmo primero, como siempre.

—Hola, papá —me dijo con un grito.

Sonreí y empecé a conducir hacia mi casa mientras hablaba con los chicos, que ya se habían enterado de que iban a ver a la abuela María y no podían ni querían disimular su alegría, así que atravesé la ciudad de la luz entre gritos de emoción y alguna pelea telefónica, a todo volumen.

8
Comida familiar

Sábado, 29 de marzo de 2025

Salí temprano aquel sábado y aparqué en San Luis sin problema alguno. Le pegué cuatro tragos a uno de los caños de la fuente y subí a casa de mi madre por las escaleras del anfiteatro. Estaba regando las plantas de fuera cuando yo llegué. Vestida de casa, pero arreglada, muy cuca ella.

Nos dimos unos besos y un abrazo, y enseguida me hizo entrar para darme quehaceres; pretendía hacer gazpacho, y eso suponía un mínimo de orden, como ella decía. De modo que me serví un refresco y me puse a trocear el pollo y el conejo.

—Mucha carne, ¿no? —se me ocurrió en un momento.

—Tenemos una visita y así os lleváis para mañana si sobra.

Creo que le puse cara de inquisidor para ver si le sacaba quién era la visita, pero no dijo palabra al respecto y seguimos hablando de cosas del pueblo, de una librería, que ya llevaba un par de años al menos, que habían abierto muy bonita, de las obras del castillo, que ya estaban en marcha, pero hay que ver, y de todas esas cosas de las que se habla. Preparamos la cazuela y María, así se llama mi madre, se dispuso con el guiso para el gazpacho, empezando con la carne a fuego lento y el majado de los hígados.

Para cuando la carne estaba hirviendo llegó Sofía con los niños, que entraron como ñus en estampida buscando a la yaya, pasando

delante de mis narices sin darse cuenta de quién estaba ahí. Menuda fiesta.

Lo que pasa en casa de María Zanón es que la cocina es una especie de territorio absolutamente suyo, cuando hay algo cocinándose al menos. Cuando no, también, pero de otro modo. Pero, cuando se cocina, se trabaja con quien ella dice y como ella va indicando, que no siempre se hace algo de la misma forma. De modo que, en poco más de diez minutos, era Sofía quien atendía la necesidad de pinches de mi madre y era yo quien se encargaba de los niños, anda.

Me vino bien, para qué negarlo. Los saqué a la calle con una pelota y ahí estuvimos un buen rato, haciendo hambre. Ya se asomaría alguna a pedir, si hiciera falta algo.

La mañana estaba un tanto gris, ventosa, y a veces las ráfagas repentinas desviaban la trayectoria del balón, que era de esos de goma blandurria, y eso divertía bastante a mis hijos, sobre todo al mayor, que encontró la manera de hacer el bruto aprovechando el empuje del aire en la pelota. En un momento dado, casi a la hora de comer, asomó la calva de Arturo Peñalver por la cuesta de la calle, seguida de una camisa blanca, la chaqueta en un brazo y un paquetito de pastelería en la otra mano.

—Buenas tardes, mi capitán —dije cuando el jefe llegó a mi lado —. ¿Quiere un cigarrito?

Peñalver me miró con cara de enfado contenido, pero se animó rápido y agarró uno, venía de buen humor.

—He hablado con el juzgado —me dijo—. Esta tarde iré a ver al juez para conseguir esas órdenes. He preguntado en el cuartel y hay

disponibles equipos para la escucha. Ahora a ver qué dice el señor magistrado.

—Entonces, nada aún.

—Algo tenemos ya, ahora luego te cuento.

Mi madre le había escuchado llegar, al parecer, porque salió de la casa limpiándose las manos para dar dos besos a su amigo Arturo. Lo hizo pasar y a mí también. Olmo y Aura se quedaron con la pelota, el viento y la cal de las paredes.

Tomamos un aperitivo mientras se terminaba el gazpacho y Sofía y yo deshuesábamos la carne guisada. Cuando la comida estuvo lista, pasamos a la mesa. Fue Arturo Peñalver quien abrió el melón, poco después de la primera cucharada del plato.

—Queda confirmado que la niña llamada Sara es hija legítima del escritor. Por lo visto, la madre murió poco después de nacer la criatura y él se ha hecho cargo de ella desde entonces.

Tomó un poco de pan y lo untó en la salsa. Peñalver no se ponía gazpachos en el plato porque prefería mojar pan, cosa que a mi madre no le hacía demasiada gracia.

—El caso es que nadie sabe nada de él. Su teléfono móvil estaba en la casa, junto con todas sus pertenencias. —Le dio un bocado al pan y lo pasó con un trago de vino—. No le quedan padres, pero sí dos tías en Albacete. No saben de su sobrino desde hace un mes o más, pero aseguran que eso es algo habitual en él, sobre todo cuando escribe. La niña y él vivían en la casa familiar del pueblo.

—¿Estaba escribiendo algo? —preguntó Sofía.

—Ni idea.

El jefe terminó de masticar, bebió un poco más y se limpió con la servilleta, dejando el cubierto sobre el plato.

—El caso es que aún no hemos activado el protocolo de secuestro. Si hoy a medianoche no se encuentra al exmarido de Rosa y a la niña, activaremos la alerta a nivel nacional.

—¿Lo sabe el juez? —pregunté.

—Se lo he puesto en el informe. Pero hay algo más.

Mi madre se levantó al ver mi plato y el de Sofía vacíos y nos sirvió otra escudilla.

—El caso corre el riesgo de saltar a la UCO.

—Estamos encima ya, Arturo, joder —le dije, soltando la cuchara.

—Ellos tienen mejores medios y, si hay dos personas secuestradas, implicadas en un caso previo de asesinato, tomarán las riendas desde Madrid.

—¿Cómo de inminente es?

—Tanto como inminente… Primero hablaré con el juez y veré si nos da cancha. Mientras tanto tengo a los chicos rastreando y a Verdú, que se ha quedado con ellos. La orden de búsqueda se pondrá esta noche y lo harán desde Albacete para no relacionarlo con el caso que nosotros llevamos. Ya está hablado. Si la cosa se tuerce, lo reclamamos, y santas pascuas.

Terminó con una soberbia cucharada y se dirigió a mi madre.

—María, querida, qué bien cocinas.

La abuela atendía la mesita donde los niños esparcían la comida como si estuvieran en la playa, con arena en lugar de panecillos empapados en caldo de caza y hongos.

—Ya te ayudo yo. —Me levanté y saqué de la trona a Aura, que era la que peor lo tenía—. Siéntate a la mesa un poco, ma.

Mi madre me hizo caso, se sentó junto a su amigo y se sirvió una copa bien cargada de vino. Brindaron mientras yo recogía todo con

papel de cocina y volvía a colocar a la niña en su sitio. Me aseguré de que tenían agua, les hice el gesto de advertencia con el dedo a los niños y regresé a la mesa.

—¿Le has dicho lo de la cementera? —me dijo Sofi una vez que se hubo calmado un poco todo.

—No aún.

—¿Qué? —se dio por aludido Peñalver.

—Esta tarde voy a volver al escenario inicial.

—¿Te has dejado algo?

—No lo sé, Sofía se viene conmigo. —Terminé de rebañar por segunda vez el plato e hice una seña a mi madre para que no pusiera más—. Hay una relación entre la víctima y ella.

Miré de reojo a Sofía y ellos dos hicieron lo mismo.

—Sí, verás —empezó, un poco sorprendida—. Yo conozco a Rosa desde hace tiempo. Éramos amigas, aunque nos veíamos muy de vez en cuando… Éramos buenas amigas.

Sofía enmudeció un momento. Jugueteaba con la comida igual que lo hacía la pequeña que había incrustada en la trona, justo detrás de mi madre. Volvió en sí y continuó.

—De hecho, nos conocimos allí mismo, en la cementera. Éramos unas chiquillas y fuimos a esa fiesta… Ya sabéis, la de la Nochevieja aquella.

—Navidades del 2008 —intervino Peñalver.

—Ahí. Bueno, pues eso, que nos conocimos esos días y, desde entonces, mantuvimos relación.

Se hizo un silencio en el comedor que duró unos quince segundos. Ni los gormitis abrieron la boca.

—Llevaba más de un año sin verla, la verdad. Pero me entristecí mucho cuando me enteré de su muerte, más todavía de saber que había sido asesinada.

El jefe y yo nos mirábamos mientras decía aquello, y Peñalver hizo un gesto aprobatorio en cuanto ella terminó.

—Iremos solamente a mirar, quizá haga algunas fotos más —dije —. Tendremos cuidado y nadie tocará nada. De todas formas, poco hay que tocar.

—Bien. Tú mantenme informado a toda hora de cualquier cosa. ¡Ah! Por cierto —añadió con un chusco de pan en la boca—. Mañana a las doce la señora García pasará por el cuartel, ya he informado a tu nuevo compañero.

—¿Tienes un compañero nuevo? —Se sorprendió mi madre—. ¿Quién es? Cuéntame.

—Es un chaval de Utiel, más listo que las ardillas —respondió Arturo—. Me lo mandaron recomendado de Requena la semana pasada y decidí que podría venirle bien a tu hijo tener un chaval avispado con él.

—Bien pensado —dijo mi madre.

—¿Cómo es? ¿Es guapo? —metió baza mi exmujer—. ¿Cómo se llama?

—Somos un equipo —quise zanjar el asunto—. Rodrigo es buen chaval y es cierto que es listo, tiene ojo y sabe callar cuando toca. Pero aquí somos un equipo y eso no se nos puede olvidar.

El intento de sobriedad protocolaria solo causó risa y cachondeo, hasta los niños participaron carcajeándose de mí, aun sin saber ni importarles el porqué.

—Es una lima y viene empujando con ganas —dijo Peñalver.

—Como todos al principio —respondí.

—Estudió Anatomía y tiene el grado de ATS. Hizo la mili en Vitoria y se graduó con honores.

—Y es guapo, inteligente y tira rayos por el…

—Mateo Masmano —cortó de golpe mi madre—. Los niños.

Todos callamos un segundo y luego todos reímos otra vez.

Tomamos postre y café, y aprovechamos que los niños se pusieron una película para escabullirnos Sofía y yo de la casa. Arturo y mi madre se quedaron jugando a las cartas acompañando una botella de ponche y la cafetera, hablando de sus cosas.

Preferí que condujera ella, pues sabía que la iba a tener que escuchar quejarse por el olor a tabaco del coche camuflado, así que salimos dando la vuelta al Planel, por la vía rápida y con una Sofía al volante más feliz que un galgo suelto en una dehesa llena de conejos. Llevó el vehículo un poco más allá de donde lo había metido yo, casi una semana antes, y continuamos a pie.

Mientras caminábamos hacia el complejo, mi ex no callaba:

—… aquí había un puesto de esto y aquí de lo otro —decía—. Aquí había como cinco furgonetas con música sincronizada, y aquí detrás es donde vendían las cervezas.

Parecía un poco eufórica y por un momento estuve tentado a sujetarla, no fuera a ser que no se encontrase bien, pero bastó con que, en una de estas, se girara para mirarme a la cara y lo entendió.

—Vale, me calmo —dijo al fin—. Pero piensa que hace mil años que no paso por aquí, y los recuerdos son muy potentes.

—Diecisiete años, para ser exactos.

—Pues para mí es como si hubiese sido la semana pasada.

—Por desgracia, la semana pasada no sucedió algo tan alegre.

Cerré el pico bien apretado en cuanto lo dije, pero ya era tarde y Sofía me miraba con cara de desprecio. Ella odiaba mi falta de tacto en según qué casos y la no convivencia en los últimos años había hecho que volviera a surgir mi ser un tanto descarado.

La miré, recuperó la compostura y no dijo nada, así que caminamos un poco más hasta alcanzar la parte alta de la cuesta de entrada al recinto. Sofía no pudo evitar un «guau». Yo sí que pude, pero con gusto lo habría expresado también.

—Es por aquí.

Empecé a caminar cuesta abajo sin esperar a que ella me siguiera; le costó tres segundos reaccionar y ponerse detrás de mí. Las autocaravanas seguían allí aún, y nadie o casi nadie se habría dignado a pasar, como mucho algún curioso valiente. El precinto policial todavía estaba intacto, y yo tenía entendido que hubo vigilancia hasta el miércoles por la mañana en la zona. Seguramente pocas personas habrían podido contaminar el escenario.

Me acerqué a las viviendas de los puncarrillas y comprobé sorprendido que alguien había echado la llave de las puertas, de todas ellas. No le presté más interés y seguí en dirección al pabellón. Sofía venía conmigo.

—Fue ahí dentro. —Señalé con el dedo—. Ahí es donde la dejaron. Ya estaba desangrada.

Sofía dio tres pasos y se detuvo.

—¿Vienes?

Comencé a caminar tras ella. Empezó a balbucear primero, a hablar bajito después. Mientras, daba un paso o dos y se detenía, daba otro y volvía a parar, sin dejar de hablar todo el tiempo.

Entró al pabellón a escasos dos metros del muro sur y continuó su camino pegada a la pared.

—Por aquí había una tía con unas alfombras enormes y mesas —decía—. Te leía la mano y servía té con pastas. También preparaba cachimbas.

Proseguía con su caminar contándome, o contándose, qué había aquí y allá: el escenario con los DJ, la zona de barra, la de merchan. Hubo algo que me puso la piel de gallina, y es que dibujó, sin que nadie le dijera nada, el mismo camino que había quedado señalado con las huellas y la carretilla. Sofía terminó con los brazos en alto a menos de un metro del socavón donde había estado el cuerpo de su amiga.

Pasaron unos segundos, quizá un minuto, y se calmó, volvió en sí y se giró hacia donde yo estaba, mirándome con cara de pena.

—¿Por qué has entrado y hecho ese recorrido?

—No lo sé —respondió—. Supongo que es porque era la manera de entrar en la *rave* principal.

—¿No había otra forma de acceder?

—No, si no eras de la organización.

Me detuve, busqué tabaco y me encendí uno.

—¿Podrías volver a hacer el recorrido?

—Sí, claro.

Sofía salió del pabellón, esta vez en línea recta, y trazó de nuevo la ruta de entrada que había hecho quien fuera que cargara con la carretilla y el cuerpo. Alcanzó el escenario y giró en el centro, igual que lo hiciera el rastro marcado unos días antes por la Científica. Volvió a detenerse en un punto cercano al lugar donde se había hallado muerta a Rosa Grillaud. No había duda: quien trasladara allí

a la víctima lo hizo porque tenía relación con aquella fiesta en la que ella estuvo.

—¿Llevas contigo la foto?

—¿Qué foto?

—La de aquí —respondí, apremiante—. En la que estáis Rosa, tú y otras chicas más.

—Sí —dijo, y se sacó del bolsillo interior la fotografía—. ¿Por qué? ¿Has descubierto algo?

—No lo sé.

Cogí el retrato y lo examiné a fondo. Empecé por detectar caras, rostros o cuerpos en la parte más borrosa, la parte trasera de la foto, para luego fijarme, una a una, en cada una de las protagonistas. No tuve que hacer mucho esfuerzo: reconocí a Sofía, a Rosa Grillaud y a otra chica, alta y fortachona, más joven y con melena, con bastante más maquillaje y diecisiete años menos. Era una de las mujeres que me atendieron el primer día que pisé V de Valientes. La única socia que no había dado señales de vida desde que la policía asomara el morro, la única que no acudió o llamó ante el requerimiento del interrogatorio por parte de la Policía Judicial.

—¿Conoces a esta chica? —le pregunté a Sofía.

—Sí —dijo—, bueno, no. No la conozco, pero sé quién es. Es una pesada, eso para empezar.

—Una pesada…

—Sí, nos dio la noche varias veces mientras estuvimos aquí. Ella también estaba acampada, o vivía cerca, no sé. Pero era una plasta.

—¿Sabes cómo se llama?

—Pues ni idea… Aunque creo que es la misma que estuvo dando la chapa después a Rosa, sí. Seguramente sea ella.

—Dices que esta chica estuvo molestando a Rosa, ¿es eso?

—Tanto como molestar no —respondió Sofía sin darse cuenta aún de por dónde iban mis intenciones—. Era una flipada de los blogs y esas cosas. Ya tenía Facebook, creo, y por supuesto correo electrónico y todo lo de aquella época.

Se detuvo para pedirme una calada del cigarro. Se lo pasé, como siempre he hecho.

—Bueno, pues, como Rosa estaba con lo del mecenazgo y todas esas cosas, tenía también sus redes sociales, y me contaba que la chica esta era un poco pesada. Muy intensa.

—¿Sabes algo más?

—No mucho, no. Supongo que hicieron migas o la mandó a freír puñetas, no lo sé. No me volvió a hablar de ella.

Sofía dio dos pasos atrás y me miró con la cabeza ladeada.

—¿Por qué?

—Todavía no lo sé —respondí sabiéndome misterioso y puñetero al mismo nivel—, todavía es pronto.

—¿Conoces a esa tía? —gritó Sofía.

—No te lo puedo decir.

—¡Está implicada! —exclamó—. No me lo puedo creer.

Me di media vuelta y dejé a mi ex con su delirio, salí hasta el descampado con la fotografía en las manos, buscando la mayor cantidad de luz posible para mirar bien la fotografía tomada hacía más de tres lustros. No cabía ninguna duda: aquella mujer con mirada tímida que no estaba abrazada a ninguna de las otras cuatro era María Caña. Algo empezaba a tener sentido.

Llamé primero a Verdú. Quiso contarme algo que había descubierto en internet, pero no le dejé terminar y le ordené que

pusiera una orden de búsqueda y captura para María Caña, como principal sospechosa. Que se centrara la investigación en esa persona y se consiguiera toda la información posible sobre ella en menos de cuatro horas.

—Quiero un informe completo encima de la mesa esta noche, con la cena.

Sofía había salido de su estupor y estaba cerca de mí, mirándome con curiosidad y pena.

—Es ella, ¿verdad? —me preguntó—. ¿Ha sido ella?

No le contesté. Volvimos al coche y me acercó a casa de mi madre. No me apetecía hablar con Peñalver en ese momento, de modo que bajé la cuesta, subí al camuflado y me fui del pueblo.

Sofía no me dijo si les contaría o no acerca de mis temores, o de la orden de arresto sobre la sospechosa, pero poco me importaba. Se iba a enterar en cuestión de una hora por otros medios; por tanto ni me molesté en pedirle que dijera o no dijera.

Me despedí de ella, le di besos para los chicos y arranqué hacia Valencia. Si Verdú tenía algo interesante que contarme, no me sentía con ánimo de andar esperando, y mucho menos de que me lo contara por teléfono.

9
La mordida

Sábado, 29 de marzo de 2025

Cuando llegué a Valencia, tenía dos llamadas perdidas del jefe. No había conectado el Bluetooth, así que el teléfono habría sonado y sonado. Le escribí un mensaje corto para decirle que le mantendría informado en unas horas, que, por favor, consiguiera esas escuchas y esas órdenes, y que suerte con el señor juez. Sabría perdonarme la insolencia.

—¿Qué tenemos? —pregunté como saludo al llegar.

Rodrigo me llevó a un cuarto cercano y me informó por encima de los tres investigados además de María Caña.

—Para mañana por la mañana estará listo el informe completo, mi sargento. Hay cosas interesantes.

Cogí la primera silla que vi vacía y me senté junto a él, libreta en mano.

—Manuel Pérez Gimeno, natural de Albacete, cuarenta años. Ha estado casado dos veces. El primer matrimonio terminó en viudedad por complicaciones en el parto. El segundo matrimonio, dos años y medio después, apenas duró tres años y acabó en divorcio. Hay dos denuncias por violencia de género interpuestas y retiradas posteriormente.

—Cuénteme algo que no sepa.

—Lo señalo porque recuerdo que la señora Vega afirmó que Rosa no llegó a denunciar a su exmarido.

—Quizá fuese algo que, simplemente, no quiso contar. Sobre todo, si después retiró dicha denuncia.

—Lo de las denuncias es algo nuevo.

Me encogí de hombros y le di una palmada en el brazo para que continuara.

—Estudió Periodismo en Madrid, no se fue lejos, pero no parece haber intentado siquiera ejercer.

—¿Nada más?

—De este tipo poco más. Hemos localizado a dos familiares, eso ya lo sabe. Suele trabajar en almacenes de la zona de Albacete en época estacional, pero no se le conoce otra actividad que la escritura. En internet hay charlas suyas, presentaciones, bastante crítica… Escribe, sobre todo, novela romántica. Y por lo menos lleva doce libros publicados con cinco editoriales diferentes. Mire.

Abrió un PDF, una especie de porfolio del autor, y amplió la cabecera. Estaba el nombre y el sello de tres editoriales que yo conocía.

—Quitando todo eso, no se le conoce otra actividad. No hay denuncias, no hay juicios y tampoco multas de tráfico desde el divorcio. Las anteriores son las habituales, ni una sola por consumo de alcohol al volante. Aparece en cinco CIF de la zona y han ido a preguntar por él, pero no tengo noticias, de momento.

—¿Y la niña?

—Sara Pérez López, nacida en 2017, huérfana de madre. Su padre la lleva y la recoge cada día en el colegio del pueblo. Nada extraño. La niña no fue ayer a clase, el jueves tampoco.

—¿El miércoles sí?

—Así es. Hemos conseguido hablar con la tutora y afirma que esta semana la niña ha faltado a clase jueves y viernes. El resto de los días ha asistido con normalidad.

—¿Ha hablado con Albacete?

—Sí, a primera hora de la tarde. De todas formas, eso lo coordina Peñalver, que nos dio orden específica. Llamaron para solicitar toda la información que tuviéramos sobre Manuel y la niña. No mencionaron el caso Grillaud.

—Bien, ¿qué más tiene?

Me levanté y abrí una de las ventanas.

—¿Le importa si cierro la puerta, cabo?

Verdú me miró y luego dirigió la vista al pasillo, vacío en esos momentos. Sonrió, retiró un palmo su silla y se levantó para cerrar y volver a su sitio.

—La señora Vega es más difícil de rastrear. Ha tenido Facebook, pero hace años que no lo utiliza, y no se le conocen más redes sociales. Hay una página de la asociación, pero creo que no la llevará ni ella.

—Algo habrá —dije con un cigarro en la boca.

—Sí, claro, lo normal.

Me senté en el alféizar para escuchar y fumar más tranquilo, como cuando tenía veinte años.

—Nacida en 1979, natural de Catarroja. —Hizo un inciso—. Algo que me ha sorprendido es que, aun habiendo cambiado seis veces de vivienda en su vida adulta, nunca se ha alejado más de unos pocos kilómetros de su pueblo. Es más, cuatro de los domicilios,

contando el actual, están en el municipio. Los otros dos en pueblos vecinos.

Le hice un gesto para que siguiera.

—Con veinte años se matricula en Biología, pero deja la carrera en el segundo curso. Es ahí cuando entra en nómina de la joyería Vega en Valencia. Lo que se extrae de la Seguridad Social es que ha tenido varios contratos en la tienda de sus padres, a lo largo del tiempo. Hace tres recibió parte de la firma, dado que es hija única.

—Vale, muy bien. ¿Hay algo que merezca la pena?

—No, la verdad. Un Erasmus, diplomada en Farmacia dos años después, trabajó en varias farmacias de Valencia. Estuvo apuntada, en años distintos, a ONG o asociaciones benéficas… Una mujer activa, cuanto apenas.

—Una diplomada en Farmacia bien sabría cómo hacer para sintetizar escopolamina, ¿verdad?

—Y alguien con interés, un ordenador e internet también, señor; el proceso es el mismo para la escopolamina y para cualquier otra planta.

—Estupendo, y de María Caña, ¿hay algo jugoso?

—María Caña es el premio gordo, mi sargento. La chochona y el perrito piloto en la misma tirada.

—Cabo Verdú. —Me salió del alma aquella reacción, como un eco de mi madre—. Un respeto.

Rodrigo Verdú dejó el ratón y se giró hacia mí sobre la silla, miró el cigarro humeando en mi mano y luego a mí. Se puso de pie con su sonrisa serena, cogió la carpeta, la cerró y juntó la silla al teclado de la mesa.

—Disculpe, mi sargento —dijo sin carga alguna—. Acerca de María Caña hemos obtenido un historial interesante, aún por completar, pero no habrá demasiado más, creo yo.

Alargué el brazo y levanté la palma hacia él; me dio el dosier con un gesto de cabeza.

—Pero eso mejor lo vemos en la sala de reuniones que hemos habilitado. Sígame.

Se fue hasta la puerta y la abrió. La sargento Abadillo caminaba de espaldas a nosotros, acompañando a un hombre que vestía de chándal. Lancé lo que quedaba del pitillo a la calle y cerré la ventana antes de seguir al cabo tres puertas más allá.

La sala de reuniones se había convertido en otra cosa. Había como cuatro mesas más y por lo menos quince sillas menos. Tres mesas plegables contra la pared que tenía enfrente soportaban dos ordenadores y dos grabadoras magnetofónicas de escucha. Otras cuatro mesas, en el centro, se habían organizado como cinco zonas de trabajo con ordenador y dos pantallas cada uno. Saludé a la cabo Ortuño y al cabo Sierra, que trabajaban sentados en sendos puestos. Dos pizarras grandes y un proyector aún por montar remataban el escenario. La sala donde estaba el equipo instalado daba al exterior y tenían las ventanas abiertas. El ruido que entraba por la calle era un tanto molesto para mí, pero preferí no llegar como un elefante en una cacharrería.

El informe de la que, en ese momento, era la sospechosa número uno era para leer estando sentado, así que lo hice mientras me lo iban desgranando:

—María Caña, nacida en Valencia en 1991 —empezó a citar Ortuño—. Su padre, Carmelo Caña, falleció hace dos años y medio.

Su madre, Montserrat Soler, vive internada en la residencia de Burjassot desde 2010.

»Con catorce años María sufre un brote sicótico con episodios de agresividad, lo que deriva en su ingreso en julio de 2005. Quince meses más tarde, María recibe el alta hospitalaria, pero no el alta médica, y, ¿sabe qué?, a día de hoy continúa con esa baja, transformada ahora en una incapacidad total.

—Estamos apañados —resoplé—. Quiero el nombre de ese hospital. Si sigue en pie, quiero también su dirección, correo electrónico y teléfono. Cuando lo tengamos, llamaremos para preguntar por el expediente médico. No descartamos una visita al loquero.

—Es el de Bétera, estamos ya en contacto con subdirección y a la espera, lo lleva Salcedo.

»En invierno del año 2006 se instala de nuevo en casa de sus padres, en Paiporta, y hasta la fecha no ha cambiado su empadronamiento. Por lo que hemos obtenido, tampoco de ubicación.

—¿Hay rastro cibernético?

—Hay caminos enteros —respondió la compañera—. En 2005 María tiene una actividad abrumadora en foros de discusión. Sobre todo de música, pintura y literatura.

—Conseguí una lista de los lugares en los que fue vetada entre los años 2006 y 2008 —interrumpió Miguel Ángel Sierra—. Un total de sesenta y ocho foros.

—En 2009 comienza el acoso en redes sociales —continuó Ortuño.

—No había tantas —intervino de nuevo el compañero.

Tuve la sensación de que necesitaban tomar el aire.

—Bueno, en Tuenti, ¿lo recuerda? —Asentí sin decir palabra—. Entraba en los perfiles de artistas, sobre todo músicos y artistas plásticos, y los insultaba, criticaba y armaba jaleo.

—Lo que en aquel tiempo se empezó a llamar *troll* —terminó el cabo Sierra.

—Varias denuncias y expulsión nuevamente de la plataforma, de otros foros y blogs.

La cabo se remangó ante la pantalla, tomó aire y con paciencia siguió con el informe.

—En marzo de 2011 es detenida en Madrid, acusada de agredir a una viandante. La viandante en cuestión, Andrea García Dones, es escritora y tiene varios blogs y páginas dedicadas a la literatura y a los libros que publica. Fue una de las que denunció en una plataforma y, al parecer, nuestra investigada se las apañó para coincidir con ella en un bar de Madrid, una noche de sábado.

—¿Tienen el informe? —quise saber.

—Nos han pasado una copia —respondió Verdú—. Está todo resumido e impreso en esa carpeta.

La compañera continuó, con evidentes ganas de terminar.

—La agresión quedó en una multa de ciento cincuenta euros y una orden de alejamiento a no menos de quinientos metros de la denunciante.

—En 2011 ya estaba obsesionada con una escritora —pensé en voz alta—. Y a Rosa la conoció en la Nochevieja de 2008.

Fui a la pizarra que estaba sin usar y escribí las fechas, una encima de la otra.

—Lo que significa… —Me detuve con el tapón del rotulador en la boca—. Me jugaría lo que fuera a que el encuentro en la cementera

no fue casualidad.

Rodeé con un círculo ambas fechas y las uní con una línea. Más abajo escribí «2025», lo rodeé y lo uní a las otras dos. Escribí los sucesos en la cronología: «Conoce a Rosa (Buñol), arremete a escritora (Madrid)».

—¿Qué más tenemos sobre ella? —pregunté señalando con la punta azul, pero sin dejar de mirar la pizarra.

—Tiene o ha tenido todas y cada una de las opciones posibles en internet desde sus inicios —contestó la cabo—. En estos momentos mantiene cuentas en Facebook, Instagram, TikTok y YouTube. Escribe en plataformas como Lektu, Bubok, Wattpad… Hay muchísimo contenido.

La compañera iba abriendo una y otra página en su pantalla derecha. Fotografías, ilustraciones de mil tipos, líneas y líneas de texto, enlaces a otras páginas…, un verdadero laberinto de conexiones en busca de qué. No sé si llegaré a comprenderlo algún día.

—Para buscar algo aquí necesitaremos un buen rato, mi sargento —me dijo Raquel Ortuño.

—Me hago cargo —respondí. Miré el teléfono, eran casi las ocho de la tarde—. Pienso que será mejor dejarlo por hoy, ¿no creen? Mañana a primera hora encenderemos los equipos y rastrearemos hasta el último rincón, pero ahora hay que descansar.

El ambiente se relajó en cuestión de un segundo. Di la orden de que apagaran todo y cerrasen la puerta con llave. Rodrigo y yo salimos al patio, me encendí un cigarro nada más pisar la escalerilla.

—¿Lleva ahí la libreta? Apunte para mañana lo primero que hay que hacer: llamar al psiquiátrico e insistir. Si no se obtiene el informe

completo, mandaremos una pareja. Rastrear la interacción en redes de María con la víctima desde el minuto uno. Sabemos que se conocieron la Nochevieja de 2008, así que empiecen por ahí.

—En esa época no había casi nada.

—Lo que hubiera. Hablen con las compañías telefónicas y que nos pasen un registro, si lo hay, de las posibles llamadas entre los números de ellas.

—Eso puede tardar.

—Lo sé, *redeu*. —Le di tres caladas potentes al pito—. Nos queda algo importante: ¿dónde se esconde? ¿Ha retenido ella a Manuel y a la niña, o es una puta casualidad? De ser así, ¿para qué los quiere? Me saca de mis casillas.

—Sabemos que la madre tiene familia en Chiva.

—Buscaremos también por ahí. Si la familia posee alguna propiedad en el pueblo o en los alrededores. Quiero esas direcciones.

—¿Algo más, mi sargento?

Me lo pensé unos segundos. Estaba seguro, siempre lo estoy, de que algo me dejaba.

—Nada por ahora. No apague el teléfono y téngalo cerca, por si tengo que llamarle para algo. Yo haré lo mismo.

—Entonces ¿rompan filas?

—Rompan filas, mi cabo.

El cabo Rodrigo Verdú saludó con precisión y se retiró por los soportales del patio interior del cuartel. Era sábado a la tarde y seguro que el chaval tenía planes mejores que quedarse entre esos muros secos y aburridos que conforman la Comandancia. Entré a la

garita para dejar las llaves del camuflado y volví a salir para subirme en el mío.

Yo también tenía planes una noche de sábado como aquella: conduciría hasta mi barrio, aparcaría de mala manera, subiría a mi casa, una ducha y a la cama. Igual en el proceso me dejaría caer por la cocina para asaltar la nevera, pero no era algo obligatorio.

Puse música al llegar a casa y cumplí con el plan. Al salir del baño tenía dos e-mails de Comandancia, decidí abrirlos más tarde. Ataqué el frigorífico y me llevé dos yogures de botín que devoré en el trayecto hasta mi cuarto. Rebañé y caí como un niño después de un día de playa. No me puse ni el pijama.

El domingo desperté con energía, revisé la bandeja de entrada en mi teléfono y comprobé que me habían enviado la dirección del psiquiátrico en el que se ingresó a la joven María Caña. También el nombre del médico que llevó su caso, al parecer el hombre seguía en activo.

Telefoneé mientras desayunaba y una recepcionista me dio cita para el día siguiente por la mañana, a última hora. Al colgar tenía un mensaje de Verdú; me decía que estaba de camino hacia el cuartel. Por lo visto, había pasado la noche fuera.

No me entretuve y salí también yo. Un domingo por la mañana temprano da gusto conducir por Valencia, así que no tardé ni un cuarto de hora en llegar y aparcar detrás del cuartel. Me encontré a una parte del equipo en la cafetería. Verdú estaba arriba y Peñalver no había llegado aún.

—Tenemos un patrón —intervino Ortuño tras terminar su café—. En María Caña, digo.

Miguel Ángel y yo nos quedamos mirando a la compañera.

—Las plataformas de escritura. Lektu, Facebook, Amazon KDP, Bubok… Y en todas ellas su actividad viene de hace años.

El cabo Sierra le hizo un gesto y ella se encogió de hombros.

—Anoche llegué a casa y me puse a investigar todo lo publicado por parte de esta tipa.

El compañero se levantó a pagar la cuenta y Raquel siguió explicándome lo que le había parecido relevante.

—Todo lo que escribe es pura basura, mi sargento, créame. Los relatos que tiene subidos abarcan desde cien palabras hasta páginas y páginas.

—¿Los ha leído?

—No, claro que no. Al menos no todos, pero sí bastante… Lo suficiente.

Se permitió una pausa para masticar y tragar el último trozo de tostada con aceite. Se limpió los dedos con la servilleta de papel y le dio un trago al agua.

—La *chicona* no está bien.

—Eso ya lo sabemos, Ortuño, vaya al grano.

—Bueno, pues que lo que le ha llovido es indiferencia en mayor grado, y eso se entiende rápido al leer algunos estados que ha ido colgando. Bien, al grano —se dijo—. Lo curioso es que el sábado 15 de marzo publicó un relato, un fragmento de no más de dos páginas. Una historia sobre una niña y un dragón.

—Esa sí que la ha leído —la interrumpí.

—Sí, y es bastante buena, la verdad.

Nos pusimos de pie y caminamos hacia el compañero, que charlaba con la camarera, de espaldas a nosotros.

—La subió en tres sitios y en los tres tuvo una aceptación bastante buena, si tiene en cuenta que no hay muchos que la sigan.

—¿Eso significa algo?

—De forma aislada no tiene por qué. Después de más de cinco años publicando cosas sin interés ni alma, por no decir basura que ni se entiende, ya era hora de que le llegara la inspiración, se podría decir.

Nos despedimos de la parroquia y salimos los tres juntos, hacia las escaleras. Raquel Ortuño seguía con su historia, a veces le da por irse por las ramas.

—El lunes 17 publicó un relato corto que enlaza perfectamente con la historia del sábado. Nada, se lee en cinco minutos y es superdivertido. —Subió los cinco escalones que quedaban hasta el rellano de dos zancadas, quedándose frente a nosotros desde ahí arriba—. Por supuesto, este ha obtenido más me gustas, y ahí seguirá seguramente. Y el mismo martes, más o menos a la misma hora, va y publica otro capítulo autoconclusivo dentro de la misma historia, y es buenísimo.

Sierra y yo nos detuvimos a dos escalones de ella.

—Así toda la semana —continuó diciendo mientras empezaba a subir el siguiente tramo, de escalón en escalón—. Toda la semana hasta el sábado. El domingo no publicó nada, el lunes tampoco, ni el martes ni el miércoles.

Llegamos a la primera planta y entramos en el pasillo del departamento. Saludé a Verdú, que estaba al fondo sacando algo de la fotocopiadora.

—Veo por dónde va —le dije a la cabo—. ¿Tiene un informe?

—No aún.

—Pues redacte uno. Ahora me dirá que ha vuelto a publicar algo.

La compañera levantó la mano con dos dedos en uve.

—Dos veces —dijo en alto—. Y lo que ha subido es para que lo lea usted y nos diga qué significa. Los seguidores la están poniendo a parir porque ni siquiera responde a los comentarios que no son directamente un ataque.

—¿Han rastreado el rúter?

—Creemos que está utilizando una red móvil, y de momento no hay nada. Tenemos un contrato con un número a su nombre, suponemos que lo hará desde ahí.

—Estamos esperando el permiso —recordé—. ¿Tenemos todo listo para la escucha?

Me acerqué a las mesas donde estaban los aparatos y encendí uno de ellos. Estaba todo listo, así que me senté en uno de los puestos libres; la pantalla se encendió en cuanto rocé con una manga el ratón.

—Estoy repasando las cámaras de la A-3, mi sargento. —Era el cabo Rubén Salcedo, que estaba como apoyo en todo lo referente a investigación—. A las dos y veintitrés de la madrugada hay una que muestra un coche de las características que buscamos. Un Ford Orión. La matrícula es correcta y el coche pertenece a Carmelo Caña.

—Bingo —solté—. ¿En qué sentido iba?

—Madrid. Pero eso no es lo mejor, mire.

Me acerqué y tenía una captura del vídeo en la pantalla. Estaba claramente ampliada. Salcedo hizo zum a la parte trasera del coche. La luna se veía perfectamente iluminada y una silueta aparecía del

revés, pero bien dibujada. La silueta de dos personas, conductor y copiloto.

—Son ellas —murmuré—. Maldita sea.

Me incorporé sobre el compañero y busqué en la pizarra la hora de la fiesta.

—¿De qué día es esa imagen, Salcedo?

—Del sábado 15, a las 2:23.

—La fiesta termina a la una y media, más o menos, según a quién le preguntes, pero sobre esa hora parece que fue. Menos de una hora después van María y Rosa montadas en el coche de la sospechosa, hacia Madrid. ¿Cuánto se tarda desde Massanassa hasta ese punto, saliendo de Valencia?, ¿veinte minutos? —Me detuve a pensar—. ¿Alguien sabría decirme en cuánto tiempo actúa la escopolamina?

—Si la dosis es la correcta, en un individuo de la envergadura de la víctima pueden ser cuatro o cinco minutos, diez como mucho. —Verdú buscaba algo en su ordenador mientras contestaba, pareció encontrarlo—. La cantidad hallada en la botella supera los límites médicos.

Agarré el caballete de la otra pizarra y la junté a la que estaba consultando.

—A la una y media se van todas del piso —anoté—, así que a la una y cuarenta perfectamente podría haber vuelto una de ellas, botella en mano. Rosa, bebida como estaba, la habría dejado entrar sin problema. Se saca una botella, ya preparada, se sirven dos copas y se busca una excusa cualquiera para brindar una vez más. Como si lo viera. Un buen trago de vino y, un par de minutos después, ¡ay, qué mal me encuentro!

»No te preocupes, yo te ayudo, ven conmigo, vamos al hospital, lo que sea. ¿Sería suficiente como para que alguien te haga caso y baje contigo a la calle, sin coger llaves ni teléfono, y se suba contigo en el coche? —Rodrigo y Raquel asentían en silencio—. En definitiva —volví a la pizarra—, a las dos de la mañana estás subiendo al coche y veinte minutos más tarde pasas por ahí porque es el camino en el que coges más cantidad de autovía.

—Es un plan meditado —dijo Verdú—. Y encaja perfectamente en el relato.

—Es un plan malísimo —comentó Sierra.

Ortuño suscribió.

—Es lo que es, un secuestro planeado. Me da igual si lo planeó ella sola, en una tarde, si llevaba haciéndolo dos años o si se lo preguntó a la IA. El caso es que lo planeó. Quería obtener sus ideas, sus historias, las de Rosa. ¿Ha dicho una historia de dragones? —le pregunté a Ortuño—. Es de lo que escribía ella, al menos al principio. Lo sé porque tengo un libro de Grillaud.

—Pero, si lo que quiere es alimentarse de ella, de sus ideas, como usted dice, ¿por qué la mata?

—Por accidente. Después de varios días drogada llega un momento en que sube la tolerancia, te das cuenta de lo que hay y buscas una manera de escapar. Rosa lo hizo, encontró la forma de huir porque no llevaba ni las muñecas ni los tobillos atados cuando le dieron el golpe mortal.

—Entonces ¿el marido y la niña? —preguntó Ortuño.

—Imagino que quería seguir con la racha en redes —dijo Rodrigo —. Fue a secuestrarlo a él para hacer lo mismo que sea que había

hecho con la exmujer. Conocía su existencia por los rumores de la asociación, igual que lo del detective.

—A la niña se la encontró por sorpresa porque Rosa se lo dijo solamente a una o dos personas, de confianza, digamos. Supongo que por vergüenza, no sé…

La puerta de la sala se abrió y apareció el capitán. No sé cómo lo hacía, pero yo habría jurado que llevaba la misma ropa que el día anterior, en casa de mi madre, solo que estaba todo impecable: camisa, cuello, el pantalón con su raya recién hecha… Convocó una reunión en cinco minutos y me dijo que teníamos concedidas las escuchas y las órdenes, que luego hablaríamos. Los chicos repasaron sus informes e imprimieron lo que consideraron útil.

Aproveché para salir al baño y para fumar, bajé a la calle en lugar de al patio, ya que tenía que hacerlo de todos modos, y vi pasar el Mercedes Benz de la familia de Rosa. La madre llegaba más de dos horas antes y no venía sola, el hijo conducía el viejo coche. No encontraron sitio para aparcar y siguieron buscando, calle abajo. Acabé el pitillo y volví a subir. Estaban casi todos sentados cuando llegué.

—Con respecto al caso Grillaud, el juez dio el permiso para el seguimiento por escucha telefónica a las dos principales sospechosas —informó Peñalver—, así como una orden de registro de sus domicilios o domicilio, dado el caso. El equipo técnico llegará en media hora y pondrá en marcha el sistema que tenemos instalado, así que alguien debería comprobar que está todo listo, que no falte un cable o un enchufe.

Rodrigo levantó la mano y el jefe le dio la palabra.

—Tenemos un número para una de las sospechosas —dijo consultando su libreta—. Para la otra hay dos líneas móviles y otras dos fijas. ¿Se ha tenido eso en cuenta?

—Los técnicos traerán dos unidades portátiles para la escucha. Si se diera el caso de que entran en línea varios teléfonos al mismo tiempo, abriríamos los cuatro canales para la escucha y pasaríamos a grabación las que viéramos más importantes. Pero no creo que sea necesario.

Se puso como prioridad localizar el lugar en el que se encontraba María Caña, por lo que habría que contactar con oficinas de registro, dependiendo de los orígenes de familiares cada vez más lejanos. Se confeccionaría un listado de propiedades no habitadas o en desuso con la idea de realizar posteriormente una inspección ocular. Por el momento no teníamos mucho más a ese respecto, de modo que intenté concentrarme en el siguiente paso: la entrevista con Mercedes, la madre de Rosa. Algo me decía que ya andaba por las instalaciones.

—¿Qué le parecería si adelantásemos el interrogatorio a la señora García, mi capitán? —le pregunté cuando terminó la reunión—. Hace un rato vi que estaba llegando, así que seguramente ya está por aquí.

A Arturo le pareció bien la idea de adelantar el trabajo —«Siendo domingo», comentó—; por tanto, bajé con la intención de encontrarme con la testigo e invitarla a empezar antes de lo previsto. No tardaron ni diez minutos en aparecer caminando por la acera. Nos saludamos con seriedad y entramos en silencio a las instalaciones.

Escogimos una sala amplia pero no demasiado. El hijo decidió quedarse fuera, y Rodrigo y yo nos vimos las caras con la señora García a solas.

No quiso café ni agua, y la rigidez parecía perpetua en ella.

—Mercedes —empecé—. Antes que nada, me gustaría que quedase claro que está usted aquí en calidad de testigo, ¿sí?

La mujer asintió, sin dejar de mirarme.

—La investigación sigue su curso y, según avanza, nos van surgiendo algunas dudas. ¿Qué puede contarnos acerca de Sara, la hija de Manuel?

—Poco o nada —respondió—. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo con esa niña?

—No se preocupe por eso ahora. ¿Mantenía su hija relación con Sara? Después de su divorcio, me refiero.

—Yo creo que sí, porque a veces la mencionaba, aunque no tanto como cuando vivían juntos.

Tuve la sensación de que la mujer se relajaba ante nosotros por primera vez desde que nos conocimos.

Con algunas preguntas más llegué a la conclusión de que Rosa nunca le contó sobre el acoso y maltrato que soportó a manos de su exmarido ni que supuestamente temiera por el bienestar de la niña. Se sorprendió de manera clara cuando le mencionamos de pasada un posible detective privado contratado por ella.

—¿Para qué querría mi hija los servicios de un detective?

—No lo sabemos aún —mentí—, pero creemos que podría tener que ver con su exmarido.

La mujer cambió el semblante, como si estuviera por fin siendo consciente de dónde y por qué estaba. Verdú le ofreció un vaso de

agua y ella se lo bebió de tres tragos largos.

—A Sarita la he visto dos veces, nada más —comentó, lacónica—. Su padre es un verdadero bicho raro.

—¿Qué sabe usted del entorno de su hija?, ¿de sus amistades?

—Poco también, lo reconozco —empezó a decir—. Mire, nosotras… hacía tiempo que no nos comunicábamos mucho, ¿sabe?

—No se preocupe por eso. —Intenté cambiar la deriva que tomaba su estado de ánimo—. ¿Le habló alguna vez de lo que hacía en la asociación?, ¿de alguna de las chicas?

—Sé que daba allí uno de sus talleres. —Se notó el esfuerzo que hizo por volver a la sobriedad—. Le gustaba mucho eso, ¿sabe? Decía que era en los talleres donde más aprendía de escritura y donde encontraba las soluciones a los quebraderos de cabeza que le daban sus escritos.

—Charlaban ustedes de su trabajo —le seguí la corriente, interesado.

—Era de lo que más hablaba ella, sí. Al menos conmigo.

—¿Qué le contaba acerca de las alumnas?

—Ella no las llamaba alumnas, sino iniciadas. Compartía algunas anécdotas, de vez en cuando, pero nada relevante.

—¿Llegó a conocer a alguna de ellas, en algún momento?

—Ya le he dicho que no.

Me quedé en silencio un segundo para que tomara conciencia de su respuesta. Surtió el efecto deseado.

—Bueno, al menos no personalmente. —Se relajó otra vez—. Piense que solía hacer varios talleres y presentaciones…, esas cosas que hacen los escritores. Siempre estaba ocupada con esto y con

aquello, ella decía que tenía trabajo, aunque nunca me enteré de que percibiera nómina alguna.

Hubo otro silencio, esta vez propiciado por su propia voluntad. Se quedó pensativa antes de continuar.

—Me contó que tenía una chica que se apuntaba a sus talleres con regularidad. Me parece que también estaba en el de la asociación de Catarroja. Creo que eran amigas, aunque yo pienso que era una de esas amistades tóxicas, como se las llama ahora.

—¿Por qué dice usted eso, señora García? —se adelantó el cabo.

—Porque recuerdo que esa *chicona* le estuvo dando algunos problemas en el pasado. Se conocían desde hacía años, ¿sabe?

La coletilla me empezaba a rechinar en el tímpano, pero sonreí como acto reflejo. Ella lo tomó como una afirmación, de modo que siguió con su arrancada.

—No me pregunten cuándo. El caso es que al principio de conocerse tuvieron algunas discusiones. Eso lo sé bien porque Rosa aún vivía en casa y se llevaba buenos berrinches con el ordenador.

—¿Recuerda usted su nombre? —quise probar suerte.

—Ahora mismo no —respondió frotándose la mejilla.

—¿Le suena María Caña?

Aquello último lo dijo mi compañero. Una pregunta arriesgada por desvelar el nombre de una sospechosa, pero necesaria a estas alturas, lo admito.

—Caña —dijo despertando la expresión—. Eso es, María Caña. Esa chica ha estado en más de uno y más de dos cursos o talleres de mi hija. Ya le digo que son amigas, che.

Se dio cuenta del uso que había hecho del presente y aquello volvió a golpearla por dentro.

Decidimos zanjar ahí la entrevista. Tuve claro que poco o nada útil íbamos a poder conseguir con el testimonio de Mercedes, así que despedimos a la afligida madre y la acompañamos a la salida, no sin antes asegurarle que la mantendríamos al tanto de cualquier avance significativo en la investigación. Así lo expresó mi compañero justo después del saludo final.

Teníamos algo. No era demasiado en cuanto a evidencias, pero lo suficiente en cuanto a sospechas, así que los dos subimos y continuamos con nuestro trabajo. El equipo al completo rastreaba la actividad de ambas mujeres en internet desde los ordenadores mientras esperábamos a que entraran las primeras llamadas a alguno de los teléfonos intervenidos.

Recogimos nueve conversaciones ese día, todas desde el teléfono móvil de la señora Vega y casi ninguna notable para la investigación. Comprobamos que Valentina atendía asuntos de su asociación hasta en días festivos, porque tres de aquellas llamadas tenían que ver con distintas socias. Grabamos todas ellas por protocolo, pero sabíamos que terminarían quedando en la carpeta de irrelevantes, en la papelera.

Por otro lado, el terminal de María Caña estuvo apagado o inactivo durante todo el día. Fue a última hora, mientras las farolas de la calle arrojaban sus destellos en el techo de la sala, cuando detectamos la actividad de aquel número. Solamente se mantuvo en red un minuto y medio, después volvió a esfumarse la señal, y, en el tiempo que estuvo detectable, no recibió ni llegó a hacer ninguna llamada. Sin embargo, ¡albricias! Segundos después de aquello, la cabo Ortuño informó de actividad en la red.

—María acaba de subir un texto a redes sociales, a tres de ellas.

Toqueteaba con el ratón de su equipo mientras sus ojos daban brincos de un lado al otro de la pantalla. Me levanté y me acerqué a su sitio.

—Es el mismo relato, o es un fragmento. No estoy segura.

Lo leyó en silencio, yo la acompañé.

—¿De verdad escribe así la mujer? —pensé en voz alta.

—Y esto no es lo peor —comentó Raquel. Abrió un par de archivos que tenía en el escritorio—. Ahí, por lo menos, intenta continuar el hilo de la historia de días anteriores. Esto es de hace menos de un mes y le aseguro que no tiene ni pies ni cabeza, en comparación con lo que acaba de leer.

—Hágame un favor, Ortuño. Páseme al teléfono los enlaces a los blogs de la sospechosa. Los que estén en activo actualmente.

Me separé del puesto de la compañera y volví a las pizarras. Anoté la palabra «publicaciones» e hice un diagrama con tres posibles: antes de Rosa, con Rosa y con Manuel.

—Antes de secuestrar supuestamente a la señora Grillaud no había ningún tipo de coherencia en lo que María Caña hacía, ¿cierto?

—Como que hoy es domingo —corroboró la cabo.

—Sin embargo, a partir de esta fecha —subrayé el día del secuestro—, y hasta esta otra, la de la muerte de Rosa, resulta que a la erudita misteriosa se le ilumina el intelecto y consigue hacer algo medianamente legible.

—Incluso bueno —apostilló de nuevo Raquel.

—¿No se estará usted haciendo fan, Ortuño? —se burló Verdú, que hasta ese momento había parecido estar absorto en sus propias pesquisas.

—Tenemos un móvil —dije.

En ese momento entró una llamada al teléfono de Valentina Vega. Todos guardamos silencio cuando Verdú activó la grabación y los altavoces.

—Me he enterado esta tarde —dijo una voz de hombre al descolgar la sospechosa—, en internet. ¿Es cierto?

—Lo es. Creí que te lo habrían dicho antes, que ya lo sabías. ¿Estás bien?

—No, joder, Valentina. Estoy al borde de un ataque. ¿Qué cojones ha pasado?

—No lo sé, Álex, no tengo ni idea. Rosa apareció muerta en mitad de unas ruinas… Ha sido todo muy rápido. —Soltó un suspiro largo, después hubo un silencio más largo aún—. ¿Dónde estás?

—En el piso, en Barna.

—¿Hay alguien contigo, Álex?

—No, joder, qué va.

Algo rodó por el suelo, cerca del teléfono de Alejandro Soto. El tipo masculló un juramento al aire.

—Yo… estaba preocupado, Valen, pero ya sabes cómo es Rosa, ¿no? Me dijo que me llamaría cuando estuviera en el aeropuerto, o si pasaba algo malo.

—Sí, claro —decía de vez en cuando Valentina Vega, sin mucha pasión.

—Voy a avisar a la policía —dijo el hombre, de repente más nervioso—. Querrán saber dónde estoy y eso, aún no me he empadronado ni nada, ¿sabes lo que te quiero decir? Lo mismo me están buscando. ¿A ti te han preguntado? Tú también podrías ser sospechosa… ¿Sabes quién ha sido?

Se hizo un silencio incómodo, largo de manera premeditada. Se escuchaba el sonido de la respiración de Alejandro, pero no el de la mujer. En el despacho, el silencio se sostuvo con un hilo de aire en los pulmones de los presentes, aunque no había micrófonos para nosotros.

—Es domingo, Álex —dijo ella en voz baja, casi un susurro—, y en el cuartel se pondrá una recepcionista que, como mucho, cogerá el recado o te dirá que llames o vayas mañana a la comisaría más cercana.

—¿Entonces?

—Entonces lo mejor será que nos calmemos. Todavía no he cenado, ¿has cenado tú?

—No, no he comido nada hoy.

—Pues hazte algo y cena. Yo voy a hacer lo mismo, ¿vale?

—Vale.

—Entonces voy a colgar. Te llamaré mañana a mediodía y me cuentas qué te han dicho, ¿te parece?

—Vale, Valentina. Mañana contactaré con comisaría.

—Muy bien, *carinyet*, hasta mañana entonces.

No dio tiempo a que el hombre se despidiera, la llamada se cortó ahí mismo. Volvimos a respirar, aliviados. Alguno se sonrió al darse cuenta de la tensión que se había generado.

—¿Nos habrá escuchado? —preguntó al aire Miguel Ángel.

Todos se rieron de él. Todos menos yo.

—Sabemos que es imposible, pero yo he tenido la sensación… Y ustedes también. —Los señalé con el dedo.

Salcedo pasó la grabación a la carpeta correspondiente y todos hicieron el amago de volver a sus puestos de trabajo. Consulté mi

teléfono, era tarde ya.

—Está bien —dije en voz alta incorporándome para que se me escuchara—, nos dividiremos. Verdú, Ortuño: márchense a casa. Salcedo, Sierra y yo haremos esta noche. Verdú, usted llegará el primero mañana, le quiero aquí a las ocho. El resto con que llegue a las nueve es suficiente, ¿me han oído?

El equipo se cuadró de manera un tanto irregular, y poco le hizo falta a la pareja para recoger sus cosas y largarse. Busqué un rincón adecuado y la silla más cómoda de todas. Pretendía leer todo lo que hubiera subido a la red, escrito por una de nuestras sospechosas. Tenía trabajo por delante.

No voy a argumentar una opinión al respecto de la calidad de lo que me encontré. Confieso que no soy lector de ficción, y seguramente no sería justo, pero hay algo que pude ver en el momento en que empecé a entender el lenguaje arcaico que la joven María intentaba reproducir en sus primeros escritos. Todas las historias eran copias de películas o libros mundialmente conocidos, carecían de originalidad hasta en algunos nombres propios utilizados. Sospeché que su patología se enfocaba en lo que ya habíamos descubierto: la obsesión por lo que otros hacen, concretamente, las historias de fantasía.

A pesar del aburrimiento que supone para mí ese tipo de literatura, como bien señaló la cabo Ortuño, la mayoría de las veces la narrativa se perdía en campos que necesitaban de mucha imaginación abstracta para llegar a visualizar algo. Salté unos cuántos relatos y empecé a leer solo dos que elegía al azar de cada

mes, haciendo saltos de tres en tres meses. La cantidad de palabras que esa mujer había producido a lo largo de todo ese tiempo me pareció inmensa, como para llenar volúmenes enteros a decenas o más, no sabría calcular bien.

Después de algo más de dos horas, decidí avanzar hasta la última época. Empecé con el primero que tenía publicado con fecha del mes en el que estábamos, marzo del 2025. Las historias retomaban tramas anteriores y hablaban de un dragón que no tenía fuego. No conseguí entender si lo tuvo antes o cómo lo había perdido, pero el caso es que el protagonista estaba convencido de que podría quitárselo a otro dragón vecino.

Busqué en mi cabeza alguna referencia pop en la que se hubiera basado, pero no logré encontrar nada parecido. Me sorprendí alegrándome de que, al menos, no fuera una copia barata de la última película de Hollywood. También me llamó la atención que los relatos o fragmentos escritos por ella ya no eran tan frecuentes como años atrás, cuando era capaz de subir dieciocho en un solo día, a diario, durante tres meses seguidos. Además de sus escritos puramente narrativos había publicaciones hechas por compañeras del taller de escritura, también algunas fotos en las que nunca salía ella.

Llegué al día D, el sábado 15 de marzo. Ese día no hubo ni una sola publicación, tampoco los dos siguientes. El miércoles 19 hizo una única publicación a las ocho y media de la tarde: un relato corto, de unas trescientas palabras, que iniciaba la historia del dragón desde el principio con una prosa fresca y con buen ritmo. Estaba escrito de manera que, con pocas palabras, las imágenes se formaban solas en mi mente, con detalle. Ese día no hubo más, pero

sí los cuatro siguientes, y confieso que me quedé con las ganas de saber más de la venganza del dragón de aliento frío.

Tenía que ser ella, estaba convencido de que nuestra sospechosa era la culpable, la secuestradora y la asesina. Apagué la pantalla y fui a la máquina del café en busca de un chocolate. Los pasillos estaban completamente vacíos a esas horas. Si te detienes a escuchar, es verdad que se oyen ruidos de actividad aquí y allá, incluso fuera, en el patio. Pero, como acababa de leer tanta historia oscura y retorcida, se disparó mi imaginación y, por unos breves momentos, se me erizaron todos los pelos del cogote.

Volví a la sala para decirles a los compañeros que iba a salir, pero en realidad lo que hice, tras cerrar la puerta, fue meterme en el despacho en el que estuve fumando en la ventana, con el cabo Verdú.

No había terminado el primer pitillo cuando los nudillos de Rubén Salcedo llamaron a la puerta. Tres segundos después, sin que yo hubiera respondido, Salcedo abrió y asomó la cabeza, mirándome directamente.

—El teléfono de María Caña está dando señal, mi sargento —dijo, como si no me hubiese pillado haciendo algo que no debía—. Hemos preferido avisarle porque no sabemos cuánto tiempo va a estar así.

Saludó y cerró de nuevo. Medio minuto después estaba yo de pie junto al puesto de Rubén, observando la doble pantalla en la que se desplegaban cuatro plataformas diferentes con cuatro perfiles distintos. Hubo movimiento en cuestión de tres minutos más. En las mismas tres aplicaciones que la vez anterior se subió el mismo relato y, con él, una ilustración claramente creada por una inteligencia artificial.

La caricatura tenía un parecido asombroso a mí, casi en la expresión de la cara también. El escrito, bueno. Se trataba de la historia de un policía que intentaba encontrar la pista de una escritora. Entendimos que esa misteriosa mujer tenía la clave para descubrir quién había robado unos relojes antiguos. Ahí quedaba el relato, sin consecución, pero con intención.

—¿Cómo es posible que se parezca tanto a usted, mi sargento? —preguntó el cabo Sierra.

—Porque nos vimos el martes. Le habrá proporcionado la IA una descripción muy detallada de mi cara y… Joder, asusta un poco.

—¿Será parte de un juego? —comentó Salcedo levantándose a por agua.

—Estamos hablando de una mente enferma, diagnosticada. Podría estar tomándoselo como un juego o como lo más trascendental de su vida. El caso es que sabe o sospecha que, a estas alturas, le hemos dado una buena mordida.

Los compañeros recogieron el escrito, la ilustración, y lo archivaron todo junto al resto de las posibles pruebas. Aquella noche, además de ese curioso suceso, no volvimos a tener movimiento alguno, y, por supuesto, antes de que alguno de los presentes hubiese terminado de leer el relato de la sospechosa, su número de teléfono había desaparecido otra vez de la red. Poco podíamos hacer con aquello.

Llegadas las cuatro de la madrugada tomé el segundo relevo para echar una cabezada, así que me fui directamente a uno de los cuartos habilitados para el descanso, aunque a punto estuve de bajar a calabozos y meterme en uno que estuviera vacío. Seguro

que nadie vendría a buscarme allí en las cuatro horas que tenía por delante.

No era la primera vez ni sería la última que me tocaba pasar la noche en el cuartel, y esa es otra de las cosas a las que uno nunca se termina de acostumbrar. Nada como la almohada propia.

10
Veranos de verjas y barrotes

Lunes, 31 de marzo de 2025

Aquel lunes Verdú se presentó una hora antes de lo indicado. Ortuño lo hizo diez minutos después, con lo que los compañeros que pasaron la noche en vela y yo nos pudimos ir antes de lo pensado a nuestras respectivas madrigueras.

Por mi parte llegué a casa, me di una ducha y no me molesté en deshacer la cama. Tenía una visita planificada a mediodía en Bétera y después pretendía hacer otra a la residencia donde vivía Montserrat, la madre de María Caña, de modo que puse la tele y estuve marmoteando un rato en el sofá.

A las once me levanté, comí algo y me puse en marcha.

Llegué a las puertas del complejo hospitalario diez minutos antes de la hora de la cita.

Aquel lugar era enorme, unas quinientas hectáreas de pinada salpicada de edificios y pabellones, con paseos, bancos y jardines que seguro conocieron tiempos con mayor atención. El vigilante de la entrada me dio paso tras mi identificación y conduje hasta el edificio principal bien despacio para evitar que se levantara una tolvanera.

En la recepción esperé cinco minutos, tiempo tras el cual una enfermera vino, se presentó y me indicó que la siguiera hasta el despacho del doctor Álvaro Benavent Ferrer, un hombre de sesenta y

tres años que llevaba echados en aquel hospital más de treinta. Entré en una habitación que, más que un despacho, parecía una consulta de médico de familia, con un par de sillas para los pacientes, el escritorio con papeles y ordenador típicos, una camilla con su biombo blanco y una vitrina acristalada en la que había innumerables medicamentos. No me fijé en los nombres, por no parecer indiscreto, pero supuse que la mayoría serían fármacos potentes.

El doctor me recibió con una sonrisa y me invitó a sentarme al otro lado de su mesa. Tenía una carpeta delante de él que destacaba entre los demás papeles, y en la pantalla había abierto lo que parecía un escaneado de documentación médica de un paciente. El doctor Benavent me estaba esperando y tenía dispuesto lo que iba a necesitar. Le di la mano con firmeza y la acompañé con una sonrisa.

—He tenido que hacer memoria para recordar a esta paciente, no sé si me entiende. Pero he podido echar un vistazo a su ficha, y sí, ahora recuerdo a la joven María. Estuvo aquí una buena temporada. ¿En qué puedo ayudarle, sargento?

—Me consta que habrán recibido también la orden del juzgado que nos da acceso a su historial clínico —respondí—, pero en lugar de hacerlo de forma telemática he preferido venir yo en persona. Me gusta hacer algunas cosas de manera más humana.

—Entonces lo que quiere es que le dé el historial, ¿es eso?, ¿así de simple?

—Cierto —respondí llevando mis posaderas al borde de la silla de consulta—, pero también me gustaría que me hablara de su paciente, que me cuente qué recuerda de ella y de su estancia en este lugar.

El psiquiatra cogió el informe y lo ojeó por encima, lo volvió a cerrar y me lo entregó sin miramientos.

—La chica tuvo un ingreso de urgencia, a pesar de que ya se estaban preparando los papeles para la autorización judicial pertinente. El informe para el Ministerio Fiscal se había emitido y estábamos a la espera de la sentencia, pero un ataque de pánico con intento de violencia a terceras partes nos obligó a traerla aquí con carácter urgente.

—¿Cuándo fue eso?

—Déjeme ver.

El hombre empezó a rastrear la pantalla, ayudándose de la rueda del ratón y ajustándose las gafas contra el ceño.

—El 7 de julio de 2005 —respondió justo al tiempo que yo encontraba el dato en la primera página del dosier que me había facilitado Verdú—. Sí, ahora recuerdo que la niña llegó con sedación intravenosa en ambulancia y que, aun así, tuvimos problemas para trasladarla y contenerla en una habitación. Para entonces ya era una chicarrona…

—Disculpe —lo corté—, ¿recuerda si fue usted quien redactó el informe?

—Lo recuerdo, sí. —Se bajó las gafas para mirarme de lejos—. Fue mi ayudante en aquel tiempo, la enfermera Lucía Patiño. Éramos primerizos los dos, por así decirlo.

El doctor se subió las gafas, permitiéndose una sonrisa velada por el movimiento de la mano. Guardé silencio para darle espacio; aunque tenía lo que necesitábamos, si era cierto que en el dosier estaba todo, al final la gente disfruta contando cosas de su pasado, les gusta recordar lo bien que lo hicieron y fantasear con lo que

podrían haber hecho mejor, o distinto al menos. Aproveché para hojear el informe, leyendo solo las cabeceras, buscando algo interesante.

—Recuerdo que aquella chica —se detuvo a consultar la pantalla— ya tenía catorce años, bueno. —Separó la vista de la pantalla y cambió la postura, girándose directamente hacia mí—. Recuerdo que la paciente era más alta ya que la señora Patiño, casi tanto como los dos enfermeros que estuvieron presentes.

—¿Llegó a tener algún altercado en el tiempo que estuvo ingresada?

—Lo cierto es que no lo recuerdo —contestó—. De haberlos tenido, debería estar incluido en el informe.

Dejó las gafas abiertas sobre la mesa y se puso otras que tenía con su funda en el bolsillo alto de la bata. Tomó aire y se incorporó del asiento. Lo cierto es que el hombre se veía muy bien de aspecto, y quizá se debiera a que daba la sensación de que nunca parecía tener prisa.

—Lo que sí recuerdo de esa paciente es que tenía una creatividad desbordante. Se pasaba las horas dibujando, escribiendo, haciendo figuras con plastilina o arcilla, lo que fuera. Es la imagen que de primeras me llega cuando intento recordarla.

Vi que iba a bordear la mesa, de modo que me levanté yo también, por cortesía. Empujó levemente mi codo, conduciéndome a la puerta.

—¿Le apetece a usted un café? —dijo—. Así, de paso, le enseño un poco esto.

Cerré la carpeta marrón y la puse bajo el brazo, caminando con él sin decir nada. Se adelantó a abrirme y salimos juntos al pasillo.

—Este complejo es grande, pero hoy en día funcionan solamente unos pocos edificios.

Sabía que la gestión del hospital había sufrido varios cambios de manos y que, hacía no mucho, acabó terminando en manos públicas con gestión privada. Como casi todo.

—Una vez que recibió el alta, ¿qué tipo de seguimiento tuvo la paciente?

Estábamos cerca de recepción, así que llegamos enseguida a la pequeña cafetería. Nos sentamos a una mesa y deposité el informe sobre ella.

—Durante el primer año estuvo haciendo visitas periódicas aquí, en el centro. Yo mismo llevé el tratamiento y observé la evolución de su esquizofrenia. Se convirtió en una paciente casi recuperada, hábil para tener una vida autónoma con supervisión familiar o profesional. Recuerdo que venía siempre con su padre.

—Carmelo —le refresqué la memoria.

—Cierto, Carmelo Caña.

Un camarero le trajo un café solo con una galleta de anís. Esperó a que el doctor terminara de hablar para preguntarme qué quería.

—Recuerdo que la madre venía también a veces, pero no siempre.

Tomó la tacita con dos dedos y se interrumpió a sí mismo para darle un trago. Pedí un refresco con hielo y el joven nos dejó en intimidad. Estábamos solos en la cafetería.

—El problema de esa niña era su obsesión por los demás. Tenía una fijación extrema en el comportamiento y los logros, podríamos llamarlo así, de las personas que la rodeaban. Sentía celos, envidia. Finalmente, la medicación y el acompañamiento consiguieron que

María dominase esas emociones. En cierto modo comprendió que siempre hay alguien que hace las cosas mejor que tú.

No dije palabra, pero en mi cabeza apareció el emoticono del tipo que se da en la frente con la mano. Volví a abrir la carpeta para buscar algún dato reseñable. Tuve la sensación de que al doctor le daba un poco igual lo que a mí me importara. Me trajeron el refresco mientras Álvaro Benavent seguía hablando sin decir grandes cosas.

—El dosier no dice nada al respecto, ¿recuerda de dónde trajeron a la paciente el día que vino en ambulancia?, ¿con quién estaba?

Se lo pensó unos segundos y aprovechó para abrir el envoltorio del dulce.

—Vinieron los padres en un coche y estuvieron esa tarde en el hospital. —Mojó una punta y se lo llevó a la boca—. Pero no, sargento, no recuerdo si venían de estar en casa o en el parque.

—Y la señora Patiño, ¿sigue trabajando en el centro? Quizá ella pudiera decirnos algo.

—Lucía se jubiló hace unos años. —Terminó la galleta de un solo bocado y dejó lo que quedaba de café sobre el platillo—. Estando aquí le salió un puesto en La Fe, algo más de dinero y bastante más cerca de su casa. Pero nos llamamos a veces para ver cómo nos va.

—¿Tiene aquí su teléfono, Álvaro? —probé suerte.

—No lo llevo encima, está en el despacho —dijo, alegre—. Si quiere podemos llamarla, seguro que se sorprende.

Le di las gracias y acepté. Revisando la ficha del ingreso no vi la procedencia de la paciente, ni siquiera existía un campo para ello, de modo que crucé los dedos con la esperanza de que la enfermera supiera o se acordara de algo.

Terminamos el refrigerio y volvimos a su despacho. Me llamó la atención que no estaba cerrado con llave. El médico me hizo pasar y se fue a la cajonera de la mesa a buscar su móvil.

—¿Quiere que la llame ahora?

Le hice un gesto con la mano y los hombros. El hombre se subió las gafas, buscó el contacto y marcó.

—Patiño —saludó al descolgar—, ¿cómo te va, mujer? —El doctor Benavent se sentó en su silla y me indicó que hiciera lo mismo—. Sí, me alegro. —Se inclinó hacia mí y se colocó las gafas de la mesa—. No, mira. Te llamo porque quiero saber si recuerdas a una paciente que vino al hospital en el 2005 con una crisis muy fuerte. Había pegado a alguien y tuvimos que pelear con ella desde la ambulancia hasta la habitación.

Se detuvo cinco segundos.

—María Caña Soler, le encantaba pintar y esas cosas.

Se alejó un poco el auricular y me hizo un gesto de aprobación con labios y ojos.

—Patiño, mira, tengo aquí conmigo al sargento —desvió la mirada a un papel debajo de la pantalla— Masmano, de la Guardia Civil. Sí. —Agarró el teléfono con la otra mano y se lo alejó para distinguir bien la pantalla. Puso el altavoz—. Lucía, saluda al sargento Mateo —elevó la voz como si su excompañera estuviera al otro lado del pasillo.

La mujer saludó con entusiasmo. Quiso saber para qué necesitaba información sobre María Caña, pero entendió que no podía dársela. Simplemente le dije que era parte de una investigación y que todo lo demás era confidencial.

Me contó que se acordaba perfectamente de la paciente y del día que fue ingresada.

—Venía de campamentos o algo así, ¿recuerdas, Álvaro?

El doctor negó en silencio, mirándome por encima de sus gafas de montura espesa.

—Vino con ella un *chicon*, en la ambulancia. Era monitor de campamento o de unas colonias, ahora no estoy segura. Luego llegaron los padres, pero a la chiquilla ya la teníamos en la cama para entonces.

Me contó que al principio costó que se relacionara con otros internos, que ella la acompañaba algunas tardes en su habitación para leer juntas.

—Le llevaba libros de la biblioteca del centro, ¿me entiende? A la *filla* le gustaba mucho leer.

Nos contó que a las dos o tres semanas ya salía al patio y a los jardines y que, al poco, empezó a participar en actividades grupales. Además de esos detalles, poco más. No tuvo ni un solo conato de violencia en su estancia en el centro y, aparte de sus miedos a socializar y a su obsesión por copiar lo que otras personas hacían, fue una paciente fácil de llevar.

Después de casi diez minutos de llamada, le di las gracias, nos despedimos y colgamos.

—Espero que le haya servido de ayuda, sargento.

—Todavía no lo sé —respondí—, pero nunca se sabe qué puede ser útil en estos casos. Cualquier información es buena.

El doctor Benavent tenía programada las visitas del día a la una, de modo que me invitó a salir con él y caminó conmigo hasta la entrada del edificio. Me dio permiso para conocer el resto del

complejo por mi cuenta antes de despedirse de mí de la manera más natural. Me quedé plantado en el recibidor principal sin saber muy bien qué hacer hasta que, medio minuto después, las ganas de fumar me llevaron a salir, subirme al coche y conducir hasta la salida mientras lo hacía. El informe clínico psiquiátrico viajaba conmigo y seguro que de ahí se podía sacar algo más. Saludé al vigilante al pasar por la garita y bajé la ventanilla para que el humo no se condensara en el interior del habitáculo.

Puse rumbo a Burjassot. Pensaba buscar un sitio donde echar algo al estómago antes de ir a Valle Luna, la residencia en la que vivía mi siguiente visita. Desconocía cómo estaría la señora Soler, pero por lo menos esa tarde la mujer tendría una sorpresa, una visita inesperada.

Llamé a la central para informar de mi paso por el hospital y para cerciorarme de que el expediente de María lo teníamos también en digital. Verdú me confirmó que sí, que el psiquiátrico lo había enviado hacía unos minutos.

—Han entrado tres llamadas al móvil de la señora Vega, nada relevante —anunció—. También hemos recibido la llamada de Alejandro Soto. Pasará esta tarde a tomar declaración en Barcelona.

—¿Lo harán de forma telemática?

—Les hemos pasado los datos del caso, así como una serie de preguntas para que se las hagan. Aun así, mi sargento, sí. Van a preparar una cámara web para que podamos participar en el interrogatorio.

—Muy bien —comenté para cambiar de tema—. Me dirijo a la residencia de la señora Soler, a ver si saco algo. ¿Han podido contactar?

—Sí, señor, le están esperando.

Le di las gracias y colgué. Estaba entrando en el pueblo y quería prestar atención a los locales de comida o bares por los que iba a pasar. Conduje despacio y me decanté por una terraza en la plaza de la Comunidad Valenciana; allí me tiré un buen rato. El sueño acumulado empezaba a hacer mella, y el hambre, a dar avisos, de modo que comí tranquilamente mientras la estatua del artista Lamberto Alonso se calentaba al sol de primavera.

Aparqué en una explanada junto a las vías del tren a las tres del mediodía, la residencia Valle Luna quedaba a menos de cien metros, así que me encendí un cigarro al salir del coche y aproveché el tiempo de fumarlo para ver cómo era el recinto. No tenía mala pinta; una amplia terraza ajardinada daba a la calle lateral y las ventanas de lo que supuse serían las habitaciones eran espaciosas. La puerta principal era un mazacote azul acristalado que no se podía abrir si alguien no pulsaba un botón, ni siquiera tenía una cerradura visible.

Apagué la colilla con la suela del zapato y llamé al timbre. Una mujer entrada en años estaba sentada en una de las cuatro sillas que había en el recibidor del edificio, y me sorprendió un poco que, al abrirme alguien desde dentro, una cuidadora se apresuró a salir de una puerta para retener a la anciana, que se abalanzó hacia mí como una velocista olímpica en cuanto el chasquido del pestillo se pudo sentir.

Esperé a que la joven terminase de convencer a la señora de que la acompañara a lo que después vi que era el salón para entrar. La directora me estaba esperando junto al mostrador de recepción.

—Encantada de atenderle, agente —me dijo ofreciendo la mano—. Me llamo Beatriz Reyes y soy la directora de la residencia.

Me presenté y resumí a grandes rasgos el motivo de mi visita. No tenía claro si los compañeros habrían dado datos concretos, de modo que pregunté por la señora Montserrat Soler.

—Tenemos entendido que la mujer reside aquí, pero desconocemos cuál es su estado. —Hice una pausa dramática—. ¿Sería posible hacerle una visita?

—Sí, por supuesto —respondió con media sonrisa—. Hace mucho que nadie viene a ver a Montse, desde que Carmelo falta.

Se inclinó sobre el mostrador y la chica que estaba sentada le pasó un libro de registros.

—Acompáñeme —dijo sin más dirigiéndose hacia el ascensor. La seguí de cerca—. Debe usted saber que el alzhéimer que padece ha hecho que Montse pierda casi la totalidad de sus recuerdos.

Anoté la enfermedad en mi cuaderno mientras la directora pulsaba el botón de llamada. Desde ahí pude ver el interior del salón, un espacio abierto de unos doscientos metros cuadrados con diversas zonas para la estancia. Los hombres y mujeres que allí estaban parecían pasarlo bien jugando al dominó, viendo la tele, leyendo o tomando el sol a través de las cristaleras que daban acceso al jardín.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí la señora Soler? —pregunté mientras esperábamos.

—Unos diez años.

—¿Vienen familiares a verla?

—Ya le digo que, desde la muerte de esposo, nadie ha venido a visitarla.

La puerta del ascensor se abrió y me dio paso con una mano. Esperó a que llegara una chica vestida de enfermera y pasó ella después.

—Antes de eso, ¿recuerda si su hija venía por aquí?

Beatriz se mantuvo pensativa hasta alcanzar el tercer piso. La puerta se volvió a abrir y la primera en salir fue la trabajadora. Luego la directora comenzó a caminar por el pasillo dando por hecho que yo la seguía.

—A veces sí —respondió al fin—. Pero venía siempre con el padre, no recuerdo haberla visto sola o con alguna otra persona.

Se detuvo ante una puerta abierta.

—Es aquí —señaló—. Si no es indiscreción, me gustaría acompañarle a usted dentro.

—¿Es una medida de seguridad?

—No, bueno. No es que sea obligatorio, pero, en su estado, no sé muy bien cómo reaccionará Montse a la visita de un hombre desconocido. ¿Sabe lo que le quiero decir?

Asentí.

—Usted primero, por favor —le dije haciendo yo esta vez el gesto con la mano.

Me sorprendió el tamaño de la estancia, casi parecía un apartamento estilo *loft* años noventa. Dos enormes ventanales dejaban que la luz inundara los casi treinta metros cuadrados del cuarto, a pesar de que estaban provistos de espesas cortinas estampadas medio recogidas y otras más traslúcidas, de tela blanca jaspeada, totalmente echadas unas contra otras.

Todas las paredes estaban decoradas con cuadros de distintos tamaños, la mayoría adquiridos en grandes superficies y algunos de ellos claramente inspirados en otras obras reconocidas de aquella década: la cabeza monumental de un elefante, la pareja de mujeres africanas con vasijas sobre la cabeza, tres bebés dentro de sendos

tarros metálicos de conservas. Tampoco lo recuerdo todo, era demasiado. La habitación tenía tres zonas bien diferenciadas; el dormitorio con su cama, dos mesillas, un pequeño armario y una cómoda, el comedor con una mesa, mantel y cuatro sillas, y la salita con dos sillones orejeros, una mesa para el café, el mueble bajo con la tele y un pequeño tocador repleto de fotos enmarcadas.

El suelo lo cubrían tres alfombras distintas, una para cada espacio, y en los techos lucían sendas lámparas, o plafones, mejor dicho, de diseños sencillos, pero a tono cada cual con el ambiente que iluminaban.

La directora debió de darse cuenta de mi sorpresa ante una estancia tan cuidada y personal.

—El señor Caña se encargó personalmente de decorar la habitación —dijo mientras se dirigía a la puerta que daba al cuarto de baño—. Él y su hija venían los fines de semana y siempre traían algún mueble, una alfombra… Esas cosas.

Tocó tres veces con el nudillo y una voz respondió al otro lado, sonando como enlatada.

—Un momento. —Se escuchó—. Salimos en dos minutos.

Beatriz se alejó hacia el centro de la pieza mientras seguía hablando sin parar.

—Hace tiempo que la señora Soler olvidó cómo hacer sus necesidades, usted me entiende.

Empecé a inspeccionar detenidamente los retratos que había junto al televisor mientras ella me contaba y yo asentía. La mayoría eran fotografías familiares, las más recientes no tenían menos de diez años.

—¿Cuánto tiempo lleva ingresada Montserrat? —le corté.

—No estoy segura —respondió después de una pausa—. Yo cumpliré ocho años trabajando aquí este verano, y para entonces la señora Soler ya residía aquí, ¿sabe lo que le quiero decir? Pero puedo consultarlo en los archivos del ordenador.

—No es necesario —le quité importancia—. Creemos que hará casi quince años… Supongo que será correcto.

—Supongo que sí —respondió y guardó silencio.

El golpe hizo su efecto y la directora se mantuvo en segundo plano a partir de ese momento, interviniendo solo cuando era necesario. Al poco, una auxiliar abrió la puerta del baño y sacó a una mujer bien vestida y peinada en su silla de ruedas. Saludó tímidamente y dejó a la anciana junto a la mesa del comedor, con la ventana de costado. Corrió un poco una de las cortinas y le dio un beso en la mejilla.

—Si necesitan algo, estaré en la habitación de don Marcelo —dijo dirigiéndose a su jefa. Luego se irguió del todo y, con una sonrisa, fue a salir de la habitación—. Hoy tiene un buen día la señora, está *charraora* —remató antes de irse por la puerta.

Beatriz se acercó a la residente y le puso una mano en el hombro para que se diera cuenta de su presencia.

—Han venido a verla, señora Soler —le dijo—. Un hombre de la Guardia Civil quiere hablar con usted.

Montserrat hizo un gesto de molestia con la cara y un aspaviento con la mano izquierda, levantó la vista y pasó de largo la figura de su cuidadora, fijándose directamente en mí.

—¿Carmelo? —me dijo confundiéndome—. ¿Ha venido la chica contigo?

La directora se apartó un paso y yo cogí una de las sillas para ponerme frente a la madre de María.

—No, Montse —le dije una vez sentado—. María no ha podido venir.

—Bah, siempre igual —dijo abriendo mucho la boca, decepcionada —. La semana pasada fue mi santo y ni siquiera vino a felicitarme. Y tú, ¿cómo estás, rey?

—Estoy bien, Montse, estoy bien. —Alargué una mano con cuidado hacia el regazo de la mujer, ella la tomó entre las suyas y empezó a apretar y manosear—. Tengo algunas preguntas que me gustaría hacerle, señora Soler. ¿Le importa?

—Aquí estoy bien, Carmelo, ya te lo he dicho otras veces. —Se detuvo un instante para repasar con la mirada la estancia entera—. La comida es buena y los domingos hacen paella.

—¿Recuerda el día que ingresaron a su hija en Bétera? —probé suerte.

—Lo que pasa es que el *sopar* me lo traen demasiado temprano, ¿sabes? A mí me gusta más tarde, no cuando es de día aún. Que luego me voy a la cama y al rato me da el hambre.

Miré a la directora y ella me devolvió un alzado de hombros y una sonrisa vertical cargada de resignación. Lo intenté por otras vías, preguntando cosas más cotidianas o desviando el tema a lo que ella nos estaba contando, pero era como si su consciencia huyera de mis preguntas, de mi presencia en general.

Aunque me trataba como a su difunto esposo, creo que en el fondo era consciente de que no lo era, que tampoco era de la familia o un amigo de esta. Y ni una sola vez obtuve una respuesta mínimamente acorde a lo que yo iba diciendo.

A los diez minutos lo dejé por imposible y le dije a la directora que, por favor, se sentara donde yo estaba. Hizo lo que le pedí y siguió ella hablando con la anciana. Aproveché ese momento para continuar con las fotografías, esta vez las del tocador de la zona de la salita, que eran las más antiguas.

Entre más de quince fotos enmarcadas en estaño, fibra, madera y plástico hubo una que me llamó la atención. Era un retrato de su hija en bañador, exterior, con muchísima luz. La niña que fue María Caña sonreía a cámara mientras sostenía un flotador redondo contra el costado.

Estaba ella sola y el entorno que la rodeaba era bastante agreste; al fondo se distinguían enormes pinos y arbustos en lo que parecía la falda de un monte con buena escarpa, y en la parte derecha, entre ella y el monte, se distinguía parte de un edificio de dos plantas. Las ventanas estaban recortadas en el encuadre y en la zona que sería el suelo, rodeada de una verja azul, había un depósito de gas butano de los grandes, al menos tendría mil litros de capacidad. Destacaba también que la planta baja, en la que se encontraba encuadrado la mitad del cercado de la enorme bombona de gas, parecía totalmente diáfana y sin paredes. Se veía un pilar desnudo, revocado con cemento pintado de color vainilla, que comunicaba el suelo con el forjado de la planta primera.

Mi subconsciente me dijo que me quedase ahí, en aquella fotografía tomada hacía por lo menos veinticinco años. Estaba enmarcada en un soporte sencillo, de plástico blanco, lo cogí y me acerqué a la ventana con él en la mano. Algo familiar para mí se asomaba en aquel retrato: aquel edificio, el depósito de gas, la pendiente del monte al fondo de la fotografía que dejaba entrever

rocas grises y desnudas, salpicadas de líquenes o verdores entre los árboles y la maleza.

—Disculpe, señora Reyes —dije de pronto.

Me acerqué dos pasos a ellas. Montserrat le estaba contando sobre un viaje que hicieron su marido y ella a Córdoba, cuando eran jóvenes. Beatriz desvió la mirada hacia mí mientras la residente continuaba hablando, sin darse cuenta de la falta de atención de la directora. Sentí un poco de tristeza.

—¿Podría intentar que le contase algo de esta fotografía?

—¿Qué quiere saber?

Terminé de acercarme y le entregué el marco con la foto.

—Me gustaría saber de cuándo es. Sale María siendo muy joven, saber qué edad tenía entonces sería también útil.

Me aparté un poco sin parar de darle vueltas al lugar de la imagen: yo había estado en ese sitio antes o en alguno muy parecido. Quizá en un caso, en una excursión con Sofía o con mis amigos, con mi padre… Tuve la sensación de tener un *déjà vu*, pero sin lograrlo del todo.

—La niña no había nacido, *filla*, estábamos recién casados.

Es todo cuanto Montserrat Soler dijo en referencia a la fotografía de su hija en el tiempo que seguimos con ella aquella tarde. Tampoco se dignó a mirarla mientras hablaba; tenía la vista al frente, haciendo contacto visual con la directora porque, supuse, era quien tenía delante. Ella siguió contándonos con detalle aquel viaje a la capital cordobesa en su luna de miel, sin bajar el rostro hacia el retrato de su hija, que descansaba en el regazo de la señora Reyes.

Cuando nos despedimos, sin embargo, comenté que me gustaría llevarme la foto conmigo, a lo que Montserrat Soler reaccionó

inclinándose y cogiéndola de encima de las piernas de la mujer que tenía delante. Se recostó con el marco contra el pecho y miró a Beatriz con tristeza.

—La niña no había nacido aún, estábamos recién casados.

—No se preocupe, Montse —reaccionó la directora—. La foto se quedará con usted.

—María no había nacido —repitió Montserrat—. Nos fuimos Carmelo y yo en el coche nuevo —empezó—, tardamos dos días en llegar porque paramos en un pueblo de Jaén… ¿Cómo se llamaba?

La señora Soler no se atrevía a girarse para mirarme, ni siquiera con los ojos. Entendí que poco había que hacer, al menos por ese día, así que intenté una última cosa antes de salir de allí. Podría volver otro día o decirle a Ortuño que lo hiciera ella.

—Disculpe, señora Reyes, ¿me permite que me siente?

La directora se puso en pie y yo saqué el teléfono móvil. Tomé asiento y no miré directamente a la cara de Montserrat, sino a sus piernas, a su vestido de palmeritas verdes y azules, y luego a sus manos.

—Le pido disculpas, señora Soler —le dije con una sonrisa levantando los ojos—. No voy a llevarme la foto de su hija, no se preocupe.

La mujer cambió el rictus, me miró y aflojó la presa que le había hecho al retrato.

—Pero quizá sí pueda hacerle una fotografía con mi teléfono. ¿Le parece bien?

Montse parpadeó tres veces y se giró hacia su cuidadora.

—Claro que puede —dijo la señora Reyes—. No pasa nada por una foto, ¿verdad?

La anciana se lo pensó cinco segundos y accedió, dándole la vuelta a la imagen y acercándomela un poco. Saqué tres fotos rápidas y guardé el móvil.

—Muchísimas gracias, Montse —le dije apoyando la punta de los dedos de una mano sobre sus rodillas—. No la molesto más.

—¿Ya te vas, Carmelo? —Volvió a cogerme la mano—. Dile a la *filla* que venga a la próxima y que me lea una de sus historietas.

Me despedí como pude y aprovechamos que estaban repartiendo la merienda para salir de la habitación. Beatriz Reyes me acompañó hasta la puerta, diciéndome que ahí estarían para lo que se pudiese ayudar.

—Muchas gracias —le dije—. No descartamos que tenga que volver más adelante. Yo o una compañera.

Cerré la puerta con cuidado y me dirigí al coche una vez más, buscando el tabaco por mis bolsillos. Me senté con la puerta abierta y desbloqueé el teléfono para examinar las fotografías una vez más. No vi nada nuevo en el rato que me costó fumar aquel cigarro, así que lo apagué, cerré la puerta y arranqué poniendo rumbo al cuartel. Había un informe psiquiátrico que leer e informaciones nuevas que reordenar.

Pude sentir que estábamos cerca.

11
Quien no arriesga no gana

Martes, 1 de abril de 2025

Aquella noche no dormí bien. Para ser honestos, apenas si conseguí conciliar el sueño dos horas pues el caso de Rosa Grillaud me rondaba sin cesar en la mente, obligándome a permanecer despierto, pero sin ofrecerme algún atisbo de luz, sin algo a lo que agarrarme o a lo que seguirle la pista.

La fotografía de María Caña siendo niña me visitaba constantemente, y, en numerosas ocasiones, me encontré tumbado en la cama, a oscuras, con el teléfono en la mano y aquella imagen emitiendo desde la pantalla rectangular.

Hice esfuerzos en las últimas horas para no cerrar los ojos, a pesar del cansancio acumulado, y en cuanto dieron las nueve de la mañana llamé a Sofía.

Para entonces ya había desayunado, pasado por la ducha, afeitado y vestido, y llevaba dos cafés más, además del que había tomado con el desayuno.

—¿Qué pasa, Mateo? —saludó mi exmujer al descolgar.

—Necesito preguntarte algo, Sofía —le dije sin más—. Llevo dando vueltas a algo toda la noche y hace un rato largo que me he dado cuenta de una cosa que dijiste el sábado.

—A ver, cuéntame.

Se notaba por el ruido que Sofi estaba en la calle. De fondo se escuchaban los gritos y las risas —también algún llanto— de una multitud de niños entrando en el colegio.

—¿Recuerdas la chica de la fotografía? La pesada que se os pegó en aquella *rave*.

—Sí, claro —respondió ella mientras caminaba hacia su vehículo.

En ese momento oí cómo entraba en él y cerraba la puerta. Se hizo el silencio a su alrededor y pude escuchar mejor su voz.

—¿Qué quieres saber, Mateo?

—Me parece recordar que dijiste algo así como que estaba acampada o que vivía cerca… ¿Estoy en lo cierto o me lo estoy inventando?

—No, no sé —dudó—. Llegaba en bicicleta cada tarde, al menos hasta que apareció la Guardia Civil e impidió que nadie más entrase en la fiesta. —Se tomó unos segundos antes de continuar—. Recuerdo que la dejaba encadenada en el enrejado que teníamos frente a las tiendas, y que ella siempre aparecía sudada y bastante sofocada.

—¿Sabes si os dijo de dónde venía?, ¿si tenía una casa familiar o algo por el estilo?

—N-no, la verdad es que no. Recuerdo que nos contaba las cosas que había hecho por la mañana, antes de llegar a la acampada, con nosotras. También que presumía de darse baños matutinos en una piscina o en el río… Por eso supuse que estaba alojada en algún sitio no muy lejos. Pero tampoco le dimos demasiada importancia.

Sofía puso en marcha el motor de su coche y empezó a conducir.

La conversación se volvió un poco más pausada, difusa por la atención de ella puesta en el tráfico de la mañana.

—¿Tienes ensayo? —le pregunté, por curiosidad.

—No, qué va —dijo ella después de unos segundos de silencio—. Esta tarde tenemos un bolo en Cartagena, así que a mediodía salimos para allá. Hemos quedado a las diez para preparar todos los instrumentos y demás. A los gormitis los recogerá mi madre, hoy se quedan en el comedor.

Tuve la tentación de decirle que iría yo a por ellos, pero luego recordé que no iba a ser posible mientras estuviésemos con el dispositivo montado en el cuartel. Mis compañeros ya estarían preguntando por mí, al igual que Peñalver, si es que estaba también en el trabajo.

—Entonces ¿no recuerdas nada más?

—No, la verdad —dijo mientras el tictac del intermitente hacía de banda sonora—. Me has pillado a pie cambiado, Mateo, pero, si recuerdo algo más, ten por seguro que te lo haré saber. ¿Trabajas hoy?

—Sí, estoy a punto de salir de casa.

Se me ocurrió una idea y la pensé dos veces antes de exponerla.

—Oye, ¿te puedo pasar una fotografía? Es de la sospechosa cuando era niña. Hay algo en ella que me resulta tremendamente familiar.

—Sí, claro. La veré cuando llegue al conservatorio, ¿vale?

—Genial, gracias. Échale un ojo, a ver si a ti se te ocurre algo.

Nos despedimos con un «hasta luego» y yo no me entretuve mucho más. En el cuartel me encontré con el equipo al completo metido ya en la investigación; el jefe no había llegado aún.

No había noticias nuevas. Las llamadas entrantes en el teléfono de la señora Vega habían sido totalmente anodinas y, en el caso de

María Caña, la noche anterior, ni siquiera se había dignado a encender su teléfono para subir un relato o un fragmento, lo cual me resultó un tanto preocupante.

Ninguno de mis compañeros supo decirme de dónde podría ser aquella fotografía que me estaba martirizando, a nadie le sonaba, así que desistí por el momento en darle más vueltas al asunto y tomé el relevo del cabo Salcedo frente a las pantallas.

Estaba estudiando los posibles hábitats de la planta conocida como *Datura stramonium*. Por lo que pude leer, es una especie que prolifera en gran cantidad de lugares de todo el globo terráqueo y que, ya en la antigua Roma, era conocida como medicamento o droga curativa. Una de las primeras dataciones la hizo un tal Dioscórides en su obra *De materia medica*, cinco volúmenes que recogieron más de seiscientas especies medicinales, entre ellas la mandrágora y el estramonio.

Me leí el artículo entero por mera curiosidad y afán de aprender algo más, y me sirvió para saber que aquella droga era muchísimo más común de lo que uno podría haber imaginado en un principio.

Íbamos a bajar a la cantina para almorzar cuando me llegó un mensaje de Sofía. Era un texto corto escrito rápidamente, lo cual me indicó que ya estaban a punto de subir al autobús, rumbo a la Región de Murcia.

«He mirado esa foto más de diez veces y estoy convencida —decía el mensaje—. Lo del fondo parece ser Roma y el edificio creo que es el principal de las colonias, en Venta Mina».

Hubo una explosión repentina en mi mente.

Una ráfaga de imágenes se sucedió delante de mí, atrayendo escenas pretéritas de veranos con las bicis y las vespinos. De baños en el río, de recoger espárragos en las riberas, de colarnos en las instalaciones de los chiquillos cuando no había campamentos ni vigilante alguno. Claro que conocía aquel lugar. Había pasado con el coche por la puerta el mismo día que apareció el cadáver de Rosa en la cementera, al bajar de los molinos y salir a la autovía.

Abrí la foto una vez más y entonces lo reconocí. No había duda. Aquel lugar fue, desde los años sesenta hasta hacía no mucho, un campamento de escolares para el conocimiento del entorno y la naturaleza. Me atrevo a asegurar que, incluso, llegó a disponer de un pequeño observatorio astronómico.

No estaba seguro de qué función cumplía en esos momentos, pero creí recordar que hacía años que había dejado de ser utilizado como colonias juveniles, tras la disolución de la CAM, la Caja de Ahorros del Mediterráneo, y había pasado a manos gubernamentales.

Levanté la cabeza para comunicarlo al resto del equipo, pero me encontré con que estaba completamente solo. Me habían dejado allí, al mando y control de la sala, para bajar a tomar el bocadillo. El ansia empezó a atacarme, de modo que, como no se debía dejar los equipos a solas en mitad de una investigación con escuchas telefónicas, decidí darles diez minutos más a los compañeros antes de telefonear a Verdú.

—Sí, mi sargento, ¿pasa algo? —respondió Rodrigo con la boca medio llena.

—Sí que pasa —le dije, apresurado—. Tiene usted cinco minutos para personarse en el despacho, listo para salir otra vez a campo.

—A la orden, mi sargento —reaccionó sin disimular el entusiasmo.

—Que el resto del equipo se ponga también las pilas y suban todos *ipso facto*. Es una orden.

Colgué, me puse la chaqueta y bajé a la garita donde se guardan las llaves de los vehículos. Tomé las del mismo que habíamos estado utilizando esos días, firmé el acta de registro y volví a subir a la sala. El equipo ya estaba allí, expectante. Les puse al corriente de lo averiguado y dejé indicaciones para que estuviera preparado un dispositivo de asalto, por si fuera necesario.

—Usted se viene conmigo —le ordené a Verdú—. Nos aseguraremos de que el tiro no está errado antes de movilizar a nadie más. El resto dispongan todo para una salida de carácter urgente, en el caso de que demos el aviso. Les pasaremos la ubicación exacta en cuanto estemos en el lugar.

—Ya la tengo, mi sargento —interrumpió Ortuño, que estaba sentada frente a su ordenador—. Se trata del CEMA Venta Mina, ¿verdad?

Asentí.

—Lleva cerrado desde 2015, al parecer —continuó la cabo—. Por lo visto, se iniciaron unas obras de restauración tras la caída de la CAM que no se llegaron a terminar. El edificio parece estar abandonado desde entonces, así como las instalaciones que lo rodean.

Le di las gracias a la compañera y salimos sin decir mucho más.

—Hoy conduzco yo —le dije a Rodrigo al llegar al patio—. Sé exactamente dónde tenemos que ir y le necesito libre para las comunicaciones. ¿Llevamos chalecos en el maletero?

—No, mi sargento. Al menos no en el vehículo de estos días.

—De acuerdo. —Me paré un segundo frente a la puerta del conductor—. Pase por armería y traiga dos —ordené—. Dese prisa, yo le espero con el motor en marcha, en la calle.

Le costó bien poco aparecer con los chalecos y subirse al coche. Metí primera y salí casi chillando rueda de la ciudad. Si mi intuición no me engañaba, nos dirigíamos a la guarida de una asesina y posible secuestradora, y, de ser ciertas nuestras sospechas, la vida de un hombre y su hija de ocho años estaban pendientes de un hilo. No podíamos permitirnos ni un segundo de respiro. El tiempo corría en nuestra contra.

Nos incorporamos a la autovía de Madrid y atravesamos la región como un torpedo. Decidí remontar la meseta sin abandonar la vía y salimos a la carretera vieja ya estando arriba, en la salida que indicaba VENTA L'HOME, CASA DE POSTAS S. XVI. Una vez en la nacional, continué un poco más al oeste, para volver a pasar por debajo de la A-3; es por ahí por donde se accede a la finca perteneciente a las antiguas colonias escolares. Detuve el coche en el arcén, apagué el motor y bajé, cerrando con cuidado la puerta. Mi compañero me imitó con los chalecos en la mano. Dejó uno sobre el capó y comenzó a colocarse el otro.

—¿Es aquí, mi sargento? —dijo en voz baja.

Apenas pude escucharlo porque el ruido de los camiones y vehículos que pasaban a toda velocidad a escasos metros de nosotros lo abarcaba todo alrededor. Pero fue suficiente para entender lo que decía.

—Sí, lo es.

Señalé un poco más arriba de la rampa que daba acceso al carril de incorporación a la vía, de vuelta hacia el litoral.

—Vamos a echar un vistazo a la puerta —añadí—. No accederemos por aquí, pero quiero ver qué hay de entrada al recinto. Guarde eso.

Señalé el chaleco, que, por el momento, no pretendía ponerme. «Cuando estemos abajo me lo pongo, ya lo entenderás», dije para mí.

El recinto tenía una entrada principal, esa a la que nos estábamos acercando, pero también había otras dos portezuelas al otro lado que daban al río, al paraje conocido como Roma, en la parte baja del valle. Era por ahí por donde pretendía acceder, más adelante. Caminamos por el arcén unos treinta pasos y una verja negra de hierro de dos metros de altura nos dio la bienvenida.

Me acerqué pegado al ribazo, buscando cámaras de seguridad o cualquier signo de vida o movimiento. No vimos nada, así que llegamos al portón para comprobar que el bombín de la cerradura había desaparecido, a saber cuándo. En su lugar, una cadena gruesa abrazaba las dos hojas de la verja y se cerraba con un candado colgado por dentro. A su derecha, enmarcada en un arco hecho de obra había una puerta de acceso peatonal, completamente atrancada por el óxido y la dejadez.

—¿Saltamos? —preguntó Verdú, visiblemente alterado.

—No, tranquilo —susurré—. Solamente quiero ver qué hay, nada más. Ya se lo he dicho.

Junto al acceso a las instalaciones, en la parte exterior, había un pequeño edificio rectangular de una sola planta, que, en su día, haría las veces de recibimiento a los chiquillos y visitantes. Todo el suelo a su alrededor estaba repleto de pinocha, hojarasca y residuos

naturales, lo cual me hizo saber que hacía bastante que no se le daba uso.

En la fachada, junto a una puerta de garaje, se había dejado un montón de arena de obra; algunos yerbajos asomaban altos y delgados, arraigados en la arena. Al otro lado de la cancela había abandonadas una hormigonera eléctrica y algunas herramientas pertinentes. En mi cabeza todo iba encajando.

Me atreví a asomarme un poco, por no decir del todo, y comprobé que el contador eléctrico seguía funcionando. Desde ahí se podía ver la luz azul que indica que hay tensión, de modo que el recinto no estaba del todo dejado.

—Tiene luz —informé—. Es extraño.

Verdú asintió sin moverse de su sitio. Había desenfundado y sujetaba el arma mano sobre mano, apuntando al suelo.

—Guarde eso, por Dios —le ordené—. Vamos a volver al coche y buscaremos otra forma de entrar.

Sabía que, de haber saltado la valla y continuado por el camino de entrada, tendríamos que haber caminado unos trescientos metros cuesta abajo hasta llegar al edificio principal, a riesgo de ser vistos.

Subimos al coche e hice ahí mismo la maniobra para volver por donde habíamos venido, salí de nuevo a la carretera, pasando por debajo de la autovía, y giré a la derecha.

Entre una salida y otra existía un túnel que daba acceso al mismo lado de la autovía que el campamento escolar, pero esta vez a parcelas privadas en las que, aquí y allá, brotaban pequeñas casetas de monte apenas utilizadas fuera de los periodos vacacionales. Detuve el vehículo, metí el freno de mano y, entonces sí, bajé y comencé a ajustarme el chaleco.

—Iremos por aquí —le indiqué al cabo—. No tengo ni idea de cómo estará la senda porque hace más de veinte años que no vengo, pero tenga en cuenta que la pendiente es pronunciada, resbaladiza. Repleta de zarzales y maleza.

Verdú asentía con el gesto seco, revisando las correas de su protección y el cargador de su arma reglamentaria.

—¿Ha pasado ya la ubicación?

—Sí, mi sargento. Ortuño tiene la localización y me acaba de escribir diciendo que el equipo estará listo en cinco minutos.

—De acuerdo, dígale que se esperen a que demos el aviso. No vamos a movilizar a nadie hasta estar seguros de que es aquí.

Rodrigo volvió a su teléfono y escribió a su compañera mientras yo me acuclillaba para abrochar fuerte los cordones de mis botas.

—¿Listo? —pregunté.

Mi cabo respondió arrugando la cara y cerrando los puños, y encabecé el descenso sin mediar más palabra.

La última vez que había caminado por aquel sendero yo tendría unos dieciséis años, creo recordar. Fue un verano que nos dio por explorar lugares abandonados y lejanos al núcleo urbano, y me acuerdo de que subimos allí varias veces porque las instalaciones estaban en desuso, pero la piscina seguía estando llena de agua, era toda entera para nosotros solos. La adrenalina de allanar una propiedad sin permiso le daba al hecho un toque adictivo de aventura.

Aquel día, sin embargo, la adrenalina era bombeada a mi sistema circulatorio por un motivo bien distinto. El peligro se palpaba real, inminente, y en el fondo rezaba para que no pasara nada si llegábamos a encontrar a nuestra sospechosa allí dentro.

La senda descendía por el mismo lugar de antaño, solo que, esta vez, toda la maleza había desaparecido casi por completo. Se podía distinguir perfectamente por dónde y hasta qué altura había llegado el agua, meses atrás, a finales de octubre del año anterior, cuando la dana descargó un mar de agua durante casi veinticuatro horas seguidas. Sin tregua ni piedad. Rocas del tamaño de casas de dos plantas habían rodado desde vaya usted a saber dónde y lo habían machacado todo a su paso hasta detenerse contra un talud del barranco o hasta encajar en un agujero que antaño había sido una charca.

Según íbamos bajando podíamos ver a nuestra derecha las instalaciones de las colonias: dos canchas de baloncesto, un par de campos de futbito, algunas huertas parceladas dejadas de la mano de Dios y el edificio principal con su fachada color vainilla.

Todas las persianas de la pared que daba al este, de frente a nuestra posición, estaban religiosamente bajadas, así que me tranquilicé ante la idea de que pudiéramos ser descubiertos antes de tiempo.

Seguimos el descenso hasta llegar a un rincón coronado por tres de esas enormes rocas que tuvimos que escalar primero y saltar después para acceder al río Buñol, propiamente dicho. Allí el paraje era, al mismo tiempo, desolador, imponente y hermoso. El talud por el que se accedía al río desde las instalaciones había desaparecido dejando al desnudo la roca calcárea en estado vivo, la vegetación a ambos lados de la corriente había quedado simplificada a algunos pinos grandes y algarrobos; el resto estaba limpio, como si una brigada de empecinados forestales se hubiera encargado de despejar la zona, arrancando hasta el más mínimo arbusto y

llevándose todo lejos de allí. Solo la hierba en los ribazos y algunas cañas jóvenes despuntaban a la vista.

El río en sí había crecido, y mucho. Tanto en caudal como en anchura. Recordaba que había dos pequeñas charcas que se formaban ahí mismo, en las que uno se podía dar un chapuzón sin demasiado peligro, pues apenas si cubrían un metro y medio de profundo. Pero nos encontramos con que una enorme horadada inundada reinaba en mitad del valle, impidiendo el paso que antaño hubiera para alcanzar el otro extremo, allí donde estaban las vías del tren que comunicaba Valencia con Madrid.

Desde allí se podía ver uno de los túneles de aquel tren que, en ese momento, estaba fuera de servicio.

Nos impactó comprobar que la entrada se hallaba taponada por grandes rocas, fango y vegetación muerta. Pero ver aquella garganta formada entre el monte y la roca casi vertical de Roma totalmente despejada, repleta de agua, de charcas titilantes a la luz del sol, me produjo en cierto modo una sensación de paz, como si aquel paraje que solo los del pueblo conocemos hubiera vuelto a un pasado muy lejano.

Nos detuvimos en el lugar en que deberían haber estado las escaleras hechas de madera para acceder a la parte trasera del complejo, justo debajo de una caseta de avistamiento de fauna que había sobrevivido a la riada.

—Deberíamos subir por aquí —le dije a mi compañero—. El problema es que no sé cómo demonios lo vamos a hacer… No esperaba encontrarme con esto.

Un poco más arriba de la caseta de madera estaba el alambrado, perfectamente visible y bien conservado, y una puerta cerrada daba

acceso al interior del recinto. Desde nuestra posición se veía que no tenía cerradura ni candado, de modo que sería bien sencillo entrar por allí, aunque no tanto alcanzar aquella altura. Nos pusimos en marcha y empezamos a trepar de la manera que pudimos.

Fue Verdú quien subió primero, agarrándose a algunas raíces que habían quedado al aire con el desprendimiento y pegando el cuerpo contra la porción de tierra casi vertical. Le costó unos cuantos resbalones y se llevó algunos rasponazos en brazos y piernas, pero finalmente logró llegar a la chabola de avistamiento.

—Espere ahí un momento —me dijo sacudiéndose parte de la tierra que llevaba en la ropa—. Ahí detrás hay una cuerda.

El cabo Verdú accedió al interior del vallado y, efectivamente, regresó con un ramal de algo más de dos metros en las manos. Era una cuerda gruesa, bastante vieja, un tanto descompuesta por el paso del tiempo y la humedad, pero sirvió para que me ayudara de ella para subir junto a mi compañero.

—El equipo no vendrá por aquí, ¿verdad, mi sargento?

Sonreí con ironía y no medié palabra ante ese comentario. No dejaba de sorprenderme el humor que mantenía vivo mi joven ayudante en situaciones escabrosas.

—Vamos —respondí—. Tenemos que acercarnos sin ser vistos, así que mucho ojo, mi cabo.

Por fortuna, el terreno del interior no había sido arrasado por el agua y tampoco cuidado en varios años, de modo que pudimos avanzar protegidos por carrascas jóvenes y aliagas espinosas que crecían de forma salvaje en todo el panorama. Remontamos la corriente de un reguero que parecía venir directamente de la parte alta del monte y que mantenía bien húmeda la tierra que pisábamos.

—Mire esto —advirtió Verdú.

Estaba agachado junto a una planta de varios tallos erectos y bien firmes. Las hojas eran espinosas y en una de sus protuberancias nacía una flor blanca, de cinco dedos de longitud con forma similar a la de la bocina de un viejo gramófono.

—¿Es lo que creo que es? —pregunté.

—Estramonio —respondió—. Al parecer por aquí se dan bastante bien de forma salvaje.

Señaló alrededor varios brotes que emergían del suelo, aún sin flor, pero perfectamente diferenciados de otras plantas por el color y la forma de sus hojas.

—Sigamos —ordené—. Ya tendremos tiempo de recoger algunas muestras cuando todo esto acabe.

Continuamos el ascenso y nos detuvimos a unos cuarenta metros de la gran casa que presidía el lugar. Comprobamos que, en la primera planta, en la cara sur del edificio, había tres ventanas que tenían las persianas subidas o a medio subir. También había un vehículo estacionado no muy lejos, debajo de una pequeña arboleda que sobrevivía en mitad de la grava que la rodeaba.

Era un Ford Orión azul. No se veía la matrícula desde nuestra posición, pero era indudable que se trataba del coche del difunto Carmelo Caña.

—Avisa a Ortuño —le dije entre susurros—. Es aquí, no hay duda.

Desenfundé mi arma y me dispuse a avanzar hasta la puerta principal del colegio. Me aseguré de que mi compañero había terminado con el mensaje, de que estaba listo, y salimos de nuestra cobertura todo lo rápido que fuimos capaces sin hacer ruido. Una vez debajo de los soportales de la entrada, nos relajamos un poco.

No se habían escuchado señales de alarma ni tampoco llegamos a ver movimiento, con lo que supusimos que aún manteníamos el factor sorpresa a nuestro favor.

Nos colocamos a ambos lados de la puerta principal con la intención de entrar por allí, pero estaba cerrada. Busqué mis ganzúas y empecé a manipular la cerradura mientras Verdú, en pie y atento, vigilaba el entorno por si alguien se acercaba o nos veía.

Al cabo de unos minutos conseguí que el bombín girase con un chasquido, pero la puerta seguía sin abrirse, seguramente debido a un pestillo echado por la parte interior. Había que buscar otra forma de entrar.

—Nos dividiremos —decidí sacando mi teléfono del interior de la chaqueta—. Ponga el teléfono en silencio.

Rodrigo hizo lo que le dije y entonces marqué su número.

—No hace nada —dije sin pensar demasiado.

—No, claro, jefe —respondió él, un tanto confuso.

Colgué.

—Active la función de vibrador. Así, si le llamo, sentirá que lo estoy haciendo. Yo también lo tengo activado.

El cabo Verdú se apresuró a obedecer y guardó el móvil en uno de los bolsillos del pectoral del chaleco.

—Perfecto —dije haciendo lo mismo que él—. Vamos a separarnos. Usted por allí, yo por este lado. Seguramente habrá otras puertas de servicio, a las cocinas o a otra parte de las instalaciones.

—¿No había estado usted antes aquí? —quiso saber mi compañero.

—Sí, pero no entrábamos en el edificio. Veníamos a hacer maldansaos, a bañarnos en la piscina y esas cosas. Nunca nos acercamos al colegio, al menos yo no lo hice.

—De acuerdo, vamos.

Verdú me dio la espalda y se alejó con el cuerpo solapado a la pared, en busca de una puerta o una ventana por la que entrar.

Yo hice lo mismo en sentido contrario.

Avancé imitando a mi compañero, pegando todo lo posible el cuerpo contra el muro. Fui comprobando cada una de las ventanas y giré a la derecha al llegar a la esquina del edificio. En ese momento pude escuchar un grito ahogado en el interior, en algún punto sobre mi cabeza. Mi teléfono no tardó ni diez segundos en vibrar.

«¿Lo ha oído?», decía el mensaje.

No quise responder y continué avanzando, esta vez más agachado y con el arma en ristre. Cuando alcancé la parte trasera, Rodrigo me estaba esperando ya en el interior. Efectivamente había una puerta de servicio y, gracias a Dios, estaba abierta. Verdú sujetaba la hoja con el pie y me hacía señas para que le alcanzara.

—¿Lo ha oído? —repitió una vez que estuvimos juntos.

—Sí, viene de dentro, puede que de arriba.

Nos adentramos en la casa y accedimos a una especie de despensa enorme. En dos de las paredes laterales había sendos frigoríficos industriales de acero inoxidable y pronto nos dimos cuenta de que uno de ellos estaba en marcha, pues el ronquido característico rompía el silencio, acompañando nuestras respiraciones agitadas.

Verdú abrió la puerta de la nevera; dentro había algunas pizzas de supermercado, embutido empaquetado, manzanas y dos blísteres de

yogur de sabores. Estaba claro que alguien vivía en el edificio. Salimos a un recibidor sin detenernos demasiado para comprobar que había varias puertas cerradas en aquella planta baja. Unas escaleras comunicaban con la superior y la luz del día entraba por los ventanales del vestíbulo.

—Voy arriba, usted registre esas puertas.

Rodrigo asintió en silencio y empezó a acercarse a la puerta más cercana a nosotros. Yo, por mi lado, rodeé la barandilla y empecé a remontar los escalones, uno a uno, evitando hacer ruido y rezando para que ninguno de ellos crujiera bajo mis pies.

Tuve suerte, alcancé la primera planta sin provocar sonido alguno y me vi ante dos puertas cerradas, una a cada lado del rellano. Eran puertas de aspecto rudo, robusto. En su día estuvieron pintadas de blanco, pero el vandalismo las había convertido, al igual que las paredes adyacentes, en un retablo de iniciales torcidas y dibujos de órganos sexuales mal pintados con espray.

Sobre los umbrales de cada una de ellas había un pequeño cartel que rezaba CHICAS a la izquierda y CHICOS a la derecha. La intuición me dijo que probara con la femenina, que, además, era la más cercana a mi posición. Llegué a la puerta, me solapé a la pared y, con muchísimo tiento, comencé a abrirla. El pomo giró y la hoja se despegó del marco con un leve chasquido.

Algo se movió dentro de aquella estancia. Escuché un ruido metálico y las patas de una silla siendo arrastradas por el suelo. Me incorporé de golpe y terminé de abrir, entrando con el arma en alto, bien sujeta con las dos manos.

Puedo describir ahora lo que había dentro porque, más tarde, tuve el tiempo para observar y analizar la escena. De entrada, mis ojos

solamente captaron la figura de la sospechosa cortando con un cuchillo unas cuerdas atadas a las barras de una litera que mantenían inmóvil a una niña de pelo castaño enmarañado, cara sucia, un tanto famélica y ojos muy abiertos por el susto que llevaba encima. Mi pituitaria registró un fuerte olor a falta de higiene, a orines resecos y heces, a comida en estado de putrefacción que había desperdigada por algunas de las camas.

Contuve el aliento por un segundo, debido al olor y a la tensión del momento. Me vi en la obligación de afinar la puntería.

A su lado, en otra litera, el cuerpo aparentemente dormido de un hombre, atado de manera rudimentaria por las cuatro extremidades, permanecía echado, inmóvil. También había una mesa de escritorio frente a una de las ventanas, y sobre ella reposaban varios cuadernos, lápices de colores y hojas sueltas, todo ello rodeando un ordenador portátil abierto, encendido y conectado a uno de los enchufes de la pared.

Las zonas de la pared que cercaban el escritorio estaban repletas de notas pinchadas en chinchetas y anotaciones hechas con rotulador, directamente sobre el yeso amarillento.

—¡Alto, Guardia Civil! —Alcé la voz para cerciorarme de que mi compañero me oía.

María Caña mostraba un cuchillo cebollero apuntando a la fina garganta de la chiquilla. Le temblaba el pulso y boqueaba como un pez fuera del agua.

—N-no te muevas —consiguió decir—. No te muevas o le rajo el cuello.

Dio un paso atrás, sin despegarse de la niña, y agarró con la mano derecha un manojo de llaves que había en el escritorio. Acto

seguido echó a andar lateralmente, acercándose a la pared con la intención de salir de allí con la rehén.

—¡Apártate! —me gritó—. ¡He dicho que te quites de en medio, joder!

—Tranquila, María —respondí con toda la calma que fui capaz de reunir. No dejaba de apuntar a la mujer, pero abrir fuego habría sido demasiado arriesgado—. Estoy aquí para ayudarte.

—¿Para ayudarme? Estás aquí para volver a encerrarme, ¡no intentes engañarme!

María sostenía en vilo y contra el pecho el minúsculo cuerpo de Sara, que permanecía congelada por el pánico, con los ojos muy abiertos y la boca en una extraña mueca de pavor. Comenzó a moverse hacia mí y, por precaución, me adentré un par de pasos en la habitación para dejarle espacio, siempre con el arma en alto.

—Por favor, María —seguí intentándolo—, suelta a la niña. No le hagas daño y todo esto acabará enseguida, te lo prometo.

—¡Baja esa pistola, joder! —Estaba desbocada—. ¡Bájala ya mismo o la degüello aquí mismo!

Consiguió llegar hasta la salida y, sin dejar de enfrentarme, retrocedió hacia las escaleras que la llevarían al recibidor.

Una sombra se movió detrás de ella y, para que se confiara, relajé la postura y dejé de apuntarle, bajando el cañón hacia el suelo. La maniobra tuvo efecto porque María también aflojó la presa que mantenía sobre Sara y, en el momento en el que los pequeños pies descalzos de la niña tocaron el suelo, la culata del arma reglamentaria de Rodrigo golpeó fuerte y seco contra la sien izquierda de la sospechosa.

El porrazo fue efectivo y María se desconectó como un robot al que le cortan la corriente: cayó al suelo liberando a la niña del todo. Sara no se lo pensó dos veces y salió corriendo hacia la gran habitación comunitaria, saltó algunos trastos que había por el suelo y se abalanzó sobre el cuerpo de su padre, gritando «papá» y llorando con terror y desconsuelo.

Verdú inmovilizó a la mujer y llamó a la brigada para informar de la detención y del aparente estado de las dos víctimas. Yo, por mi parte, tardé casi un minuto en reaccionar. Enfundé el arma y me dispuse a atender las constantes vitales de Manuel Pérez Gimeno. Estaba con vida, pero totalmente ido por la droga que le había suministrado su secuestradora.

—Maldita seas —murmuré mientras iba soltando las ataduras de las muñecas y los tobillos—. Te hemos cazado, hija de puta.

Rodrigo se acercó a la niña y la sacó de allí.

—Me la llevo abajo, a la cocina —dijo—. Usted encárguese del padre y de la sospechosa. El equipo no tardará mucho en llegar.

—Pida también una ambulancia —le dije antes de que saliera—. Manuel está fatal.

Sentí flojera en las piernas. Esa debilidad que le ataca a uno cuando la lucha termina al fin, cuando de algún modo uno se permite relajar el cuerpo y la mente. Es ahí cuando todo el cansancio, toda la presión generada por el estrés acumulado se descargan de golpe sobre los hombros, contra la espalda, en las rodillas y los tobillos, en la base del cuello.

Necesitaba unas vacaciones, a poder ser en compañía de mis hijos. Peñalver me las debía.

12
Recomponiendo el puzle

Semanas después

La primera semana y media del mes de abril de aquel año la pasamos entre papeleos, recopilación de muestras y preparación del sumario con el juez y el fiscal. Cierto es que la mayor carga cayó sobre nuestro jefe, pero aun así Arturo necesitó de nuestra presencia en más de una y de dos ocasiones.

El viernes día 11 me despedí del equipo por quince días y cogí esas merecidas vacaciones. Dos semanas para disfrutar con mis hijos, con Empar, para visitar a mi madre en el pueblo y para remolonear a gusto allá donde me diera la santa y real gana.

Me incorporé al trabajo el lunes 28 y durante las sucesivas jornadas me estuve dedicando a labores de oficina. Fueron jornadas tranquilas en cuanto a homicidios, de modo que no tuve que salir a la calle para grandes casos ni investigaciones trepidantes. Los días fueron pasando y a mediados de mayo fuimos convocados para terminar la instrucción del caso Grillaud. Diez días más tarde dio inicio el juicio oral.

Cuesta acostumbrarse o, al menos, sentirse del todo cómodo con el silencio que permanece en la sala cuando entra el tribunal. Es un silencio distinto al del campo, al de la noche o al de un cadáver; es la respiración contenida de los vivos. Parecido a esa sensación que se genera en un concierto segundos exactos antes de que aparezca

la banda o el cantante esperados, pero al contrario. Todo es contención con un toque de furia.

El juicio a María Caña Soler empezó un martes gris, con el cielo de Valencia encapotado y denso. Yo estaba sentado en la segunda fila, detrás del fiscal, con Verdú a mi lado. Ambos íbamos de paisano; nos habían pedido presencia, no autoridad.

María entró esposada. No hizo un gesto de resistencia, pero se le mantuvieron los grilletes durante todo el tiempo que estuvo presente. Iba vestida con una chaqueta gris que le quedaba grande. La reconocí enseguida, aunque no era la misma que gritaba aquel día entre las camas revueltas y las paredes llenas de notas. Aquella mujer estaba vacía. No culpable ni inocente: vacía.

Caminaba recta, serena, sin arrogancia visible, sin remordimiento. Tuve la sensación de que en realidad estaba desconectada. No buscó a nadie, no miró a nadie que no le preguntase directamente. En la silla del acusado, parecía estar atenta a algo que no era lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

No tenía abogado propio, se le asignó uno de oficio. Un hombre joven, de buena presencia y porte. En cuanto abrió la boca, supe que no tenía ninguna fe en su caso.

Tampoco hubo víctimas presentes, ni familiares de estas, nadie vino a acompañar o despedirse de la acusada. Solamente representantes legales, miembros del tribunal, y trabajadores del Juzgado n.º 5 de Valencia. La soledad para María tenía forma humana aquella mañana.

El fiscal leyó la acusación con la frialdad de un acta de defunción:

—Dos homicidios consumados, uno en tentativa durante la detención. Secuestro con agravante de reincidencia y de especial

vulnerabilidad de la víctima menor. Administración de sustancias tóxicas y alteración dolosa del estado mental ajeno.

María no reaccionó. Ni tampoco parpadeó. Solo cuando mencionaron a Rosa Grillaud su respiración se aceleró. No por culpa, diría yo, sino por un recuerdo que la terminó de arrastrar fuera de la sala.

La defensa se limitó a un argumento: enajenación mental completa. La psiquiatra del Instituto de Medicina Legal confirmó que María padecía de esquizofrenia paranoide con brotes disociativos y episodios de delirio literario —así lo llamó, como si las palabras pudieran suavizar los efectos del horror que estaban nombrando—. El fiscal pidió la aplicación del artículo 20 del Código Penal, añadiendo internamiento prolongado. Ninguno de los presentes dudó de la peligrosidad de la acusada.

Tres informes distintos coincidían con el diagnóstico y la defensa hizo hincapié en el Instituto Valenciano de Salud Mental, que fue más allá diciendo que «la acusada actuó bajo una estructura psicótica consolidada, sin conciencia del daño ni capacidad para prever las consecuencias».

Yo declaré al final, cuando el tribunal ya tenía la cronología completa. Hablé de la investigación, de cómo fuimos hallando pistas, descartando sospechosos. Hablé de cómo encontramos a María, de la niña atada en la cama, de su padre, del cuchillo que la acusada no llegó a utilizar en mi presencia. Entonces, no sé por qué, añadí algo que no estaba en el informe que yo mismo había redactado para el juicio:

—No creo que quisiera matar —aseguré—. Ella creía que estaba escribiendo una historia, una fantástica, y que los demás éramos

personajes dentro de ella.

Cuando el presidente del tribunal leyó la sentencia, la sala parecía suspendida en otro tiempo. La resolución fue clara: absolución penal por inimputabilidad e internamiento en el Hospital Psiquiátrico Penitenciario de Fontcalent por un periodo mínimo de treinta años revisable, bajo custodia del Estado y con seguimiento judicial cada dos años.

No hubo condena, pero tampoco libertad.

La jueza dijo:

—Esta persona no es culpable en el sentido jurídico del término, pero su peligrosidad y su enfermedad hacen imposible su reintegración en la sociedad. El Estado debe protegerla y protegernos de ella.

Nadie aplaudió. Nadie lloró.

María se levantó sin ayuda cuando un funcionario le tocó el hombro, caminó con pasos cortos, obedientes, y desapareció por la puerta lateral. No se despidió.

Rodrigo y yo salimos después, sin decir palabra. Afuera el aire se arremolinaba, soplando frío y húmedo entre las piernas de las personas que iban y venían atareadas. Caminamos hasta el coche y, por un momento, tuve la sensación de haber vivido antes aquello, con aquel joven agente que quería alcanzar sus metas a golpe de serenidad. Sin duda era un gran compañero.

Esa noche no dormí mucho. Pensaba en lo que había dicho la jueza: «El Estado debe protegerla». Y pensé en Rosa Grillaud, en Ernesto Brizuela, en Sara, la niña, en su padre y en cómo ninguna ley puede equilibrar ese tipo de pérdidas y del dolor que causan.

A veces, cuando conduzco por la A-7 y paso cerca de Alicante, miro hacia el desvío de Fontcalent. Dicen que desde la carretera se ve la valla del hospital y, más allá, las ventanas con rejas blancas. Imagino a María Caña detrás de una de ellas, escribiendo sin parar, como si aún pudiera corregir la historia. Quizá en su mente Rosa sigue viva, hablándole. Quizá esté convencida de que todo forma parte del mismo relato, y, en cierto modo, puede que tenga razón.

13
Reencuentros

Viernes, 15 de septiembre de 2025

«No me gustan los cazadores, lo he dicho al principio, sobre todo porque cuentan sus aventuras. Es así como acabo yo de contaros las mías. Imploro, pues, vuestro perdón, amables lectores. No lo volveré a hacer.

Esta expedición será la primera y última, pero conservaré siempre su recuerdo. Por esta razón, siempre que veo un cazador seguido de su perro, la escopeta al brazo, no me olvido nunca de desearle buena caza; dicen que esa frase es de mal agüero».

Cerré el libro después de leer su final y me quedé pensando en la historia de Axel Lidenbrock y de su tío Otto. Estaba empezando a cogerle el gusto a la literatura de ficción y, sobre todo, a clásicos como aquel de Julio Verne que tanto le gustaba escuchar a la señora Soler. Dejé el volumen ilustrado sobre la mesilla, me levanté de la butaca y le di un beso en la frente.

—Hasta el viernes que viene, Montse —le dije en un susurro.

—Hasta mañana, Carmelo —respondió ella sin apartar la mirada del frente, como si yo (o el fantasma de su marido) siguiera sentado delante de ella.

Llegué al vestíbulo sin cerrar la puerta del cuarto y bajé por las escaleras hasta la planta baja, me despedí de la recepcionista y salí a la calle.

Lo primero que hice fue encenderme un cigarro antes de emprender el trayecto que me separaba del coche. Sentí una vibración en el bolsillo del pantalón justo cuando abría la puerta y me sentaba en el asiento del conductor. Era un número que no tenía registrado, de modo que lo dejé sonar mientras me terminaba el pitillo y repasaba la lista de la compra que debía hacer esa misma tarde. El lunes me tocaba recoger a los gormitis, pero ese mismo sábado Sofía iba a comer en casa de mi madre. Me llevaría conmigo a los chiquillos para pasar el fin de semana y aprovechar un poco más de tiempo con ellos.

El teléfono dejó de moverse, pero, en cuestión de un minuto, volvió a vibrar. Lo abrí y miré qué decía aquel mensaje proveniente del mismo número misterioso. No tardé nada en soltarlo de mala manera en el asiento del copiloto y poner rumbo al cuartel. Por desgracia, el deber nunca tiene fin.

Más tarde llamaría a Sofía para pedirle que, por favor, se encargara ella de los niños un par de días más.

Le prometí que se lo compensaría, como hacemos siempre todos.

Agradecimientos

Gracias a la gente bonita que lee, a quienes estáis ahí, aguantando el tirón, durante mi proceso creativo. Gracias por seguir queriéndome a pesar de que me vuelvo un poco idiota. No sé hacerlo de otro modo todavía, pero sigo trabajando.

En especial quiero agradecer a Cecilia Ruiz, a Esther y Teresa Estiballes, a Ana Perelló y a Alejandro Rincón, a Carmen Boyero y a Juan (ya tú sabes). Gracias a Daniel Perelló y a Peregrina, su madre, por darme ideas y por su entusiasmo lector.

Gracias a Pepe, de Homicidios, y a Lola, por su amabilidad, cortesía y buen recibimiento. Gracias por compartir conmigo tanta sabiduría. Y gracias a César David Carrón, por conseguirme su contacto. Eres una máquina desde que te conocí, siendo niños los dos.

Sin todos vosotros, esta historia no sería ni la mitad de lo que es.

Gracias de todo corazón.

A la memoria de Nacho Llácer Enjuto.

ELLA ESCRIBÍA NOVELAS, PERO NO IMAGINÓ SU PROPIO FINAL.



Cuando la escritora Rosa Grillaud es encontrada sin vida en una cementera abandonada, la policía sospecha que no se trata de un accidente, ya que su cuerpo muestra indicios de haber sido trasladado hasta aquel lugar recóndito. La autopsia evidencia el crimen: una fuerte contusión en el cráneo y signos notorios de haber sido maniatada. El inspector Mateo Masmano tendrá que reajustar todas sus teorías y mecanismos para enfrentarse a una investigación convertida en una auténtica yincana, donde cada minuto cuenta y cada error puede costar una vida.

UN THRILLER AMBIENTADO EN VALENCIA LLENO DE SUSPENSE, LUZ Y SALITRE.

Guillermo Estiballes (Bilbao, 1980). En 2016 publicó la novela *Imagina que eres Dios*, ganadora del IV Premio de Novela Tandaia, en 2018 *Las reliquias de Dirce* (primer volumen de la saga titulada Secretos de Pompeya), y en 2019 *Las escamas del primigenio* (segunda parte de la saga mencionada). También en 2019 publicó el relato *Almas en Kontra*, encargo del grupo de rock vizcaíno La Kontra para las páginas centrales de su tercer álbum. Ha colaborado en emisoras como Óxido Jin Radio, Emérita Rock y Canal del Misterio, y en varios pódcast, como *Noviembre Nocturno*. En el año 2020 vio la luz su libro *Otra luna enterrada*, con Roca Editorial. *La última fiesta* es su primera incursión en la novela negra.



Primera edición: marzo de 2026

© 2026, Guillermo Estiballes
© 2026, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Ilustración de portada: © Miquel Tejedo

Roca Editorial de Libros, S. L. U. es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10442-71-9

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Spotify: penguinlibros
Youtube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La última fiesta

Capítulo 1. Día de playa

Capítulo 2. Haciendo amigos

Capítulo 3. Que empiecen los juegos

Capítulo 4. El público y los actores

Capítulo 5. La oscuridad

Capítulo 6. Interrogatorios y pistas

Capítulo 7. Cañas, barro y brillantes

Capítulo 8. Comida familiar

Capítulo 9. La mordida

Capítulo 10. Veranos de verjas y barrotes

Capítulo 11. Quien no arriesga no gana

Capítulo 12. Recomponiendo el puzle

Capítulo 13. Reencuentros

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Guillermo Estiballes

Créditos